

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES Y LA CULTURA MEXICANA

Actas de las primeras jornadas

JOSÉ LUIS ABELLÁN, JUAN MARICHAL,
RAFAEL SEGOVIA, ARTURO SOUTO,
JAVIER GARCADIEGO,
FRANCISCO GIL VILLEGAS,
JOSEP LLUÍS BARONA,
JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU,
ANDRÉS LIRA

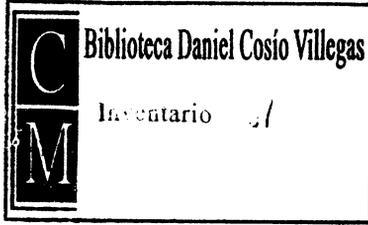
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES | EL COLEGIO DE MÉXICO

325.246
J82
1994
ej.3

19a

Sys 349382

Biblioteca Daniel Cosío Villegas
EL COLEGIO DE MEXICO, A. C.



EL COLEGIO DE MEXICO, A. C.
 Biblioteca Daniel Cosío Villegas
 Av. Insurgentes Sur No. 700, Sección XVI, México, D.F.

DEVUELTO
 25 MAY 1985

25 MAY 1985

DEVUELTO
 25 MAY 1985

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES
Y LA CULTURA MEXICANA

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES Y LA CULTURA MEXICANA

*Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia
de Estudiantes en noviembre de 1994*

JOSÉ LUIS ABELLÁN, JUAN MARICHAL,
RAFAEL SEGOVIA, ARTURO SOUTO,
JAVIER GARCADIEGO, FRANCISCO GIL VILLEGAS,
JOSEP LLUÍS BARONA,
JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU,
ANDRÉS LIRA



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

325.246

J82

1994

25.3

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la ayuda concedida por la Agencia Española de Cooperación Internacional



Con la colaboración de:
INSTITUTO DE MÉXICO EN ESPAÑA

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:

<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/>

Primera edición, 1998.

© José Luis Abellán, Juan Marichal, Rafael Segovia, Arturo Souto, Javier Garcíadiego, Francisco Gil Villegas, Josep Lluís Barona, Juan Manuel Díaz de Guereñu, Andrés Lira.

© Amigos de la Residencia de Estudiantes.
Pinar, 23 - 28006 Madrid.

Diseño y producción: Turner Libros, S.A.

ISBN: 84-921088-9-4
Depósito Legal: M-13.914-1998
Impreso en España.

NOTA A LA EDICIÓN

Este libro recoge las ponencias presentadas en las primeras jornadas sobre *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, celebradas los días 14 y 15 de noviembre de 1994 en la Residencia de Estudiantes. El encuentro de protagonistas y estudiosos del exilio español de 1939 en México fue organizado conjuntamente por la Residencia y El Colegio de México, cuya estrecha relación ha tenido mucho que ver con el tema de las jornadas, idóneo, por tanto, para inaugurar la colaboración formal entre ambas entidades. Esta colaboración se ha visto posteriormente reforzada con la firma de un convenio entre El Colegio y la Residencia, que, entre otros objetivos comunes, establece la continuidad de los encuentros y prevé su celebración periódica, alternando la sede de los mismos entre la Residencia y El Colegio. Así se ha confirmado con las segundas jornadas, que tuvieron lugar en la ciudad de México en noviembre de 1996. El convenio incluye también un programa de ediciones conjuntas, en el que se inscribe este volumen.

La Residencia agradece a El Colegio de México su disposición y su entusiasmo en la puesta en marcha de este proyecto, así como al Instituto de México en España y a su directora, doña Luz del Amo, que colaboró en la organización de las jornadas, y muy especialmente a la Agencia Española de Cooperación Internacional, que ha financiado a través de su programa de ayudas la publicación de este libro.

ÍNDICE

MÉXICO Y EL EXILIO ESPAÑOL	
José Luis Abellán	11
RECUERDO DE MASCARONES	
Juan Marichal	21
LA DIFÍCIL SOCIALIZACIÓN DEL EXILIO	
Rafael Segovia	29
POETAS Y PINTORES EN LA CASA DE ESPAÑA Y SU IMAGEN DE MÉXICO	
Arturo Souto Alabarce	41
ALFONSO REYES EN ESPAÑA	
Javier Garcíadiego	53
LA INFLUENCIA DE ORTEGA EN MÉXICO	
Francisco Gil Villegas	67
LOS CIENTÍFICOS ESPAÑOLES EXILIADOS EN MÉXICO	
Josep Lluís Barona	95
DEL LLANTO A LA QUIMERA: JUAN LARREA EN LA FUNDACIÓN DE <i>CUADERNOS AMERICANOS</i>	
Juan Manuel Díaz de Guereñu	115
CUATRO HISTORIADORES	
Andrés Lira	135
ÍNDICE ONOMÁSTICO	155

MÉXICO Y EL EXILIO ESPAÑOL

JOSÉ LUIS ABELLÁN

En primer lugar, quiero agradecer a la Residencia de Estudiantes y a su director la amable invitación que me han hecho para participar en estas jornadas de intercambio y de solidaridad entre investigadores mexicanos y españoles, máxime cuando es un tema que me ha preocupado desde hace muchos años y por el que siento auténtica pasión. Quiero felicitar también a los organizadores por el empleo de la palabra «refugiados», que creo es muy justa en este caso, como trataré de aclarar y demostrar a continuación.

Como se trata simplemente de una apertura, me voy a limitar a dibujar el marco histórico para situar en su momento el exilio hacia México de los españoles que, sintiéndose republicanos y habiendo sido derrotados en la Guerra Civil, se trasladan a aquel país. Creo que la primera referencia debe ser el año: 1939, determinante, en primer lugar, porque en ese mismo año, con una distancia de muy pocos meses, se va a declarar también la Segunda Guerra Mundial. Haré una descripción muy esquemática; naturalmente, muchas de mis afirmaciones deberán ser después debidamente matizadas y sopesadas.

1939 es la fecha de salida. Tomemos como punto de referencia el 1 de abril, el famoso parte del final de la guerra del general Franco; pues bien, muy pocos meses después, en septiembre del mismo año 1939, se declara la Segunda Guerra Mundial, lo que obliga a tomar una decisión radical a los republicanos españoles que habían salido con motivo de la pérdida de la guerra.

Esa decisión va a dividir el exilio en dos grandes grupos. En primer lugar, el de aquellos que habían luchado durante la Guerra Civil, considerándola como una guerra contra el totalitarismo, el

fascismo, y a favor de la democracia y la libertad. Éstos sienten que el final de la guerra española no es el final de su contienda, por eso, cuando se declara la Segunda Guerra Mundial, creen que su deber cívico es enrolarse en la resistencia francesa; de aquí que permanezcan en Francia y luchen al lado de los soldados franceses, participando, como sabemos, en episodios históricos de gran magnitud, como es la toma de París, donde algunos de los primeros tanques de la famosa columna Leclerc llevan nombres españoles: «Don Quijote», «Toboso», «Dulcinea», etc. Ésa, naturalmente, fue una resistencia que se mantuvo por el lado español hasta las últimas consecuencias, pues incluso terminada la Segunda Guerra Mundial todavía hay resistentes españoles —los famosos «maquis»— que continúan su lucha en los Pirineos y en otras zonas montañosas. Naturalmente, eso es un episodio del que no podemos hablar aquí.

El hecho es que el condicionamiento de la guerra fuerza, por otro lado, a una gran mayoría de españoles a marcharse a América; sobre todo a aquellos exiliados que se sentían comprometidos con la cultura y para los cuales la guerra no era solamente la resistencia militar, sino que tenía dimensiones mundiales, en las que la cultura estaba involucrada. De forma que la gran masa de lo que fue el exilio desde el punto de vista cultural va a pasar a distintos países de América. Éste es un episodio importantísimo dentro de la larga historia de los exilios españoles, ya que normalmente habían tenido como destino otros países europeos, bien fuera Francia o Inglaterra o Italia; ahora, por primera vez en varios siglos, se va a producir un masivo exilio de tipo cultural a los países iberoamericanos. Éste es un condicionamiento que marca definitivamente las relaciones entre aquellos países y España.

Ahora bien, en esa masiva marcha hacia el exilio, ocupa México un lugar de protagonista. ¿Por qué México? Veamos. Es verdad que había habido ofertas de otros países; incluso recordemos el emocionante episodio de aquel barco, el *Winipeg*, que fleta Pablo Neruda, siendo éste cónsul de Chile en España, lo que lleva a muchos exiliados españoles a Chile. Sin embargo, México sigue siendo el protagonista de la emigración. ¿Por qué México? —me parece una pregunta interesante que merece ser debidamente contestada—. En primer lugar, porque México va a ofrecer una singu-

lar recepción a los exiliados españoles, y esto, en parte, porque el país se encuentra en una situación histórica que permite la convergencia entre intelectuales y políticos mexicanos e intelectuales y políticos españoles. Situémonos en ese momento. Recordemos, en primer lugar, que México, desde el año 1912, es decir, desde la famosa Revolución Mexicana, está polarizado en dos grandes sectores de opinión: por un lado, lo que podemos llamar la reacción; por otro, la revolución. La reacción la componen los restos del porfirismo, los despojados del poder político y social por la revolución, los católicos integristas que no compartían el laicismo de la Revolución Mexicana. Y esa reacción, que era con la que se identificaba habitualmente a los españoles —a los que se les llama «hispanistas» o «gachupines»: hispanistas, por su filiación con los viejos colonizadores, y gachupines porque eran personas de bajo estrato social que iban a lo que se llama coloquialmente «hacer la América»—, es la que va a encontrar un hecho inédito en la llegada de los exiliados españoles. Porque, frente a la reacción, se encuentra la revolución, y la revolución está representada por la Presidencia de la República, por el Gobierno mexicano, por el partido heredero de la Revolución, el famoso PRI, y por la Administración. Eran sectores que, frente al hispanismo tradicional de los españoles residentes en México, se sentían proclives hacia el indigenismo y hacia las clases desheredadas en general. Los exiliados españoles que llegan, los republicanos acogidos a la generosidad de México, van a encontrar, precisamente en este sector de la revolución, un elemento social concomitante con sus preocupaciones y con sus ideas.

Los nuevos exiliados españoles son miembros de la Institución Libre de Enseñanza, de la Junta para Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, de la Residencia de Estudiantes o del Instituto-Escuela. Y estos españoles son progresistas, comparten los ideales de la Revolución, y ya no pueden identificarse ni con los viejos hispanistas ni con los gachupines; de aquí que se les llame «refugiados». Así surge el nombre que expresa la citada dicotomía de los españoles en México, donde la postura de los exiliados resulta perfectamente concordante con la política que está siguiendo en aquel momento el presidente de México, Lázaro Cárdenas, quien ya

había ayudado a la República mediante la venta de petróleo, el envío de armas durante la Guerra Civil, o su apoyo en los foros internacionales. Por eso, cuando la guerra se pierde definitivamente, el presidente de México, con su gobierno en pleno, abre las puertas a los exiliados españoles. Se les concede la nacionalidad mexicana, se les ofrecen puestos de trabajo y se crean incluso instituciones adecuadas para la plena integración laboral y académica de los españoles en México, como ocurrió con la famosa Casa de España en México, antecedente inmediato de El Colegio de México.

Aunque me voy a separar del guión trazado, voy a hablar algo de los residentes. Como se sabe, entre los «refugiados» españoles en México, había un amplio grupo de residentes, es decir, personas que habían estado en la Residencia de Estudiantes —se alude a ello, precisamente, en la presentación de estas jornadas y en su programa—, y quizá sería interesante caracterizar someramente cuál era el perfil de ese residente. He aquí sus rasgos definitorios: En primer lugar, eran españoles no madrileños, porque se consideraba que los madrileños tenían otras oportunidades, quizás vivían en familia, o la tenían en Madrid; por eso, el residente era un español que venía de fuera de Madrid, un no-madrileño. En segundo lugar, no podía ser un estudiante de derecho, porque los estudiantes de derecho representaban una tradición de la peor especie, la que recordaba la vieja casa de la Troya, el estudiantón que perdía el tiempo jugando al billar en los aledaños de la Facultad de Derecho, y expresaba la mentalidad típica del leguleyo, en contra de los ideales de renovación y de progreso que pretendía establecer la Residencia de Estudiantes. Así pues, no podían ser madrileños y no podían ser estudiantes de derecho. En cambio, como lo que se pretendía en esta casa era una integración de las ciencias y las letras, siguiendo el viejo ideal humanista del Renacimiento español, había muchos estudiantes de medicina y también de ingeniería; por eso, aquí se crearon laboratorios, como el del doctor Negrín, por ejemplo. Había ingenieros, había médicos, había arquitectos, y así, junto al desarrollo científico, que era el gran déficit de la España moderna, se daba una fuerte representación de las humanidades. En las habituales evocaciones sólo se recuerda ese aspecto tan conocido de los grandes escritores, los grandes literatos que dieron fama a la

Residencia, empezando por García Lorca, Rafael Alberti o Juan Ramón Jiménez; pero, naturalmente, éstos solamente representaban un sector del conjunto que he descrito.

Este perfil que acabo de realizar me ha sido transmitido por uno de los residentes de aquellos años en esta casa; creo que es correcto y explica muy bien la buena recepción que tuvieron en México, precisamente por esa concomitancia con los ideales de progreso y de renovación que estaban siendo impulsados por el Gobierno mexicano.

En esta situación se produce la llegada de los «refugiados» —vamos a dejar de hablar de exiliados, como lo hicimos cuando empezamos a estudiar este tema—; pues bien, esos refugiados encontraron no sólo la buena recepción a la que me he referido, sino que se sintieron al llegar a México auténticamente acogidos. Encuentran un clima —cultural, intelectual, social— muy receptivo, lo que les hace identificarse plenamente con los compañeros y los colegas mexicanos que están en la misma onda.

Precisamente esta situación es la que permite a un exiliado, que quizá sea, en este sentido, el que ha reflexionado con mayor profundidad sobre el tema, José Gaos, escribir un texto que él titula *La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana*. Se trata de un texto paradigmático de lo que van a sentir y de lo que van a percibir estos refugiados españoles. Pero hay algo que no está en el texto y que yo le recogí de viva voz —puesto que le oí mencionarlo cuando establecí amistad con él—: la llamada «teoría de las dos patrias», según la cual existen, para todo hombre, dos patrias: una, que él llamaba la patria «de origen», es decir, aquella que nos es imputable por el nacimiento, y otra patria, la «de destino», la que hemos elegido o aceptado por la imposición de las circunstancias, como puede ser y era, en este caso, un exilio forzoso. Mientras la patria de origen viene dada por el azar y está más allá de cualquier decisión personal, la de destino se obtiene por libre opción del sujeto tomada conscientemente. Y esta «teoría de las dos patrias», que pueden o no coincidir, es la que le lleva a José Gaos a acuñar el neologismo de «transterrados» para denominar a los españoles exiliados en México que se sienten allí, no ya desterrados, sino transterrados, es decir, en una tierra que no es la misma pero sí semejante a la abandonada.

Y es que los refugiados españoles se van a encontrar con que los ideales que les habían llevado a apoyar la República en España son los mismos que tiene el Gobierno revolucionario de México. Precisamente porque esos españoles se sienten inadaptados en España, por la Restauración borbónica, tratan de impulsar la República. Ahora bien, ésta fracasa, y es entonces cuando son impulsados hacia fuera; se encuentran así en otro país que tiene los ideales por los cuales ellos han abandonado la patria de origen. En una palabra, encuentran una patria de destino en la que se sienten no desterrados, sino transterrados.

Dice José Gaos: «Los refugiados, que habían sido unos inadaptados en España, que por eso habían querido reemplazar por otra España a la que estuviesen adaptados, se encontraron con un México muy afín a la España con que habían querido reemplazar la otra, un estado liberal, promotor de bienestar y progreso, con justicia social, y que, por lo tanto, a ella eran más adaptables que a esta última». Se extiende entonces Gaos en el texto mencionado en los motivos del exilio y en las causas que intervienen en la adaptación o no adaptación a una sociedad distinta de la nativa, y dice Gaos que esa adaptación depende, en primer lugar, de la edad: un niño se adapta muy fácilmente, un anciano prácticamente resulta inadaptable; pero los que constituían el grueso del exilio eran hombres de mediana edad, por lo que la adaptación era bastante factible, y resultaba, de hecho, muy positiva, al encontrarse con un país cuyos ideales podían compartir plenamente. Dice Gaos: «La adaptación a una sociedad distinta de la nativa dependerá de la afinidad que tengamos con ella, y ése es el motivo determinante de la adaptación de los republicanos españoles a México». Aún sigue diciendo: «La afinidad entre el México de la Revolución y la España de la República, de la que la brillante historia de México desde la llegada de los refugiados a él ha sido la creciente confirmación, ha sido, por lo tanto, el factor radical de la conducta de México primero con la República y después con los refugiados, y de la adaptación de los refugiados a México».

Se realiza, a través de este proceso, la culminación de un movimiento de independencia cultural y espiritual que tenía sus orígenes en el siglo XVIII y del que los refugiados españoles del XX van

a ser continuadores. Se había iniciado en el XVIII dicho movimiento de independencia cultural, que triunfó políticamente en las repúblicas iberoamericanas mediante la independencia, pero que había tenido asimismo su representación en España. Por supuesto, también aquí había españoles descontentos con la tradición secular, que no les gustaba, e impulsaron el cambio y la transformación del país. Y ese proceso, que va a obtener éxito en las repúblicas iberoamericanas mediante la emancipación política, va a fracasar en España con motivo de la derrota de la Guerra Civil. «España —dice Gaos— era la última colonia que permanecía colonia de sí misma, la única nación hispanoamericana que del común pasado imperial quedaba por hacerse independiente, no sólo espiritual sino también políticamente.» Y es que, tanto las repúblicas iberoamericanas que se independizan políticamente de la metrópoli, como los españoles que sienten desapego hacia el pasado tradicional, quieren separarse del pasado imperial y de los valores que éste representaba. Se genera así un antiimperialismo, que es común a unos y a otros, de aquí que en él se sientan fundidos con una tradición, que es la que va a permitir la plena adaptación de los refugiados españoles a México, como Gaos resume en unas palabras, que van a ser casi el final de mi intervención; digo «casi» porque no quiero terminar con mis propias palabras, sino con un verso de un exiliado que será el auténtico final. Antes veamos lo que Gaos dice como resumen de esta situación que he descrito: «Aceptamos como destino, que pronto reconocimos bienvenido, la América en que podíamos prolongar sin defección la tradición del liberalismo español, que reconocíamos ser la tradición triunfante en la independencia de esos países y en sus regímenes liberales. Exactamente por lo mismo, no pudimos sentirnos extraños en países en los cuales encontramos empujada hacia el futuro la tradición misma, por fidelidad a la cual habíamos sido proyectados sobre ellos». Desde luego, cuando Gaos habla de los países iberoamericanos, hay que poner a México en primer lugar y al frente de todos ellos.

Éste es el final de mis palabras, pero, como ya he dicho, no quiero que éstas sean las últimas. Prefiero que esta unión expresada por Gaos quede en boca de un gran poeta, de un refugiado español en México que se llamaba Pedro Garfias. Por eso, voy a incluir este

poema que resume mejor que nada el sentimiento con el que llegaron, con el que fueron recibidos y con el que se sintieron acogidos en México. Dice así Pedro Garfias —se ve que está en el barco que les lleva hacia México, en el famoso *Sinaia*, y presente ya la buena acogida de los hermanos mexicanos:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas,
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.

Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

RECUERDO DE MASCARONES

JUAN MARICHAL

Un gran poeta catalán, Agustí Bartra, observaba que el exilio había sido un episodio providencial para su lírica pues había ampliado considerablemente su horizonte. Sin ser versificador, puedo decir también que el abandonar esta península representó una ampliación notable del horizonte del estudiante de bachillerato que cursaba sexto año en el Instituto Nicolás Salmerón, en Barcelona, en la primavera de 1938.

Ingresé en el Liceo Michelet de París en el otoño y allí permanecí hasta 1940, cuando pude trasladarme al Liceo Maréchal Lyautey de Casablanca, dos meses antes del derrumbe de la tercera República francesa. Al año siguiente concluí el bachillerato francés, y algunos meses más tarde llegué a Veracruz en uno de los últimos barcos con pasajeros españoles que atravesarían el Atlántico rumbo a México. Pronto, ya en la capital mexicana, acudí a las oficinas centrales de la UNAM, en la calle de Justo Sierra, y la más eficaz administradora universitaria que he conocido, la muy diminuta señorita Pimentel, hizo revalidar mi diploma de bachiller francés en un real santiamén. Me matriculé en la Escuela de Minería a la vez que en la recién nacida Facultad de Ciencias, pero infortunios familiares me forzaron a dejar la universidad y a buscar algún empleo, que obtuve en la embotelladora Canada Dry, sita entonces en el Paseo de la Reforma. Ahorro lo que siguió, aunque sí me atrevo a relatar que una tarde, mientras esperaba en un banco de Reforma el comienzo de mis horas de cajero en la empresa dicha, leía *Historia como sistema*, de Ortega, y decidí matricularme de nuevo en la universidad, esta vez en Filosofía y Letras. Así, empecé el curso de 1944

—en el antiguo calendario escolar mexicano— en Mascarones, en el remanso de paz que era aquel antiguo convento barroco. Allí conocí, esperando el comienzo del curso del maestro Edmundo O’Gorman, a John Phelan (mi mejor amigo norteamericano y muy distinguido historiador de la América virreinal), a Luis Zorrilla (que haría una brillante carrera diplomática y excelentes estudios de historia mexicana) y al profesor Ortega y Medina (fidelísimo discípulo español de don Edmundo). Conviene advertir, aquí, que éramos una muy exigua minoría de varones en el curso, pues en Mascarones dominaban *las* estudiantes. De ahí también su carácter de *oasis*, donde no había novatadas ni otras barbaries.

Allí, en el hermoso patio, paseaba con alguna alumna mi profesor de filosofía del «Salmerón» de Barcelona, Eduardo Nicol, cuyas clases habían sido también un remanso de paz en aquellos meses en 1938 de terribles bombardeos aéreos. Otro filósofo catalán, don Joaquín Xirau, me permitió participar en su escogido seminario, en el cual conocí a su hijo, Ramón Xirau, y a otro buen amigo, Manuel Durán. Mas hubo también en mi tiempo de Mascarones episodios no exclusivamente intelectuales, que conservo en mi recuerdo como muy propios de un clima universitario, muy precisamente fechados. Así, la clase de historia de España con el venerable don Rafael Altamira, que estaba siempre acompañado por su mujer, muchísimo más joven que él, y cuyo contraste cronológico nos explicó en una de sus primeras lecciones, a la apenas media docena de sus alumnos: ¡Se había casado con la hija de la novia que lo había dejado plantado ante el altar! Decepción que él había compensado con su enorme trabajo de historiador joven. Debo añadir que don Rafael sólo comentaba páginas de su muy famosa *Historia*, añadiendo socarronamente «yo ya soy historia». No recuerdo el nombre del profesor de latín —que seguramente era un antiguo eclesiástico mexicano—, pero sí su expresión de sorpresa absoluta cuando Ernesto Cardenal —¡entonces mucho más interesado en explicar los misterios del alma femenina que en los arrebatos místicos de san Juan de la Cruz!— se presentó ante él a rendir examen oral de latín: «¿Quién es usted?», le preguntó. Y Ernesto respon-

dió: «Mire, maestro, en su libreta, y comprobará que he estado presente todo el curso». El aturdido profesor concedía que así era: ¡Lo que no sabía era que Ernesto Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez (luego eminente erudito) se descolgaban de la ventana en el extremo sombrío del aula, una vez registrada su presencia en el cuadernito del latinista!

Claro está que el predominio femenino en el estudiantado daba una marcada seriedad a las clases. El único curso verdaderamente mixto era el del excelente catedrático de Teoría general del Estado don Luis Recaséns Siches, pues acudía a Mascarones a seguirlo un apreciable número de futuros licenciados en derecho, mucho más interesados, por supuesto, en encontrar novia que en la legendaria erudición jurídica del profesor español. Sólo varones, en cambio, asistían al seminario del doctor Gaos, de ocho a nueve de la noche. Me sorprendió encontrarme allí con el maestro O'Gorman y otros colegas suyos del profesorado, como Justino Fernández, el historiador del arte mexicano, por ejemplo. Mayor fue mi sorpresa cuando Gaos inquirió, con cierta risilla, si por azar había algún estudiante matriculado, ¡y resultó que yo era el único! Quedé, así, incorporado al grupo del seminario, que a las nueve atravesaba la avenida para merendar, en un modesto *chino*, enfrente de Mascarones. Así, pude participar, como mero y entusiasta oyente, en la tertulia más animada intelectualmente de mi vida. En el seminario de Gaos se oía sólo el discurrir del maestro, ¡y qué claridad la suya, por abstruso que fuera el asunto! No creo ser arbitrario si mantengo que Gaos fue el mejor exponente de su tiempo del precepto de Ortega, su propio maestro: «la claridad es la cortesía del pensador». Digamos de paso que, en nuestros días y en esta Europa, priva lo opuesto: «añadamos un poco de obscuridad» (*ajoutons un peu d'obscurité*) —que decía Mallarmé—. Lo sorprendente de Gaos (según descubrí al empezar a leerle) era el contraste entre la diafanidad del *habla* docente y la espesura germánica de su prosa. Para mí fue un descubrimiento con indudable porvenir el seminario sobre el pensamiento de lengua española, cuyos textos principales recogió en su espléndida *Antología* de la Editorial Séneca, la cual debería reeditarse aquí, donde no fue conocida. Ahí, en verdad,

en el seminario del maestro Gaos, encontré mi *campo* de trabajo, y de ahí procedió mi curso de Harvard: «Historia intelectual de la América Latina», cuyo título y tema motivó que un muy ilustre especialista en arqueología maya me manifestara su sorpresa: «¿Pero es que acaso hay *un* pensamiento latinoamericano?».

Si aquella eminencia harvardiense hubiera conocido al maestro O’Gorman, no me habría interrogado en esos términos. El curso de don Edmundo versaba sobre temas de la historiografía hispanomexicana, desde el Descubrimiento a los preludios de la Independencia. No era, sin embargo, una exposición panorámica, puesto que se centraba en figuras singulares, digamos, por ejemplo, Las Casas. Y no obstante sus frecuentes *apartes*, adversos a la metodología heredada de los positivistas —que apuntaban casi siempre a los trabajos del doctor Silvio Zavala—, se aprendía con O’Gorman el rigor intelectual y la claridad expositiva propios de las mejores universidades europeas y norteamericanas. De hecho, para mis aspiraciones, O’Gorman ofrecía —mucho más que Gaos— las normas de la historia intelectual, ya que el maestro español hacía más bien *historia* de las ideas (según se sigue practicando aquí). Debo añadir que —pese a su animadversión a todo lo que «oliera» a positivismo— don Edmundo acogió muy cordialmente a su gran rival norteamericano, el ya venerable Herbert Bolton, cuando organizó un seminario de investigación documental en el Archivo General de la Nación (que O’Gorman dirigía), con gran provecho para nuestro pequeño grupo de novicios investigadores. Por último, he de decir que a don Edmundo debí el obtener el puesto de instructor que me concedió la Universidad de Princeton para ser ayudante de don Américo Castro.

Volviendo a Mascarones, quiero reiterar que era un remanso espiritual para mí, donde viví horas diarias de amistad con jóvenes mexicanos de mi edad, como Joaquín Sánchez MacGregor. Decía mi querido y admirado Max Aub —sin duda el ciudadano más ejemplar de la república hispanomexicana de las letras— que «se es de donde se ha hecho el bachillerato». En mi caso, la Casablanca-*oasis* de 1940-1941 —que no tiene nada que ver con la actual— me dio amistades fraternas que han pervivido

hasta hoy, pero el irrepetible ámbito hispanomexicano de Mascarones entre 1943 y 1945 fue el clima humano propicio para mi naciente vocación, además de darme el refugio y la amistad de maestros y compañeros, que nunca perdí. Así que yo podría decir —siguiendo a Max Aub— que «se es de donde se han hecho los estudios de la *maestría* de historia»: uno *es* de Mascarones.

LA DIFÍCIL SOCIALIZACIÓN
DEL EXILIO

RAFAEL SEGOVIA

El exilio español de México es considerado el exilio por antonomasia. Una prueba de lo dicho la tendríamos en esta reunión. Hace unos días el presidente Mitterrand inauguró un monumento erigido en honor a los españoles que lucharon por la libertad de Francia. Cuantitativamente, los republicanos españoles que permanecieron en aquel país o en África del Norte superan de manera aplastante a quienes llegaron a México. Con todo, no se habla de ellos o, cosa más sintomática, ellos mismos no hablan. Incluso el puñado de hombres, mujeres y niños que pudieron refugiarse en Sudamérica tiene una mayor presencia, así ésta no vaya más allá de una borrosa memoria colectiva.

Es un error considerar a los exiliados republicanos como los únicos españoles residentes en México, considerando españoles a quienes lo son o lo fueron de origen y hoy son ciudadanos mexicanos. La llamada antigua colonia o, en tono derogatorio, la H (honorable) colonia española, supera claramente al exilio en número y en riqueza. Basta ver sus extraordinarios clubes, casinos y centros, su ejemplar Beneficencia española y otras muchas obras resultado de su innegable e inagotable generosidad para advertir las distancias que separan a estos dos grupos sociales que, si bien hoy viven en una coexistencia pacífica, ambos se empeñan en mantener una especificidad propia.

Dejemos de lado hoy la enemistad originada por la Guerra Civil. Rojos y franquistas o fascistas fue la manera más correcta de referirse unos a otros. Los bandos fueron irreconciliables, y ya no lo son, en primer lugar por haber muerto la inmensa mayoría de los que figuraron en una u otra de las partes enfrentadas en 1936, pero, por si esto no bastara, el origen social, cultural y económico vino a interponer-

se entre antiguos residentes y refugiados. Estos últimos se consideraron desde el primer momento una aristocracia, una representación única y extraordinaria de España, de la República española, ya veremos por qué razones. La idealización del exilio fue una consecuencia inmediata de la idealización de la Guerra Civil y de la República. La división fue absoluta, total, producto de las causas originarias de las dos emigraciones: por un lado, se situaban quienes estuvieron obligados a dejar su patria acuciados por el hambre, el desempleo, los fracasos repetidos y, con frecuencia, las guerras de África; por otro, los defensores de una causa noble, generosa, los paladines de un ideal sagrado. Estereotipos y mitos duraderos aunque, una vez cumplida su función, empezaron a declinar.

La existencia de un grupo español rico, central en el comercio y en la industria de México, partidario manifiesta y abiertamente del general Franco, apoyado en la ideología somera de la hispanidad, es un factor decisivo para mantener la integridad del grupo rival y le proporciona las justificaciones necesarias para reforzar la cohesión interna.

La lisa apariencia externa del exilio español de México es más que engañosa. Dentro de este microcosmos, las fisuras, las oposiciones, las rivalidades y los odios superaron en cualquier caso a la unidad de la causa común.

Tenemos, por fortuna, un documento único, obra del hombre excepcional que fue don Luis I. Rodríguez. Los cargos por él ocupados (secretario particular del general Lázaro Cárdenas, presidente del Partido de la Revolución Mexicana, gobernador de Guanajuato —su estado—, enviado como ministro plenipotenciario a Francia por el presidente Cárdenas y al final de su carrera embajador de México en Chile) fueron de una importancia crucial para aquellos años —los treinta, los cuarenta y el principio de los cincuenta— de México. Don Luis I. Rodríguez no es sólo un político y un diplomático, es también un espléndido escritor con un agudo sentido de la historia.

Enviado por el presidente Cárdenas a Francia para llevar a México a los refugiados españoles y, no debe olvidarse, a los brigadistas internacionales —húngaros, polacos, rumanos, etc.— que deambulaban por Francia en una situación más desesperada que la de los españo-

les, reunió tres impresionantes volúmenes donde se mezclan documentos oficiales, despachos diplomáticos, estadísticas de los consulados mexicanos, cartas de políticos españoles y de quienes no eran políticos también, parte de sus memorias y, en general, todo cuanto concierne al exilio español en Francia entre 1939 y 1941.

La simpatía por los que de hecho son sus protegidos no tiene falla; esta simpatía no lleva sin embargo ni a la apología ni a la excusa anticipada: cuando esta obra se publique más de algún descendiente de personajes centrales de la República lamentará la invención de la imprenta.

He dado dos fechas, 1939 y 1941, cruciales a mi modo de ver para entender el marco donde se da esta primera emigración. México es, en esos años, un país pobre, donde la política cardenista concentrada en la reforma agraria, la nacionalización del petróleo, los conflictos con el patronato y un apoyo abierto a los sindicatos han vaciado las cajas del Estado. Si Cárdenas abre las puertas de par en par a todos los republicanos españoles, lo que se dice a todos, México no puede sufragar el viaje de más de trescientas mil personas. Los gastos deben correr por cuenta de las organizaciones (SERE, JARE) que se forman en el extranjero con fondos situados fuera de España por el gobierno de la República. La lucha por embarcar es despiadada, sobre todo a partir de julio de 1940, cuando Francia se rinde ante Alemania.

Las cartas que los republicanos españoles envían a don Luis I. Rodríguez suman millares. Reproduce sólo unos extractos de 259 de ellas, que son una muestra de dos al millar. Patéticas, desesperadas, algunas incluso divertidas. Es un florilegio único, revelador de un mundo sorprendente, en el cual destaca, por encima de cualquier otro punto, la ignorancia absoluta que los españoles tenían de México. Dentro de esta ignorancia, dos hechos han cautivado la imaginación de estos solicitantes: el primero, que México estuvo incondicionalmente del lado de la República, y el segundo, que esta política fue obra de Cárdenas. Las referencias casi siempre disparatadas al pasado mexicano y a su presente, donde se confunden mayas, aztecas y toltecas, reflejan una visión borrosa de dos pueblos que se hermanan desde hace siglos. El contencioso histórico, presente tanto en la visión popular como en la elitista de los mexicanos, no aparece ni por un momento. Los españoles van, pues, a un

mundo del que no saben nada; los mexicanos van a recibir a unos españoles de los que tienen una imagen en conjunto negativa.

Un cardenista integral, secretario de Gobernación del general y presidente, don Luis García Téllez, le escribe, con fecha del 31 de mayo de 1940, al ministro mexicano en Francia, a don Luis I. Rodríguez, acerca del problema que los refugiados están presentando «por carecer de elementos para su subsistencia, por ser de profesiones inasimilables a nuestro medio, por dedicarse a actividades que están controladas por organizaciones sindicales o por ser irreadaptables a las señaladas oportunidades que se les ofrecen de incorporarse a la vida agrícola».

El mito de los agricultores, de los campesinos republicanos, capaces de coadyuvar a la reforma agraria cardenista, no pasa de ser eso, un mito. Pero aquí topamos con otro problema de aquel momento: ¿quién hizo la selección de los afortunados?

Don Luis I. Rodríguez no escribe nada sobre este particular, aunque algunos puntos de importancia para la comprensión del exilio se pueden observar en su obra. Las cifras ofrecidas son sorprendentes en todos los sentidos y revelan la acuciosidad e inteligencia del jefe de la diplomacia mexicana ante el gobierno francés. Omíto la pertenencia a los partidos y sindicatos de los embarcados y me limito a algo manifiesto en la carta de don Luis García Téllez: las ocupaciones de los afortunados que llegaron a México.

	CAMPESINOS	OBREROS	OFICINISTAS	INTELECTUALES	TÉCNICOS	VARIOS
<i>Sinaia</i>	118	276	83	267	84	29
<i>Ipanema</i>	72	167	81	134	33	28
<i>Mexique</i>	260	387	79	135		155
Grupo I				818		
Grupo II	3	38		127		112
Grupo III		8		48		57
Grupo IV	14	61		134		146
Totales	467	937	243	1.663	117	527

Este cuadro necesita unas cuantas aclaraciones. Las organizaciones del exilio pudieron contratar tres barcos, el *Sinaia*, el *Ipanema* y el *Mexique*, que hicieron cada uno un viaje transportando exclusivamente exiliados. Los grupos del I al IV obtuvieron visados de México y viajaron ya con ayuda del SERE y del JARE, ya sufragando el precio del billete con fondos propios. No importa demasiado este punto, lo importante es el número de intelectuales, 1.663, frente al de campesinos, 467, cuando éstos, por decisión del general Cárdenas, deberían constituir el grueso del exilio.

Los intelectuales han sido siempre refugiados de vanguardia. Sólo la nobleza y la aristocracia suelen antecederlos. Es un problema de habilidad, de capacidad, de relaciones políticas y sociales. No tienen nada de particular, pues, los 1.663 «intelectuales» que pasan a México. Hay, además, un antecedente capaz de ayudar a explicar este fenómeno.

En 1938 don Daniel Cosío Villegas había venido a Valencia para convenir con don Wenceslao Roces, entonces subsecretario de Educación, el traslado a México de un grupo de intelectuales españoles que podrían continuar allá su obra mientras durara la guerra. Don Alfonso Reyes suscribió con todo entusiasmo la idea y, así, los primeros refugiados fueron investigadores, escritores, filósofos, etc. Quizás dieron el tono, manifestaron qué seguiría.

No se sabe qué se escondía detrás de esos 1.663 «intelectuales», palabra ambigua siempre. Es fácil imaginar que médicos, ingenieros, abogados, arquitectos y los profesionistas en general están ahí incluidos, junto con todos cuantos tuvieran una licenciatura y, en algunos casos, un simple bachillerato. Los artistas —pintores, escultores, escritores de novelas, de poemas o de cuentos— también deben estar en la cuenta. Hay que añadir a los periodistas y a quienes trabajaron en el sector docente, desde el jardín de niños hasta la universidad. Estos intelectuales no son la «intelligentsia» en el sentido ruso del siglo XIX, sino quienes no ejercían trabajos manuales o se dedicaban a actividades comerciales. Olvidándonos de clasificaciones sociológicas, serán los que le den el tono al mundo del exilio y creen una imagen ante elites y pueblo mexicanos.

Miembros de una elite son, por lo tanto, un problema. En principio, portadores de una cultura específica, bien definida por la época republicana de España, recién salidos de una guerra civil, son, como señala don Luis García Téllez, inasimilables. Transportan e importan a México un mundo cerrado, capaz de autoalimentarse durante años. «Para llegar a esta situación —escribe en la carta citada García Téllez— han influido considerablemente las discrepancias y dificultades suscitadas por la falta de armonía en los dirigentes españoles, que en vez de acallar sus diferencias han permitido que se ahonden, con grave perjuicio para todos los asilados y con despilfarro de elementos que debieron invertirse en forma económicamente productiva.»

Conviene no perder de vista una idea dominante a lo largo de los años del exilio: éste es considerado provisional, la dictadura franquista encontrará un término al final de la Segunda Guerra Mundial con el triunfo de los aliados, después, se cree, con la condenación de las Naciones Unidas y, finalmente, como siempre en estos casos, con las suposiciones más enloquecidas, fantásticas, grotescas y enternecedoras. Pero si no se tiene siempre presente la idea de provisionalidad y, por ende, de precariedad, no se puede comprender lo ocurrido con esa comunidad asentada fuera de España.

La inverosímil generosidad y la apertura del gobierno mexicano no tuvieron límites: los españoles recién llegados —y los otros también— podían obtener la nacionalidad mexicana en 48 horas y el libre ejercicio de una profesión se lograba con la simple presentación de un documento justificativo que acreditara tener los estudios indispensables. Aun así, no todo fue coser y cantar: hubo una hostilidad abierta por parte de la derecha mexicana y unos ataques esperados pero increíbles de una prensa que llegó a especializarse en el tema. La impopularidad del cardenismo en sus últimos años en el poder, una situación político-electoral donde el enfrentamiento izquierda-derecha llegaba a la máxima tensión y una depresión económica de la cual sólo se saldría con la Segunda Guerra Mundial hacían de los refugiados españoles personas y personajes profundamente antipáticos. Sin llegar a una situación francesa —las entrevistas de don Luis I. Rodríguez con Pétain y Laval superan la imaginación—, el am-

biente no era propicio, no digamos a una asimilación, sino a una integración social. Ésta se dará con el tiempo por los caminos lógicos y esperados, aunque el grupo exiliado mantendrá siempre un perfil distintivo, que llega a nuestros días.

La provisionalidad querida y esperada por los intelectuales les llevó a buscar formas de protección de su cultura, es decir, de sus valores, de sus normas de conducta, de su tradición; y no sólo de la protección de su cultura española, liberal o no, aunque siempre republicana y antifranquista, sino de su transmisión.

Tuvieron, además, una tarea inmediata ante sí: concluir los trabajos que la contienda civil les había impedido terminar. Las publicaciones de los primeros años son de una abundancia y calidad sorprendentes. Sus temas no son la Guerra Civil —ése es el tema de los periodistas y políticos—, sus preocupaciones son las mismas que tuvieron en España.

Con nosotros están personas enteradas mejor que nadie de cuál fue la aportación de estos hombres en el terreno de la ciencia y las artes. No me corresponde, pues, a mí adentrarme en ese campo.

La fundación de colegios españoles ha sido vista como un hecho esencial del exilio. En gran parte esto es cierto, pero sólo en gran parte.

La concentración de los refugiados en la ciudad de México, en la capital de la República, puso a disposición de estos colegios una masa de profesores de innegable calidad. Catedráticos de universidad y catedráticos de segunda enseñanza o de instituto se dieron a la tarea de educar a los retoños del exilio. Los primeros, los catedráticos de universidad, no dudaron en aceptar cursos en el primer año de bachillerato para explicar matemáticas elementales o gramática española; los profesores de instituto cumplieron con todo mérito su misión. Con la salvedad de los cursos de historia y geografía de México y de civismo, prácticamente todo el cuerpo docente de la Academia Hispano Mexicana, del Instituto Luis Vives y del Colegio Madrid fue español. Los profesores mexicanos estuvieron reducidos a una representación de gran calidad pero mínima. Esta situación se dio sobre todo en los primeros años. Los catedráticos universitarios fueron llamados rápidamente a los institutos y facultades de la Universidad Nacional o del

Instituto Politécnico, liberándose así de una tarea todo lo noble que se quiera pero ingrata. Otros profesores también españoles los substituyeron.

Los profesores y los alumnos fueron mayoritariamente españoles; sólo unos cuantos alumnos y los profesores que acabo de mencionar eran mexicanos. Pero en ambos casos eran mexicanos fuera de lo común. Los intelectuales que protegieron y buscaron integrar al exilio confiaron sus hijos a esos colegios: Cosío Villegas y Silva Herzog, entre otros, no sólo abrieron las puertas del Fondo de Cultura Económica y de *Cuadernos Americanos* a los escritores e investigadores españoles, sino que tuvieron una confianza absoluta en los profesores de la Academia; Eduardo Suárez, secretario de Hacienda de los presidentes Cárdenas y Ávila Camacho, así como Arón Sáenz, secretario de Relaciones Exteriores del presidente Calles, tendrán a sus hijos también en la Academia. Es injusto citar sólo esos nombres: fueron muchos los mexicanos liberales confiados en la capacidad de los colegios españoles.

La composición nacional de los colegios de refugiados fue un inconveniente mayor para la asimilación del exilio *in toto*, de los que tenían meses al llegar hasta los que fueron sólo a aprobar unas cuantas materias para poder ingresar en la universidad. Aunque sometidos, como era obligatorio, a los planes y contenidos establecidos por la secretaría de Educación y el artículo 3.º de la Constitución, habiendo mantenido en esto una actitud de respeto absoluto, las disposiciones legales no pueden, sino en una escala nacional, ser un agente socializador y nacionalizador.

Lo que se pudiera llamar el ambiente era español. Con un conocimiento mediano e inexacto de los hechos, las discusiones entre estudiantes —jamás con los profesores— versaban frecuentemente sobre la Guerra Civil, tomándose a los diez años partido por los socialistas, los anarquistas o los comunistas. Negrín, Prieto, Azaña o La Pasionaria eran personajes, imágenes familiares, sobre los que se ignoraba todo pero se alegaba con pasión. La familia era, cosa inevitable, el agente socializador decisivo; fueron los padres y las madres, los abuelos, cuando existieron, quienes generaban las actitudes fundamentales, las

primeras que el niño interioriza y, por consiguiente, las más duraderas. La sociología y la psicología contemporáneas han mostrado cómo una situación traumática es decisiva para destruir una actitud preexistente cuando el individuo no tiene un apoyo psicológico externo, pero, por el contrario, ayuda a confirmarla cuando el grupo donde está inmersa la persona sostiene esa actitud.

La Guerra Civil fue un trauma para toda la sociedad española, y fue doblemente traumático para los exiliados del exterior, puesto que también los hubo dentro de España.

La exaltación no sólo de la justicia que los atendía y pertenecía antes y durante el enfrentamiento armado, sino la exaltación de una España determinada, idealizada y mitificada con el transcurrir del tiempo condujo a la creación de una nueva cultura, a un conjunto de valores e imágenes que se intentó, y en alguna manera se logró, aislar y defender de la cultura dominante, es decir, de la cultura mexicana. Se terminó por ser refugiado antes que español.

Una cultura ajena a la realidad está destinada a perecer. No fue una peculiaridad exclusiva del exilio español intentar conservarse impoluto, ajeno al país donde se había instalado. Buscó mantener y prolongar una cultura dentro de otra, ajeno a ella porque estas dos culturas son con frecuencia excluyentes y conflictivas. La temporalidad pretendida y deseada del destierro se vinculaba con un hecho político español, accidente que, tan pronto como terminara, impondría el final del exilio. Puede suponerse un enmascaramiento en las razones que mantenían a muchos republicanos exiliados ajenos a España. La antigua colonia española, desprovista de razones políticas capaces de justificar su permanencia en México, tampoco acepta considerar su transterramiento —por usar un término de don José Gaos— como algo definitivo: se limita a señalar su falta de identidad. No son españoles y no son mexicanos; su doble pertenencia les resulta incómoda como incómoda es, a veces, la situación de los refugiados. El simple hecho de mantener en algunos restos esta apelación resulta revelador de la intención primigenia, de la voluntad de mantener un perfil

cultural peculiar, del deseo de mostrar una fidelidad a unos valores ya desencarnados por haber fenecido la situación histórica que los originó.

El mundo mexicano, con todas sus manifestaciones políticas, económicas, culturales, profesionales, etc., se impuso. Del exilio permanece una idea entera o, me atrevería a decir, un mito, en el que se reconocen vagamente los herederos, ya mestizos, de tercera, cuando no cuarta generación, de quienes llegaron en el *Mexique*, el *Sinaia* o el *Serpa Pinto*.

POETAS Y PINTORES
EN LA CASA DE ESPAÑA
Y SU IMAGEN DE MÉXICO

ARTURO SOUTO ALABARCE

A cerca de La Casa de España durante los dos años de su existencia, que, como se sabe, dio origen al actual Colegio de México, existen bastantes trabajos. El más importante, sin embargo, y que continúa, se debe a Clara E. Lida y José Antonio Matesanz. Una obra precisa, bien documentada, en la que se hallarán respuestas a las primeras preguntas que se puedan ocurrir: ¿Qué fue La Casa de España? ¿Cómo se fundó? ¿Cuáles fueron sus propósitos? ¿Quiénes la integraron? ¿Qué hizo? A la vista del inteligente y sistemático trabajo de Clara E. Lida, sobraría repetir los hechos que registra, pero no está de más subrayar que se trata de una obra que informa, explica y, a la vez, de manera discreta y sutil, interpreta. Los años 1939 y 1940 fueron clave de una de las épocas más críticas y complejas en la historia de México.

El libro de Lida y Matesanz —por su naturaleza— no entra en los detalles de las muy variadas labores intelectuales que llevó a cabo La Casa. Un ejemplo es la actividad de poetas y pintores. Dar una idea de lo que éstos hicieron durante los dos años citados (y algo de lo que vino después) es lo que intentarán las páginas que siguen, centrándose, en lo posible, en la visión que tuvieron de México y lo mexicano estos artistas.

La Casa de España fue en su raíz un centro de estudios científicos y humanísticos, pero, debido a este último carácter, extendió desde el primer momento su hospitalidad a poetas, como Enrique Díez-Canedo, León Felipe, Josep Carner, José Moreno Villa y Juan José Domenchina, y pintores, como Enrique Climent y Antonio Rodríguez Luna.

No fueron, claro está, los únicos. Hay que mencionar a otros escritores, como Benjamín Jarnés y Rafael Sánchez de Ocaña, y en sus aspectos literarios a José Gaos, María Zambrano y Joaquín Xirau, así como al arquitecto, arqueólogo y pintor Mariano Rodríguez Orgaz. Con todo, por varias razones, siendo la primera su aportación artística, estas páginas pondrán énfasis en la obra de Díez-Canedo, León Felipe, Moreno Villa y Rodríguez Luna.

En gran medida, queda por analizar y valorar a fondo lo que los poetas y pintores exiliados aportaron a la cultura del país que les dio albergue. Verdad es que se ha escrito mucho sobre los transterrados—sobre todo con motivo del medio siglo de su llegada—, pero casi siempre un tanto apresurada, encomiástica y panorámicamente. En casi todo lo publicado hay cierto tono oficial, comprensible, desde luego, pero generalizador y, por tanto, no muy profundo. Qué duda cabe que hay excepciones. Entre otras: *El exilio español de 1939*, dirigida por José Luis Abellán; *El exilio español en México*, dirigida por el entrañablemente recordado Salvador Reyes Nevares, y *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, publicada por la Coordinación de Difusión Cultural. Predomina, sin embargo, la visión de conjunto y el tono de homenaje. Faltan por estudiar detenida, objetiva y reflexivamente muchas cosas, dado que el territorio es enorme, pero ya se puede contar con una perspectiva histórica, y poco a poco se irá discutiendo y aquilatando la significación de aquel suceso. Por lo que se refiere a lo escrito sobre poetas y pintores, los primeros se han llevado la parte del león, y los pintores han estado un tanto olvidados. ¿Por qué? Más adelante se ensayarán algunas respuestas.

El título y el tema de estas páginas se refieren a la imagen de México en la obra de tres o cuatro artistas exiliados. Entre sus variadas aportaciones, se ha escogido esta imagen o visión porque hacia los años 1939-1940 y la década siguiente, el gran tema de la cultura en México fue precisamente México y lo mexicano. Inoportuno sería entrar aquí en los múltiples factores que se conjuraron para lo que hoy se llama en la jerga técnica autognosis, pero el hecho es que este deseo de conocerse, este afán casi mórbido por mirarse en el espejo, ocupó mucho espacio, tiempo y pensamiento, y, como puede verse, ocupa todavía. Quizá sea una de las preocupaciones más constantes de los intelectuales del mundo hispánico.

Nada raro, pues, es que los poetas y pintores transterrados —y el neologismo es un primer síntoma de autognosis— participaran en la gran cacería en busca del yo colectivo. Su caso, además, está reforzado por la novedad del nuevo mundo, la inevitable comparación y, sin duda, el estado febril o estupefacto en que los había dejado la guerra.

Dice Díez-Canedo: «Todo lo llevas contigo, / tú, que nada tienes». Dice León Felipe: «Y cuando ya estamos rendidos de caminar y el día va a quebrarse, gritamos enloquecidos y angustiados, para no perdernos en la sombra: ¿Quién soy yo?». Y Moreno Villa: «España, esponja de sangre, ha borrado del pizarrón de mi memoria los juicios, los prejuicios y hasta la fe en mis propias percepciones».

Una idea bastante común es que los escritores y pintores españoles escribieron y pintaron en y para México, pero no tanto de o sobre México; proporcionalmente, la idea parece correcta. Desde otro punto de vista, no tiene mucho sentido tratar cuestiones artísticas con regla y compás.

Habría que empezar por definir con exactitud qué es lo mexicano, qué lo español, qué lo humano. Si se cree que el idioma es la patria del escritor, y muchos poetas ilustres así lo creen (Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz...), resultaría ingenuo pretender medir lo que de México absorbieron León Felipe o Rodríguez Luna. No bastan los objetos ni los temas, ni las alusiones históricas o mitológicas, ni los referentes folclóricos, y menos aún el costumbrismo o el color local. Y, sin embargo, se quiere medir, contar, todo eso, quizá porque resulta fácil. Pero hallar la asimilación interior, profunda, arcana, sutil no lo es tanto.

Y yendo por el sendero trillado de las generalizaciones, lo primero que se debe señalar son los distintos grados de aproximación a lo mexicano que se pueden observar en las obras de los exiliados españoles. El más obvio, y a la vez distante todavía, es el que enfoca México como objeto; es decir, los seres y cosas del nuevo país se observan, analizan y estudian. Una aproximación que puede llamarse científica, porque ha ido, en efecto, desde los estudios de la fauna y paleografía mexicanas (Cándido Bolívar, Agustín Millares Carlo y José Ignacio Mantecón), hasta las caracterizaciones artísticas, en las que entra un imprescindible ingrediente de sensibilidad estética

(Moreno Villa). En estos trabajos, independientemente de su calidad, a veces muy fina y sugerente, hay, sin embargo, un necesario distanciamiento entre objeto y sujeto. El segundo grado de introspección es el temático: lo mexicano ya no se estudia desde fuera, sino que se proyecta en la pantalla imaginaria, se convierte en tema o personaje. Algo de esto, por ejemplo, hay en algunas poesías de León Felipe y de Moreno Villa, así como en algunos grabados y cuadros de Luna. El tercer grado de adentramiento, el más difícil —aun para los artistas mexicanos de nación—, es serlo sin siquiera saberlo o decirlo. Consiste en un estilo, una «resultante fisiológica» —según frase de Azorín—; un lenguaje, un ritmo, unos tonos que puedan identificarse inconfundiblemente con el espíritu de México sin necesidad de nombrarlo. Entran aquí las influencias, las afinidades. Y esto entraña, desde luego, una perspectiva, un punto de vista mexicano. En el caso de los transterrados, por ejemplo, ver España desde la orilla de América. Tres pasos para adentrarse, interiorizarse en el nuevo ámbito. De los tres se pueden encontrar muestras: «México me va creciendo», escribió Moreno Villa. En su conjunto, con todo, lo que predomina es la visión más o menos objetiva, cierta distancia científica o estética. Lo extraño sería que no fuese así, dada la edad en la que arriban. Por lo mismo, es sin duda más difícil e interesante fijarse en las raras y valiosas asimilaciones del lenguaje, incluyendo el pictórico, aunque sean casi indemostrables de tan sutiles.

La imagen de México visto como objeto está en las rápidas, y de cuando en cuando muy penetrantes caracterizaciones, que del arte o la literatura mexicana hacen Díez-Canedo en *Letras de América* (1944) y Moreno Villa en *Cornucopia mexicana* (1940). Ambos tienen temas mexicanos en sus poesías, sin llegar a compenetrarse con ellos. Se comentarán más adelante los *Epigramas mexicanos*, de Díez-Canedo, y las *Canciones de Xochipilli*, de Moreno Villa. No es fácil deslindar objeto, tema y pretexto, pero en la pintura quizá se encuentre un mayor número de motivos mexicanos, tanto en Moreno Villa como en Climent o Luna. La tercera y última fase, el paso al sancta-sanctorum, y en breve, el influjo mexicano, se percibiría sobre todo —aunque parezca mentira— en León Felipe y en Rodríguez Luna.

Antes de comentar con cierto detalle la obra de los artistas que se acaban de citar, deben recordarse otros que pasaron por La Casa de España y que, por falta de tiempo, no es posible tratar aquí: el pintor Mariano Rodríguez Orgaz, muerto al poco de arribar a México, uno de los primeros restauradores de Teotihuacán; el gran poeta catalán Josep Carner, autor de una obra con asunto mexicano: *El misterio de Quanaxhuata*, por cierto, decepcionante por su calidad; Juan José Domenchina, otro gran poeta, pero casi ciego y mudo a todo lo que no fuera el corrosivo vacío del destierro; el todavía más refractario Benjamín Jarnés, y desde luego, lo que María Zambrano y Joaquín Xirau han pensado sobre la cultura española y la europea, que no la mexicana, a diferencia de José Gaos, quien, como bien se sabe, acometió de frente la heroica empresa de caracterizar la filosofía en México.

En octubre de 1938 llegó Enrique Díez-Canedo a Veracruz. Su recepción fue una de las más cordiales. Siete años antes había viajado con Cosío desde este mismo puerto hacia Santander. Conocía el país, así como otros muchos americanos, y sobre todo su literatura. Uno de los pocos escritores españoles, con Unamuno, Valle-Inclán y algunas otras excepciones, que habían estado atentos a la extraordinaria evolución de las letras hispanoamericanas. Y no sólo esto. Ya en 1931, había escrito, entre las adiciones a sus *Epigramas americanos*, resultado de sus vivencias en este continente, uno dedicado al «Valle de México»:

Altivo, el dios azteca su cielo recorría.
 Cayó la ingente ajorca del brazo del titán.
 Ved en las tierras anchas lucir su pedrería:
 nieves perpetuas, cumbres rocosas de volcán.

En México tenía Canedo muchos, grandes amigos: Cosío, González Martínez, Reyes. En el medio literario, tanto en España como en Hispanoamérica, se le quería y respetaba, cosa rara en un medio tan ácido. Por su finura, su discreción, su tolerancia. Aun los que se oponían a la causa republicana lo aceptaron. Y esto en una de las épocas más intensas que de enajenación política se

han conocido. Alfonso Taracena, por ejemplo, se *limita* a escribir en su diario, lo cual ya es bastante:

Octubre 14. Llega Enrique Díez-Canedo a México. Ya anduvo por aquí en 1932. Dice que el gobierno republicano no provocó la lucha «pero ya en ella, sabe llevarla».

Volví Díez-Canedo a México en el otoño de su vida: a los 59 años. Frágil, comprensivo, irónico —a veces tan sutilmente irónico que obliga a leerse entre líneas—, poseía, según testimonio de quienes lo conocieron bien, un valor y una lealtad literalmente a prueba de bomba. Uno de los rasgos que recuerda admirado Cosío Villegas en sus *Memorias* es la tranquilidad de Canedo durante un bombardeo en Valencia, a su vuelta a España desde Montevideo recién estallada la guerra. Cosas poco comunes, esa igualdad de semblante que aconsejaba Marco Aurelio, la actitud estoica que se percibe en sus poesías, y en especial las escritas hacia el fin de su vida. Es por ello que León Felipe, quizá su extremo opuesto en el ancho espectro de los poetas exiliados, le fue leal siempre.

Y cuando la canción, enloquecida, reventó en la garganta de algunos poetas para ganarle espacio a las murallas de sombra, él no siguió por este lado la aventura.

Su destino estaba circunscrito a otros límites y dimensiones. Pero en su mundo y defendiendo los principios de su mundo, fue el hombre más honrado y más valiente que he conocido.

El asilo que le dio La Casa de España a este grupo de intelectuales españoles significó muchas salvaciones, siendo la vida la primera y no menos importante. Significó también una gran responsabilidad. Se trataba de poner a prueba, en México, en América, la valía de lo que Dámaso Alonso había llegado a llamar en España una segunda edad de oro. Y esto en un tiempo en que preocupaba muy seriamente el naufragio de Occidente. Los huéspedes de La Casa de España tenían que trabajar, y mucho. Trabajar, además, en paz; olvidar, o por lo menos poner entre paréntesis, el mundo

enloquecido del que se les rescataba. Se les había recibido con gran expectación, cordial, entrañablemente. Era un momento propicio. Pero no habían faltado, ni faltaban, detractores, los más entre quienes se oponían a la política cardenista. La presión, pues, era fuerte. Un ejemplo sintomático es la publicidad con que en *Letras de México* se dieron a conocer las primeras ediciones de La Casa, en mayo de 1939: «La primera obra de La Casa de España en México se ha publicado ya: *El teatro y sus enemigos*, por Enrique Díez-Canedo. Avenida Madero 32, México, DF». Al siguiente número: «La segunda obra de La Casa de España está ya en las librerías: *Goya: su mundo histórico y pictórico*, por Juan de la Encina»; y así otros libros de Adolfo Salazar, de Moreno Villa, de Reyes y de los demás miembros. Un pequeño truco publicitario, pero reflejo de un clima de expectación por lo que harían los refugiados.

Canedo cumplió con la tarea: conferencias, cursos, colaboraciones en periódicos y revistas, antologías, prólogos, notas, libros. Como todos los miembros de La Casa, trabajó para ésta dentro y fuera de la ciudad de México, siendo Michoacán el rumbo más favorecido. En 1939, pronunció varias conferencias: «Crítica literaria», «El teatro y sus enemigos», «Literatura española», «Figuras paralelas literarias españolas de los siglos XIX-XX», «Figuras y momentos de la literatura hispanoamericana», además de publicar el libro ya citado: *El teatro y sus enemigos*. En 1940: «La nueva poesía», «Literatura francesa: de Chénier al momento actual», «El teatro español»; una pequeña antología para la editorial Nuestro Pueblo: *Las cien mejores poesías españolas*; traducciones de poetas franceses, de Dumas, de Croce... En suma, una intensísima labor no sólo desde su incorporación a La Casa y durante los dos años siguientes, sino hasta el final de su vida.

Acerca de su obra en México, caben dos observaciones. Se trata, en primer lugar, de una obra esencialmente crítica, ensayística. Tenía, sin duda, una finísima sensibilidad poética, pero siempre estuvo consciente de que su caso era un ejemplo de lo que Claudel llamaba *Animus et Anima*: «*Anima* es el alma; *Animus* la mente, el espíritu. Ella es la poesía, él la poética». La segunda observación es que Canedo llegó a México con una obra hecha. La edad no es necesariamente un factor limitante. No impidió que

León Felipe, Moreno Villa, Domenchina, por no citar sino a sus compañeros de La Casa, escribieran en México sus mejores poesías. Cierto es que Canedo todavía escribió algunas, siempre en un alto nivel, desde luego, fueran chispeantes, como sus «epigramas», o reflexivas, como «El desterrado»; pero su misma inteligencia y sabiduría, su actitud esencialmente intelectual, su tono y ritmos melancólicos, fatigados, señalan un ocaso poético.

Por lo que respecta a su obra ensayística publicada en México, Díez-Canedo afina y prolonga lo que más le interesaba desde antes de la guerra: la crítica literaria y en particular la teatral (siendo el mejor crítico de su tiempo en España); el estudio y la difusión de la poesía francesa moderna; el conocimiento de los grandes escritores hispanoamericanos, pues, como se sabe, fue el escritor español que más a fondo los leyó en una época en que eran mal conocidos en España.

La visión que de México hay en Díez-Canedo es doble. Por un lado, la impresión, la imagen directa, fresca, de cosas y paisajes. Por otro, las reflexiones literarias, los comentarios precisos acerca de los escritores mexicanos y algunos de sus trazos más notables. Aparte de sus muchos ensayos anteriores a la guerra, ya en el exilio los retoca y escribe algunos nuevos: una nota sobre Ruiz de Alarcón, unas palabras de homenaje a González Martínez; pero, en realidad, lo más importante ha sido escrito antes. Es decir, sus ponderados juicios en torno a una cuestión delicada: la diferenciación americana dentro de la unidad hispánica; unidad, por cierto, que si en aquellos años se daba casi por hecho, hoy parece estar en entredicho. Sus *Epigramas mexicanos*, escritos desde su llegada en 1935 hasta su muerte en 1944, son una adición más a los *Epigramas americanos*, de 1928. Muestra de lo que en páginas anteriores se pretende clasificar como segundo grado de comprensión: lo mexicano como tema, más bien motivo en este caso, Díez-Canedo ha pasado del conocimiento, en sus ensayos, a la vivencia que, como bien se sabe, son o deben ser complementarios. Los *Epigramas mexicanos*, los mejores quizá, parten, saltan del paisaje. El autor, ya desde hace años diestro en el arte epigramático, no ha perdido agudeza en el destierro. Sus epigramas son, en efecto, intensas, concentradas descargas de sensible, inteligente percepción; se distancia de los clásicos

porque se ha sustituido el punzante agujón por afán benévolo de visualizar, comprender, amarlo todo, actitud muy propia de Canedo. A lo sumo, una sutilísima, arcana ironía.

El paisaje está en un primer plano. Como a tantos, le sobrecojen las montañas de México, le inquietan los volcanes, le fascina el trópico. Ha estado en los sitios pintorescos del México de aquellos años: Morelia, San Miguel Allende, Cuernavaca... De su viaje a Morelia, adonde fue a dar conferencias en más de una ocasión, parte de este epigrama:

Atarceder en Mil Cumbres

Un mar de pétreas olas... Ya se queda dormido.
Como a piedras preciosas, la neblina en su guata
va envolviendo las cumbres, amortiguando el ruido...
¡Oh, aislamiento, que sólo con lo divino toca!

El 20 de febrero de 1943, ocurrió un suceso rara vez visto por ojos humanos¹: en una milpa de parangaricuaticuáro, al arar un campesino el suelo labrantío, ante su asombro y el del mundo, ve que empieza a salir humo, fuego después y al cabo la mole ascendente de todo un volcán. Un hecho que Díez-Canedo sintetizó en otro epigrama:

Paricutín

¿Qué había de infancia en el bramido
con que la tierra, envuelta entre pañales
de humo y fuego, en los predios ancestrales,
echó un tierno volcán recién nacido?

Caracterizar a un país es tarea casi imposible porque obliga a generalizaciones equívocas y absurdas, pero el hecho es que

¹ En 1972, en Michoacán también, brotó el volcán Jorullo.

resulta inevitable, sobre todo en viajeros y en el México de los años cuarenta, cuando estaba en su plenitud la moda intelectual de la búsqueda de identidad, la filosofía de México y lo mexicano, etc. A esa corriente, iniciada más o menos en su generación, corresponde la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes. Se recordará que, para Reyes, lo mexicano, lo medularmente mexicano, no es el trópico, sino el gran valle entre montañas, el altiplano, la entonces «región más transparente del aire»; la discreción, la mesura, la templanza, en breves líneas, tonalidades clásicas, contenidas. Casi todos los poetas y pintores españoles coinciden con esta imagen mexicana de Reyes, de Henríquez Ureña, de Velasco, quizá porque la sienten más próxima. Díez-Canedo debió de sentir también que el paisaje mexicano está en las sierras donde sus cumbres juntan luz y niebla, pero sus seis últimos epigramas, inspirados en un frondoso árbol de un jardín de Cuernavaca, la «boca de Tierra Caliente», como decía la marquesa Calderón de la Barca, captan el tibio anochecer en que los pájaros se apagan entre el follaje.

Cuchicheo, aleteo. Apenas habla
la copa, ya sin ruido ni querella.
Sólo un pío el coloquio tímidamente entabla
con la primera estrella.

No le asignéis un nombre cabalístico.
Lleno de aves y mudo se levanta.
Ya no es el árbol mágico que canta.
Es, trémulo y callado, el árbol místico.

De sus *Epigramas mexicanos*, quizá el más penetrante sea el titulado «Danza de indios»:

Toda tierra es raíz, es tronco, es rama,
tallo sin yema en que la flor reviente.
¡Oh, enérgico poder!
Fuerza de savias, ímpetu ascendente,
fuego sin llama.
Danza sin mujer.

ALFONSO REYES EN ESPAÑA

JAVIER GARCADIEGO

En 1914, Alfonso Reyes tuvo que radicarse en España. Para entonces era todavía poco conocido en los pequeños grupos culturales mexicanos: si bien sus compañeros lo veían con admiración como miembro del grupo del Ateneo, los escritores mayores apenas comenzaban a aceptar que el joven Reyes era algo más que el hijo del general y el hermano de Rodolfo¹, sobre todo después de la publicación —en 1911, en París— de su primer libro, *Cuestiones estéticas*.

Aunque con un puesto diplomático modesto, en realidad, Alfonso había salido huyendo a mediados de 1913 de la Revolución Mexicana, la que le había arrancado la vida a su padre y tenía a su hermano Rodolfo gravemente inmiscuido en el régimen usurpador y dictatorial de Victoriano Huerta. Miembro de una familia de la elite política porfiriana, Alfonso Reyes obtuvo, por la deuda de Huerta con su padre y por la influencia de Rodolfo, ministro de Justicia en el gobierno de éste, el nombramiento de segundo secretario de la legación en París. Su objetivo, como el de la mayoría de los jóvenes intelectuales de entonces, era vivir en Francia. Educado en el positivismo, luego había sido atraído por el renacimiento de las filosofías espiritualistas, también francesas; además, es obvio que, entre las literaturas modernas, su favorita era la francesa²; si se compara

¹ Para sus antecedentes, relaciones familiares e infancia, véase mi ensayo *Política y literatura. Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*, México, Condumex, 1990.

² Su admiración por la cultura francesa, gusto que conservó a lo largo de su vida, ha sido meticulosamente expuesta en Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990. Sobre dicha influencia durante los años previos a su viaje a Europa, véanse pp. 59-70.

su actitud respecto a la española, sus escritos de 1909 y 1910 muestran que de una le interesaban Mallarmé y los poetas «parnassianos», mientras que en la otra prefería remontarse a Diego de San Pedro y, desde entonces, a Góngora.

En contra de lo soñado por él, su paso por Francia resultó desilusionante y amargo: su situación emocional por «la ruina familiar» era desastrosa; extrañaba a algunos de sus amigos y compañeros, con quienes compartía el proyecto cultural ateneísta; además, el nivel de su puesto en la legación lo obligó a pasar algunas estrecheces; sobre todo, el trabajo burocrático, «oso y mecánico», le resultó «raquítico», «vacío», «mezquino» y «repugnante». Para colmo, las divisiones políticas y la pobreza cultural de los mexicanos residentes en Francia —salvo excepciones como Diego Rivera y Ángel Zárraga— explican que le resultara insoportable la convivencia con la mayoría de sus paisanos³.

Pese a ello, ese año en París le permitió relacionarse con académicos e intelectuales hispanistas como Raymond Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique*, en la que publicaría algunos escritos, y Ernest Martinenche, profesor de español en la Sorbona⁴. También se relacionó con algunos jóvenes escritores latinoamericanos radicados en París, como los peruanos Ventura y Francisco García Calderón, con quienes desarrollaría una gran amistad⁵. A pesar de las responsabilidades burocráticas, gracias a estos contactos literarios, Reyes pudo escribir varios artículos para revistas europeas o americanas, así como materiales que luego serían incorporados a sus libros *El plano oblicuo*, *El suicida* y *El cazador*⁶.

³ Véanse las cartas de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, del 28 de septiembre y 6 de noviembre de 1913, en *Correspondencia Alfonso Reyes - Pedro Henríquez Ureña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 196-199 y 238. Respecto a la colonia mexicana en París, véase un recorte de *Le Gaulois*, 20 de abril de 1914, en Archivo Francisco León de la Barra, impresos, carpeta 1, legajo 77.

⁴ Patout, *op. cit.*, pp. 73-117. La correspondencia entre Reyes y Foulché-Delbosc fue publicada en la revista *Ábside* durante varios números correspondientes a los años de 1955 a 1957.

⁵ Uno de ellos, Francisco, había prologado su primer libro, *Cuestiones estéticas*. Además del origen étnico y el interés por la literatura, se identificaban por sendas tragedias políticas familiares: los jóvenes García Calderón eran hijos de un alto político peruano.

⁶ Aunque en su «Historia documental de mis libros» Reyes asegura que el trabajo en

A pesar de que el declive político de su hermano Rodolfo, distanciado de Huerta desde las postrimerías de 1913, le ocasionó malos tratos de los otros empleados de la legación, y a pesar de que los representantes en París del grupo revolucionario carrancista lo rechazaban totalmente⁷, Reyes se negaba a dejar Francia; como asegurara a su amigo Julio Torri, en París valía la pena «morirse de hambre»⁸. Sin embargo, dos circunstancias graves y simultáneas lo obligaron a modificar planes y propósitos. Por un lado, luego de ocupar la Ciudad de México y tomar el poder, Carranza procedió a cesar a todo el personal diplomático del gobierno huertista, decisión que dejó a Reyes sin salario ni membrete⁹. Para colmo, durante el mismo agosto de 1914 estalló la guerra en Europa, con el resultado de que el acoso alemán contra París afectó seriamente a la vida cotidiana de la capital francesa. El sueño devino en pesadilla.

En lo personal, a Reyes se le cerraron las oportunidades laborales que pudo haber tenido en las editoriales Ollendorf o Garnier. Sin posibilidad de obtener recursos económicos suficientes y constantes, decidió abandonar París tan pronto comenzaron los bombardeos. Primero se dirigió, con familia y criada, a Burdeos, donde pretendía establecerse el gobierno francés; sin embargo, a los pocos días, Reyes decidió pasar a España, alarmado por la inflación desatada súbitamente. España no era la mejor opción, sino la única alternativa. Además, su hermano Rodolfo, ya también exiliado político para entonces,

la legación lo «absorbía» (véase *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956-82, vol. XXIV, p.163), en una carta a Julio Torri, del 19 de diciembre de 1913, le aseguró estar escribiendo ensayos breves «que es un contento» (véase *Epistolarios*, T., 1995, p. 48).

⁷ Los delegados carrancistas que lo evitaron fueron Miguel Díaz Lombardo, su ex profesor en Jurisprudencia; Juan Sánchez Azcona, antes partidario político de su padre, y el «Dr. Atl», viejo conocido suyo. Reyes hizo explícitas sus desilusiones y desesperanzas parisinas en una carta a Henríquez Ureña del 25 de abril de 1914, en *Correspondencia Alfonso Reyes - Pedro Henríquez Ureña*, op. cit., pp. 302-303.

⁸ Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri, 2 de mayo de 1914, en *Epistolarios*, T., p. 62.

⁹ Archivo Francisco León de la Barra, impresos, carpeta 1, legajo 90. Carta a Henríquez Ureña del 14 de agosto de 1914, en *Correspondencia Alfonso Reyes - Pedro Henríquez Ureña*, op. cit., p. 435.

se encontraba en San Sebastián, lo que aprovecharon Alfonso y los suyos para hospedarse con él un par de meses¹⁰.

Es incuestionable que al momento del forzado arribo no sentía estima por España: Madrid le parecía «campo mediocre», con la sola ventaja de que «por lo menos» no había «estado de guerra»¹¹. Como lo temía, a pesar de su inveterado optimismo, su encuentro con España resultó especialmente severo. Luego de permanecer varias semanas en San Sebastián —donde Azorín aceptó conocerlo previa consulta con el escritor mexicano Francisco de Icaza¹²—, Alfonso partió a Madrid sin familia y sin dinero, sufriendo primero ambientes de auténtica «picaresca», en pensiones vergonzosas y posadas insoportables, hasta que pudo instalarse en un apartamento con su familia, aunque la adquisición de los muebles indispensables, de medio uso en el mejor de los casos, acabó con sus declinantes ahorros¹³.

Su primera época en Madrid, entre 1914 y 1915, se caracterizó por las dificultades económicas provocadas por el desplome de la fortuna familiar, por su cese como empleado diplomático y por la falta de un empleo estable o razonablemente pagado. En una ocasión tuvo que recurrir a exiliados mexicanos, incluso contrarios a su padre, como el hacendado y político sinaloense Diego Redo, para solventar las más urgentes necesidades económicas. Obviamente, no sólo se enfrentó a una situación inédita en su vida, sino a una que le hubiera sido imposible imaginar o prever. La circunstancia fue decisiva, pues lo obligó a vivir como escritor profesional. A pesar de su vocación esencialmente literaria, seguramente Reyes vislumbraba su futuro como el de un escritor cortesano y académico. El cambio y el

¹⁰ Sobre las razones y peripecias de su paso a San Sebastián véase *ibídem*, 19 de septiembre de 1914, pp. 474-476.

¹¹ Frases extraídas de las cartas a Henríquez Ureña citadas en las dos notas anteriores.

¹² Francisco de Icaza, poeta, crítico, erudito e historiador, se encontraba desde hacía varios años como diplomático en Europa.

¹³ Fernando Curiel divide las diversas etapas de la estancia de Reyes en España a partir de sus distintos domicilios. Véanse *El cielo no se abre, semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, UNAM-El Colegio Nacional, 1995, y Martín Luis Guzmán/Alfonso Reyes, *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, México, UNAM, 1991, p. 46.

arranque no fueron fáciles: al principio no pudo vivir de los lectores españoles, por lo que sus primeros ingresos provinieron de una traducción anónima de *La historia de la Guerra Europea*, del historiador francés Gabriel Hanoteraux, y de numerosos artículos redactados para revistas americanas, como *El Herald de Cuba* o *Las Novedades*, editada en Nueva York¹⁴. Comprensiblemente, su círculo de amistades se redujo primero a sus viejos amigos mexicanos, como Jesús Acevedo, Martín Luis Guzmán y Angel Zárraga, todos con similares condiciones y proyectos¹⁵. En resumen, Alfonso Reyes vivió entonces como un típico exiliado: estaba en España, pero sin tener mayor contacto con los españoles.

Para su fortuna, pronto su situación comenzó a cambiar. Por recomendación de Zárraga, quien ya había vivido en Madrid, empezó a frecuentar el Ateneo, donde conoció a Enrique Díez-Canedo, el más interesado —acaso el único entre los jóvenes españoles intelectuales— por la literatura hispanoamericana, a Justo Gómez Ocerín y a José Moreno Villa, entre otros. La amistad con Díez-Canedo fue determinante, pues lo presentó al director de la editorial La Lectura, Acebal, quien inmediatamente le encargó la edición de algo de Ruiz de Alarcón para su colección de «clásicos». Es muy probable que fuera también Díez-Canedo quien lo llevara al seminario España, de José Ortega y Gasset, lo que le sirvió no sólo para publicar crítica cinematográfica, sino para colaborar en las subsecuentes empresas editoriales de Ortega, como en *El Imparcial* y en *El Sol*, donde llegó a encargarse de la página semanal de «Geografía e Historia». Además, en La Lectura conoció a Juan Ramón Jiménez, quien, a su vez, lo presentó a don Rafael Calleja, el que inmediatamente le ofreció varios contratos¹⁶. Si sus primeros meses habían sido una rápida y

¹⁴ Alfonso Reyes, «Historia documental de mis libros», *op. cit.*, pp. 167-173. La traducción le fue ofrecida por don Luis Ruiz Contreras, traductor, a su vez, de Anatole France y miembro menor de la Generación del 98.

¹⁵ Para su relación con Martín Luis Guzmán, véase el prólogo a la correspondencia entre ambos, en Fernando Curiel, *El cielo no se abre...*, *op. cit.*

¹⁶ Para sus relaciones con Díez-Canedo, Moreno Villa y Juan Ramón Jiménez, así como

angustiosa sucesión de domicilios, en los siguientes obtuvo una buena suma de amistades y oportunidades laborales, todas de índole literaria.

Esto explica que la segunda mitad de 1916 ya no fuera de inmensa pobreza, sino de intenso trabajo. A dos años de su llegada, finalmente se hizo estable y estimulante, pasando a ser, paulatinamente, menos extenuante su «chambismo» literario. Sucedió que, para elaborar su edición de Ruiz de Alarcón para La Lectura, comenzó a frecuentar la Biblioteca Nacional. Allí sesionaba la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, presidida por don Ramón Menéndez Pidal, al que fue recomendado por Federico de Onís, con quien Reyes había tenido una relación epistolar en 1912, cuando había impartido el curso de Historia de la Lengua y la Literatura Española, en la Escuela de Altos Estudios¹⁷. Al poco tiempo, Reyes fue incorporado al equipo de trabajo de Menéndez Pidal, encargándosele la bibliografía de la *Revista de Filología Española* —en colaboración con Antonio Solalinde—, así como diversos estudios sobre literatura hispánica de los siglos XVI y XVII¹⁸.

De otra parte, a finales de 1916 fue contratado por Foulché-Delbosc en París, para que lo ayudara en su edición de Góngora. Aunque éstas serían sus responsabilidades de mayor envergadura, siguió escribiendo incontables artículos para revistas y periódicos españoles y americanos, así como sus notas de crítica cinematográfica¹⁹. Por si esto no fuera suficiente y extenuante, preparó una edición popular de Lope de Vega para

para sus tratos con Acebal y Calleja, véase Barbara Aponte Bockus, *The spanish friendships of Alfonso Reyes* (tesis doctor of philosophy), Austin Tex., University of Texas, 1964, p. 643. Para sus nexos laborales con Ortega y Gasset, véase Alfonso Reyes, «Marginalia», *Obras Completas, op. cit.*, vol. XXII, pp. 386-387.

¹⁷ Alfonso Reyes impartió dicho curso cuando fue secretario de la Escuela de Altos Estudios, a la que incorporó varios de sus compañeros ateneístas.

¹⁸ Joaquín Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

¹⁹ Para su obra de crítico cinematográfico, véase Héctor Perea, *La caricia de las formas. Alfonso Reyes y el cine*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1988.

la editorial inglesa Nelson, así como antologías de Gracián y de Quevedo para la Editorial Calleja. Obviamente, Reyes no se dispuso a trabajar con menos ahínco, pues siempre fue diligente, laborioso y emprendedor; además, no era un hombre ducho para los rechazos, negativas y desaires. Eso sí, cuando menos desde 1916 dejó de sufrir por la angustia de la manutención de su mujer e hijo. Ello fue su mayor timbre de orgullo.

La mejoría y regularización de sus ingresos no fueron razones suficientes para hacer del todo satisfactorios sus primeros dos años en España, en tanto que su vida social era limitada y dado que carecía de tiempo para escribir a su entera libertad: la mayor parte de lo escrito por él —«mucho más de lo que firmo»— fueron «artículos erudículos sin importancia ni elegancia», debido a que Menéndez Pidal y sus colaboradores casi le convirtieron en una «máquina de técnica literario-histórica». Por su extrema necesidad económica se había visto obligado a escribir cualquier tipo de artículo que le generara «cinco o seis pesetas». Ilustrativamente, le confesó a un joven escritor mexicano, que se permitió preguntarle si en España había tocado «el sol con la mano» o si bebía «en los diluvios de la luna», que en verdad había tenido que ganarse la vida «casi a puñetazos», situación que, de otra parte, sólo podía ser novedad para alguien como Alfonso Reyes, para quien el declive familiar no fue un cambio de nivel de vida, sino un auténtico «destronamiento»²⁰.

Más que la estabilidad laboral y la suficiencia económica, la diferencia fundamental consistió en que a partir de 1916 comenzó a ganarse la amistad y el reconocimiento de los intelectuales españoles. Si, a su llegada a España, Rafael Altamira se había excusado de introducirlo ante don Francisco Giner de los Ríos, a pesar de que el joven Reyes había estado involucrado en cuestiones de educación superior en México y por lo mismo deseaba entrar en contacto con la Institución Libre de

²⁰ Véase la carta, sincera e iracunda, pero cortés, que le dirigió al joven Antonio Castro Leal, el 12 de enero de 1917, en *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, pp. 47-48. El término «destronamiento» es del propio Reyes, y lo usó en una carta a Martín Luis Guzmán del 2 de agosto de 1915, en *Medias palabras...*, *op. cit.*, p. 105.

Enseñanza²¹, en septiembre de 1916 Azorín le solicitó, previa recomendación de Américo Castro, la edición del *Peregrino*, de Lope de Vega, para una colección de la editorial inglesa Nelson. Asimismo, si al principio Menéndez Pidal no había puesto atención ni en su nombre de pila, llamándolo «Arturo», en 1916 lo tenía ya como colaborador. Igualmente importantes resultaron sus acercamientos a Ortega y Gasset y a Manuel Azaña —a quien había conocido en el Ateneo de Madrid—, pues ambos encabezarían el florecimiento intelectual español de los primeros decenios del siglo. Podría decirse que el mayor mérito de los logros de Reyes en el mundo intelectual español fue haberlos obtenido en una etapa de renacimiento. Lejos de cualquier falsa modestia, Reyes se ufana del hecho de que, si Juan Ruiz de Alarcón había conquistado a «la corte» durante el «siglo de oro», él había hecho lo propio durante la «edad de plata»²².

Acaso las pruebas más contundentes de su aceptación y ascenso en el mundo intelectual español sean el paso de crítico cinematográfico a autor y responsable de la sección semanal de «Historia y Geografía» de *El Sol*, a partir de finales de 1917; su elección como vicepresidente de la sección de Literatura de el Ateneo, en junio de 1918, a pesar de ser extranjero y contertulio reciente, y su designación, siendo mexicano, para ser quien fijara el texto de *El Cantar del Mio Cid* que publicaría la Editorial Calpe en su —hoy legendaria— Colección Universal²³. Sin embargo, alcanzó la consolidación de su prestigio literario con la publicación, en 1917, de sus *Cartones de Madrid*, que contiene sus primeras impresiones sobre la ciudad y al que Azorín

²¹ Aunque de manera indirecta, Altamira estaba obligado a tener una cortesía con Reyes, pues durante su visita a México en 1910 había sido recibido en la Academia de Jurisprudencia, correspondiendo a Rodolfo, hermano de Alfonso, hacer el discurso de bienvenida. Véase SRE, AHGE. Archivo particular de Manuel Calero, libro 20, f. 9, el documento es de 29 de enero de 1910.

²² El término, así como el mejor análisis de la historia cultural de España de los últimos decenios del siglo XIX y los primeros de éste, en José Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.

²³ *El Sol*, 6 de diciembre de 1917 y 5 de junio de 1918. Azorín a Alfonso Reyes, 18 de septiembre de 1916; Juan Ramón Jiménez a Alfonso Reyes, 22 de noviembre de 1916, en Bárbara Aponte, *op. cit.*, pp. 354 y 413.

consideró un libro «exquisito», con la «esencia de España». Sobre todo, poco después aparecería su *Visión de Anáhuac*, que fue saludado por Juan Ramón Jiménez como «una verdadera joya»²⁴.

A pesar de tales éxitos, Reyes no estaba satisfecho con su situación. En efecto, en varias ocasiones confesó a sus amigos de México que muy poco de lo mucho que escribía era lo que él consideraba obra propia y satisfactoria. Lo grave es que la queja no se reducía al tipo de trabajos que hacía, a su naturaleza; lo que más atribulaba a Alfonso Reyes era reconocer, íntimamente, su falta de calidad. En una ocasión confesó a Pedro Henríquez Ureña que escribía en exceso, sin tiempo para corregir, y que la literatura se había convertido en un «trabajo forzado [...] para ganarme la vida». Así, aceptaba que sus colaboraciones periodísticas eran «verdaderamente malas»²⁵.

Su inconformidad, sin embargo, no se reducía a sus labores periodísticas, sino que abarcaba también su principal responsabilidad laboral, su empleo en la sección filológica del Centro de Estudios Históricos. En este caso, su enojo era contra la erudición en historia literaria, «cosa un tanto enojosa». Más que un problema laboral —mal salario, jornadas extenuantes o publicar mucho anónimamente—, lo era intelectual: por un lado, estaba convencido de que en el Centro de Estudios Históricos se seguían «pistas falsas»; por el otro, rechazaba que se aplicaran todavía métodos germánicos, ya en claro proceso de descrédito por «escamotear los problemas espirituales con medios de trabajo manual». Es indudable que Reyes prefería la literatura histórica a la «brutal severidad» de la historia científica en su vertiente filológica, pues mientras ésta descansaba en el «peso crítico», la otra lo hacía en la «agilidad artística»²⁶.

²⁴ Azorín a Alfonso Reyes, 2 de octubre de 1917; Juan Ramón Jiménez a Alfonso Reyes, 5 de diciembre de 1918, en Bárbara Aponte, *op. cit.*, pp. 357 y 414.

²⁵ Dado el severo autojuicio, resulta inexplicable que con ellas haya conformado después varios libros, como *Retratos reales e imaginarios* (1920) y las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926). Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 4 de mayo de 1922, en Fernando Curiel, *El cielo...*, *op. cit.*, pp. 88-92.

²⁶ Alfonso Reyes a Julio Torri, 15 de noviembre de 1916, *Epistolarios T.*, 1995, pp. 74-78.

La solución a ese dilema se le presentó pronto. En efecto, a finales de 1919 dejó de colaborar con Menéndez Pidal, sin ruptura que lo antecediera o explicara y a pesar de reconocer que dicho empleo le generaba «alguna ventaja editorial», y al poco tiempo también dejó de escribir semanalmente en *El Sol*²⁷. Abandonar ambos trabajos a la vez supone un ofrecimiento alternativo, generoso en paga y estimulante intelectual y vitalmente. En efecto, por entonces recibió una invitación a colaborar en la Comisión Histórica Mexicana para investigar en los archivos europeos, fundada por Francisco del Paso y Troncoso, pero que, a la muerte de éste y por las vicisitudes revolucionarias, había prácticamente desaparecido, hasta que don Luis G. Urbina lograra del gobierno carrancista la aprobación para reestablecer dicha Comisión, labor que fue confiada a don Francisco de Icaza²⁸.

La incorporación de Reyes permite varias explicaciones: conservaría estable, que no boyante, su economía familiar; se le facilitaría renovar el trato con mexicanos, el que había perdido hacía aproximadamente tres años, como con el joven Artemio Valle Arizpe, también miembro de la Comisión. Sobre todo, implicaba una preferencia intelectual, pues con el cambio pasaría de la «enojosa» erudición filológica a la placentera historia literaria. Implicaba también otros dos beneficios importantes: por un lado, viajes de exploración archivística²⁹; por el otro, y más importante, el contacto con don Francisco de Icaza, quien no simpatizaba con las posturas técnico-metodológicas del grupo de Menéndez Pidal, sino que prefería «procedimientos interpretativos». Es obvio que Reyes gustaba de abordar los personajes y temas desde el «modo humano», como lo

²⁷ Alfonso Reyes, «Historia documental de mis libros», *op. cit.*, p. 265. *El Sol*, 27 de marzo de 1919. Como en el caso de muchos de sus artículos periodísticos, con los materiales de corte erudito escritos entonces conformaría después sus reputadas obras *Cuestiones gongorinas* y *Capítulos de literatura española*.

²⁸ AHSRE, Concentración, 25-6-70 (1) ff. 53-54.

²⁹ Alfonso Reyes, «Historia documental de mis libros», *op. cit.*, p. 259. Desde finales de 1918, en uno de sus artículos semanales, Reyes había elogiado la conservación de documentos históricos, al grado de pedir un agradecimiento general para quien «descubre y pone a flor de suelo la cantera para los constructores de mañana». En forma premonitoria, aseguró que «las peripecias, viajes, desapariciones y reapariciones de un documento son, a veces, un verdadero cuento árabe». Véase *El Sol*, 19 de diciembre de 1918.

hacia Icaza, con «penetración psicológica», imaginando incluso «sus intimidades». Además, Reyes estaba agradecido con Icaza, pues lo había ayudado desde su forzado arribo a España; por si esto fuera poco, Reyes tenía con él varias afinidades: ambos eran amenos, generosos y auténticamente cultos³⁰.

Aunque Alfonso Reyes pretendió al principio que su colaboración fuera considerada como un simple «encargo privado» de Urbina³¹, lo cierto es que su incorporación a la Comisión, con Icaza y Urbina, implicaba convertirse en empleado del gobierno posrevolucionario, pues recibiría un salario de la administración carrancista. Por obvias razones, una decisión política de esa magnitud implicaba un hondo cisma familiar. Su padre había muerto victimado por balas de soldados maderistas, y el gobierno de Carranza mantenía a su hermano Rodolfo en el exilio. Así, su ingreso en dicha Comisión era, para Rodolfo, un desafío personal y, peor aun, una traición a la familia. Sin embargo, lo cierto es que Reyes nunca había comulgado con las ambiciones y las estrategias políticas de la familia³².

A diferencia de su padre y de su hermano, Alfonso no repudiaba la Revolución. Si bien consideraba que eran excesivas las «crueldades inútiles», veía la situación nacional con un esperanzador optimismo³³. A diferencia de su hermano, nunca quiso quemar sus naves: aunque no deseaba precipitar su regreso al país, estaba seguro de que algún día lo haría, razón por la cual rechazó la recomendación de sus amigos filólogos de que se nacionalizara español³⁴.

Aunque breve, su paso por la Comisión Histórica fue oportuno y significativo, pues sentó un precedente que le facilitaría volver a

³⁰ El elogio de Reyes a Icaza en «Pasado inmediato», *Obras Completas, op. cit.*, XII, pp. 227-228.

³¹ Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 24 de febrero de 1920, en *Con leal franqueza, correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, México, El Colegio Nacional, 1992-4, vol. I, p. 83.

³² Paralelamente, la opinión que en México se tenía de Alfonso era radicalmente distinta a la que se tenía de Rodolfo. El primero era apreciado y no tenía impedimento para regresar al país. Todo lo contrario; en su ausencia había sido elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, a finales de 1918, aunque no pudo leer su discurso de ingreso hasta mediados de 1924, a su primer regreso al país.

³³ Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 30 de noviembre de 1917, en *Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada, op. cit.*, p. 44.

³⁴ Rechazó tales propuestas pues «yo no hubiera cambiado por nada mi destino de mexicano», *Obras Completas, op. cit.*, vol. XXIV, p. 259.

colaborar, algún día, con el gobierno mexicano posrevolucionario. Esta oportunidad se dio a mediados de 1920, cuando los sonorenses Obregón, Calles y Huerta derrocaron a Venustiano Carranza. En el gobierno resultante quedaron dos amigos de Reyes en altos puestos: Miguel Alessio Robles y, sobre todo, José Vasconcelos, quienes intercedieron por Reyes, para que pudiera volver a su empleo diplomático³⁵. Así, pasó de exiliado a representante oficial del gobierno mexicano. El cambio era mayúsculo, y transformó radicalmente su vida cotidiana madrileña: pasó de las vacas flacas a las vacas gordas.

³⁵AHSRE. C., 25-6-70 (1) ff. 55-56, 59, 80, 84, 87. Alfonso Reyes a Julio Torri, 26 de diciembre de 1920, *Epistolarios T.*, p. 234. Miguel Alessio Robles, «La frase del cementerio de Galeana», *El Universal*, 23 de noviembre de 1934.

LA INFLUENCIA DE ORTEGA
EN MÉXICO

FRANCISCO GIL VILLEGAS

*I. Alfonso Reyes y el primer contacto del pensamiento
de Ortega con México*

Textos tradicionales de historia de las ideas en México atribuyen la introducción de la discusión de las primeras obras de José Ortega y Gasset en la Universidad Nacional de México a Samuel Ramos y a José Romano Muñoz, dos distinguidos discípulos en la década de los años veinte del maestro Antonio Caso, mismo que en alguna ocasión fuera comparado con la versión mexicana de Max Scheler por la combinación que hacía en sus obras de un bergsonismo cristiano con la fenomenología de Husserl, y por su anticipación precursora a la discusión del existencialismo en México, al haber analizado desde 1916 los temas de la existencia, de la caridad y del desinterés¹.

A pesar de ser correcta la mención de Ramos y Romano Muñoz por lo que concierne a la divulgación de las ideas de Ortega en las instituciones docentes de México, lo cierto es que las primeras referencias escritas de un mexicano a la obra de Ortega se encuentran en ensayos de Alfonso Reyes que se remontan a 1916. En efecto, al quedar enrolado, después de un exilio político, en el servicio exterior mexicano desde 1914, Reyes desempeñó funciones diplomáticas en Francia y en España, donde trató

¹ Para la atribución de la primera introducción de las obras de Ortega en México a Samuel Ramos y José Romano Muñoz, véase Patrick Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana. Panorama actual de la filosofía en México* (trad. Edmundo O'Gorman y pres. José Gaos), México, El Colegio de México, 1954. La obra precursora de Caso que introduce desde 1916 la discusión del existencialismo en México es Antonio Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1916), México, UNAM-IPN, 1987.

cercanamente, entre otros intelectuales españoles, a Ramón del Valle-Inclán, a Azorín y a Ortega².

Con respecto a Ortega, Reyes vio de inmediato en él una potencial orientación política para la juventud española, un «paladín», cuando no un «héroe», que incluso en sus *Meditaciones del Quijote* «se propone un fin esencialmente político» porque busca llevar a cabo «experimentos» para una España nueva. Aun cuando, según Reyes, Ortega parece olvidar a veces su misión política y retirarse, en calidad de «El Espectador», a la literatura y a la filosofía para desde ahí emanciparse de la política, ésa es una tendencia que podría juzgarse momentánea, pues:

¿Quién duda que, a lo largo de la vida, Ortega y Gasset tendrá que descender muchas otras veces a la política, ante las imperiosas sollicitaciones del problema español?³

No obstante esta premonición sobre la futura actividad de Ortega, al final de su breve ensayo, Reyes hace votos por que «la salvación del héroe» se alcance precisamente cuando éste comprenda que más le conviene no cambiar «la primacía intelectual por las confusiones de la furia política»⁴. El ensayo en cuestión resulta ser así, a final de cuentas, irónico, pero no por ello carece de importancia que la *primera referencia impresa* del pensamiento mexicano sobre la obra de Ortega y Gasset se centre justamente en su significado potencial para el ámbito de la política, es decir, para esa esfera donde, según Max Weber, es inevitable hacer un pacto con el diablo. Más adelante volveremos sobre la cuestión de la importancia subterránea que reviste para México el pensamiento político de Ortega, y que Reyes pareció presentir con gran perspicacia en su primer ensayo sobre el Meditador de El Escorial.

² Moisés González Navarro, «Alfonso Reyes, viajero» en «El Búho», sección dominical de *Excelsior*, México, domingo 30 de octubre de 1994, p. 1.

³ Alfonso Reyes, «Apuntes sobre José Ortega y Gasset. Crisis primera: la salvación del héroe» (1916), *Obras Completas de Alfonso Reyes*, vol. IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 258-261.

⁴ *Ibidem*, pp. 260-261.

El segundo ensayo de Reyes dedicado a Ortega aparece en 1917, y en él se reflexiona sobre la importancia de que Ortega «descubriera América» después de su primer viaje a la Argentina en 1916, ya que ese viaje —al decir de Reyes— determinó en Ortega «una honda y fecunda crisis». Se trataba de un viaje que daba un nuevo rumbo a la investigación de sí mismo, un viaje que no había sido de recreo, sino para afirmar la propia identidad. El único temor de Reyes se sintetizaba en su preocupación por que el entusiasmo de Ortega por América no fuera a desvanecerse, como aparentemente «se ha desvanecido aquel hermoso sueño de reconstrucción de la patria, que inspiraban en otro tiempo las páginas de las *Meditaciones*»⁵.

Cinco años después, Reyes ha despejado sus dudas y temores pues ya no ve en Ortega a un voluble Ulises, sino más bien a un Fausto redimido, y en una síntesis de sus reflexiones previas sobre el Meditador de El Escorial, Reyes describe cómo el alma de Ortega fue modelándose «por la influencia de una ciudad alemana, la vida estudiosa y la disciplina filosófica de Cohen», para que finalmente prendiera en esa alma celtíbera «el ardor de renovar a España». Vuelto a su patria, Ortega «se hizo director de la juventud, señaló remedios a la política y orientaciones al arte; inquietó las almas nuevas: fue el Inquietador, mucho más que el Espectador, como él gusta llamarse ahora»⁶.

Al año siguiente de esta entusiasta evaluación de Ortega, Alfonso Reyes sería invitado a colaborar en el primer número de la recién fundada *Revista de Occidente*. Poco después, las primeras obras de Ortega empezaron a discutirse en los cursos de Romano Muñoz, tanto de la Escuela Nacional Preparatoria como de la Escuela de Altos Estudios (posteriormente Facultad de Filosofía y Letras) de la Universidad Nacional de México.

⁵ Alfonso Reyes, «Crisis segunda: Nostalgias de Ulises» (1917), *Obras Completas*, vol. IV, *op. cit.*, pp. 261-264.

⁶ Alfonso Reyes, «Crisis tercera: Melancolías de Fausto» (1922), *Obras Completas*, vol. IV, *op. cit.*, pp. 264-265.

II. Ramos y Caso en la salvación de la circunstancia mexicana

Las aplicaciones de Samuel Ramos de la idea orteguiana de la circunstancia a la realidad mexicana cristalizarían en 1934 cuando apareció su más célebre y también más polémica obra: *El perfil del hombre y la cultura en México*⁷. En este libro, Ramos presentó una muy discutible interpretación psicoanalítica de la cultura mexicana basada en las ideas de Adler y Jung, incorporándolas en un marco más amplio de interpretación inspirado explícitamente en la orientación historicista a los problemas de la cultura que había promovido Ortega, así como en su fructífera idea de la circunstancia. De esta manera, Ramos fue el primero en tratar de aplicar a la realidad de la cultura mexicana la fórmula de «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo», aun cuando, hasta la fecha, la editora de las obras completas de Caso enseña en sus cursos de *Filosofía en México*, en la Universidad Nacional Autónoma de México, que el primer intento por salvar la circunstancia mexicana desde una perspectiva culturalista, al margen de las ideas de Ortega y Gasset y de una manera mucho más convincente que la de Ramos, lo había llevado a cabo desde 1917 el maestro Antonio Caso con su estudio sobre *El Bovarismo nacional*⁸. Ramos conocía bien las ideas de su maestro al respecto, pero en 1927 había tenido lugar una agria polémica entre el maestro y el discípulo en torno a la cuestión de la universalidad o circunstancialidad de la filosofía, así como de la posible pérdida de vigencia del pensamiento de Bergson. Ante el cuestionamiento crítico de sus ideas por parte de un antiguo discípulo, Caso respondió con un opúsculo que lo mismo rendía homenaje a Juan Ramón Jiménez que agraviaba al alumno, al llevar el sugerente título de *Ramos y yo: un ensayo de valoración personal*.

⁷ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Imprenta Mundial, 1934. (Segunda edición: México, Librería de Robredo, 1938.)

⁸ Véase Antonio Caso, «El Bovarismo nacional» (1917), *Discursos a la nación mexicana*, México, Porrúa, 1922. Caso discutió más ampliamente su interpretación histórico-culturalista de México en *El problema de México y la ideología nacional*, México, Cultura, 1924. El reclamo de prioridad cronológica para Caso, en lo que concierne a la aplicación del enfoque culturalista, puede encontrarse en Rosa Krauze de Koltenuik, *La filosofía de Antonio Caso*, México, UNAM, 1961.

Probablemente acicateado por esa respuesta, Ramos buscaría con la fundación de la revista *Contemporáneos* en 1928 nuevos horizontes filosóficos en Ortega, mismos que retrospectivamente interpretaría como válidos no únicamente para él, sino para toda una generación de intelectuales mexicanos. De este modo, en la sección intitulada «La influencia de Ortega y Gasset» de su *Historia de la filosofía en México*, publicada en 1943, Ramos nos da el siguiente panorama descriptivo de cómo entró la filosofía de Ortega en México:

Una generación intelectual que comenzó a actuar públicamente entre 1925 y 1930 se sentía inconforme con el romanticismo filosófico de Caso y Vasconcelos. Después de una revisión crítica de sus doctrinas encontraba infundado el anti-intelectualismo, pero tampoco quería volver al racionalismo clásico. En esta perplejidad, empiezan a llegar a México los libros de José Ortega y Gasset, y en el primero de ellos, las *Meditaciones del Quijote*, encuentra la solución al conflicto en la doctrina de la *razón vital* [...] Ortega y Gasset vino también a resolver el problema (del nacionalismo) mostrando la historicidad de la filosofía en el *Tema de nuestro tiempo*. Reuniendo estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote*, aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional⁹.

Ahora bien, aun cuando Ramos describe con exactitud una tendencia muy importante en la formación de los intelectuales mexicanos de finales de la década de los años veinte, es un tanto exagerado extrapolar tal tendencia a *toda* la generación. Por un lado, en la Universidad Nacional, la filosofía tenía todavía importantes bastiones católicos que promovían la enseñanza escolástica, y por otro, el vasconcelismo era para muchos el movimiento que realmente llenaba las aspiraciones de la nueva generación

⁹Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México*, México, Imprenta Universitaria, 1943, p. 149.

universitaria en la década de los años veinte. Al mismo tiempo, los cursos de Caso seguían siendo, al decir del propio Ramos, «la gloria de la Universidad de México»¹⁰.

III. La cuestión del germanismo en México

Y por si fuera poco, algunos de los antiguos discípulos de Caso habían configurado ya, al inicio de la década de los treinta, una rama autóctona de neokantismo marburgués o de sus derivados fenomenológicos, misma que era paradójicamente independiente de la influencia orteguiana, entre otras cosas porque sus más connotados dirigentes habían logrado ir a estudiar directamente la filosofía alemana con sus propios recursos a Marburgo, Viena o Berlín. Tales fueron los casos de Francisco Larroyo, Guillermo Héctor Rodríguez y Eduardo García Máynez. Así, Larroyo estudiaría en Marburgo entre 1930 y 1933, y traduciría a principios de la década de los años cuarenta la *Pedagogía*, de Paul Natorp, y la *Historia de la filosofía*, de Wilhelm Windelband; Eduardo García Máynez estudiaría durante 1932 filosofía en Berlín con Nicolai Hartmann, el antiguo condiscípulo de Ortega en Marburgo, en tanto que en 1933 seguiría los cursos de jurisprudencia de Alfred Verdross en la Universidad de Viena, y, por último, Guillermo Héctor Rodríguez, veracruzano, que al igual que Ramos sufrió los sarcasmos vindicativos de su maestro Caso, estudió en Marburgo y se vio obligado a defender con serias desventajas sus tesis neokantianas frente al temible maestro, en una polémica periodística en la que la escuela de Marburgo no salió muy bien librada frente a los embates de la metafísica vitalista.

Lo cierto es que todos estos autores mexicanos habían bebido la filosofía alemana directamente en sus fuentes, y no conocerían bien las ideas de Ortega sino hasta después de 1938, cuando llegaron los intelectuales de la República española a México. En el caso particular de García Máynez, su formación alemana se combinaría fructíferamente con la de los intelectuales españoles para colaborar en obras

¹⁰ *Ibidem*, p. 141.

de traducción colectiva, como la que coordinó José Medina Echavarría para verter al castellano *Economía y Sociedad*, de Max Weber, en 1944.

Es importante mencionar todo esto porque, de algún modo, se ha tendido a exagerar en muchas ocasiones la influencia de Ortega en la difusión de la cultura alemana sobre México entre 1920 y 1950. Incluso Ortega mismo proporcionó, en su «Prólogo para alemanes» de 1934, la versión más exagerada de esa influencia, cuando literalmente les pasó la factura de sus servicios a los alemanes al recordarles que: «Alemania no sabe que *yo, y en lo esencial yo solo*, he conquistado para ella, para sus ideas, para sus modos, el entusiasmo de los españoles. Y de paso, he infeccionado a *toda* Sudamérica de germanismo [...] Durante una etapa yo he anexionado todo el mundo de habla española al magisterio de Alemania»¹¹.

Sin menoscabar el papel crucial que Ortega desempeñó efectivamente en la difusión de la cultura alemana sobre Hispanoamérica entera, conviene, no obstante, equilibrar las cuentas mencionando las tendencias autóctonas independientes que, por lo menos en el caso de México, contribuyeron también a esa difusión, a fin de tener una imagen más justa, objetiva y equilibrada de en dónde radican los límites y la auténtica influencia de Ortega en el pensamiento y la cultura de México, la cual es muy grande, pero no llega a ser total.

IV. La fundación de la Casa de España en México

Al estallar la Guerra Civil española, la simpatía de importantes diplomáticos e intelectuales de México, como Daniel Cosío Villegas, se manifestó a favor del Gobierno republicano. A lo largo de 1936 y 1937, Cosío Villegas llevaría a cabo diversas gestiones para consolidar el proyecto de la fundación de la Casa de España en México, misma que quedó institucionalizada mediante el acuerdo presidencial del 1.º de julio de 1938. El objetivo y las razones del gobierno mexicano presidido por Lázaro Cárdenas para fundar la Casa de España en

¹¹ José Ortega y Gasset, «Prólogo para alemanes» (1934), *Obras completas*, vol. VIII, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 25-26.

México se encuentran sintetizados en un boletín de prensa de la época en los siguientes términos:

El señor presidente de la República dispuso que se invitara, previo el conocimiento y la conformidad del Gobierno de la República española, a un grupo de profesores e intelectuales españoles para que vinieran a México a proseguir los trabajos docentes y de investigación que han debido interrumpir por la guerra.¹²

De este modo, a partir de 1938, con la llegada a México de algunos de los más distinguidos intelectuales de la República española, la influencia de Ortega y Gasset se incrementa, al mismo tiempo que se vuelve mucho más amplia y precisa, por contar entre sus difusores con discípulos e interlocutores íntimos y directos del Meditador de El Escorial. En la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional de México, Luis Recaséns Siches se hace cargo de la cátedra de Teoría del Estado en el año de 1938, donde no sólo enseña a Jellinek y a Kelsen, sino que también habla de Ortega desde una perspectiva sociológica y jurídica.

*V. De San Bernardo a Mascarones:
Ortega y el curso de Gaos sobre el cristianismo*

En la Facultad de Filosofía y Letras, José Gaos inicia en 1939 un ambicioso plan de cursos de historia de la filosofía, arrancando con los griegos, pero abordando ya para 1940 la filosofía cristiana medieval desde la perspectiva de una profundización del curso que Ortega había impartido en el año de 1933, en la Universidad Central de Madrid, y que se publicaría años después con el título de «En torno a Galileo». Quienes conocen bien esa publicación saben que en el curso de 1933 Ortega habló muy poco de Galileo, y en cambio

¹² Boletín del 20 de agosto de 1938 del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad del Gobierno de México, citado en Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 43.

dedicó la mayor parte de su disertación a la filosofía medieval y al «cristianismo como forma de vida». Pues bien, Gaos continuó durante 1940 en Mascarones las lecciones que Ortega había iniciado en San Bernardo durante 1933 sobre el tema de cristianismo y filosofía, sólo que en México Gaos no se limitó a la exposición, sino que invitó a los mejores alumnos a participar en un seminario para presentar monografías, corregirlas después de los comentarios críticos y publicarlas más tarde, en 1943, en un volumen editado por El Colegio de México con el título de *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*¹³. Entre los participantes en esta empresa se encontraban Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo y José Luis Martínez, es decir, los primeros discípulos de Gaos en México, mismos que acabarían por convertirse en importantes figuras con luz propia en menos de un lustro, y que nunca dejaron de reconocer su enorme deuda formativa hacia Gaos.

El curso de 1933 de Ortega sobre el cristianismo, así como su influencia sobre la enseñanza de la filosofía en México a través de su reanimación en el curso de Gaos en 1940, cobra particular relevancia en la década de los años noventa, a partir de la publicación en Alemania de los cursos inéditos de Heidegger correspondientes a los años de 1919 a 1921 en la Universidad de Friburgo, mismos que también abordaron los temas del cristianismo y la filosofía, con particular énfasis en San Agustín y el neoplatonismo¹⁴. Las semejanzas

¹³ José Gaos (comp.), *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*, México, El Colegio de México, 1943. El volumen incluye los siguientes trabajos: Leopoldo Zea, «Superbus Philosophus»; Edmundo O'Gorman, «La conciencia histórica en la Edad Media»; José Luis Martínez, «El concepto de la muerte en la poesía española del siglo XV»; Gustavo Pizarro, «La historiografía francesa en los siglos XIII y XIV»; Tomás Gurza, «La Catedral y la Summa»; Antonio Gómez Robledo, «Cristianismo y filosofía en la experiencia agustiniana»; María Ramona Rey, «El Libro de Patronio como guía de vida»; Pina Juárez Frausto, «El libro del Arcipreste de Talavera y la vida Coetánea». Todos los trabajos van precedidos de una presentación de Gaos donde se explica que muchos ensayos presentados en el curso de 1940 no fueron incluidos en el volumen de 1943, entre otras cosas, porque «siguieron trayectorias muy propias» independientes a la metodología fijada por Gaos para el curso.

¹⁴ Véase Martin Heidegger, *Grundprobleme der Phänomenologie*, curso del semestre de invierno de 1919 a 1920, vol. 58 de la *Gesamtausgabe*, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1993, especialmente pp. 59-65, y Martin Heidegger, *Augustinus und der Neuplatonismus*, curso del semestre de verano de 1921, vol. 60 de la *Gesamtausgabe*, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1995.

entre Ortega y Heidegger al abordar la relación del cristianismo primitivo con la filosofía son, una vez más, tan considerables como sorprendentes, y ahora resulta que los discípulos mexicanos de Gaos en el curso de 1940 parecen haber sido heideggerianos vanguardistas sin saberlo, pues ni tenían conocimiento de los primeros cursos de Heidegger ni tampoco tuvieron acceso al texto de las lecciones de Ortega, sino hasta 1942, al publicarse una versión parcial, debiendo esperar hasta 1947 para tener acceso a su versión íntegra¹⁵.

Muy brevemente explicado, el gran paralelismo entre Ortega y Heidegger en lo referente a su interpretación del cristianismo y la filosofía consiste en que ambos atribuyen la auténtica y original aportación del primero a una experiencia fáctica del modo de vida que revela muchas intuiciones que acaban por ser borradas, eliminadas u olvidadas cuando se intenta conceptualizarlas mediante el extranjero modo racional del pensar griego: «el *lógos* griego traiciona constantemente e inevitablemente la intuición cristiana» —nos dice Ortega— y por ello se puede decir que «cuanto hay de filosofía cristiana se debe a San Agustín», el cual, sin embargo, traicionó sus propias intuiciones cuando quiso explicarlas acudiendo a Platón y al neoplatonismo¹⁶.

El curso de Heidegger del semestre de verano de 1921 también se esfuerza por demostrar cómo los conceptos neoplatónicos, retomados por San Agustín, falsificaban la experiencia original del tiempo, en el modo de vida del cristianismo primitivo, que se buscaba transmitir¹⁷. Con todo, el camino quedaba abierto para que, después de todo, fuera precisamente la lectura del libro XI de las *Confesiones* del obispo de Hipona, la que le permitiera a Heidegger tener acce-

¹⁵ Las lecciones de la V a la VIII del curso de Ortega de 1933 fueron publicadas en volumen independiente en 1942 con el título de *Esquema de la crisis*. El curso entero se publicaría por primera vez en 1947, en el tomo V de las *Obras completas* de Ortega, con el título de «En torno a Galileo», mismo que no tendría edición independiente sino hasta 1958 en la colección El Arquero. No obstante, los discípulos mexicanos de Gaos tuvieron acceso en 1940 a dos de las doce lecciones del curso de Ortega que ya se encontraban publicadas por esas fechas: una, en la revista *Cruz y raya* de octubre de 1933 (lección VII), y otra, intitulada «En el tránsito del cristianismo al racionalismo», publicada en la *Revista de Occidente* en septiembre de 1933 (lección VIII).

¹⁶ José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 117 y 162-163.

¹⁷ Martin Heidegger, *Augustinus und der Neuplatonismus*, *op. cit.*

so en 1924 a la intuición esencial sobre la conexión del tiempo con el ser, a partir de una fructífera interpretación del interrogante agustiniano «*Quid est enim tempus?*»¹⁸.

Algunos de los discípulos mexicanos del curso de Gaos en 1940 repiten en sus trabajos, al parecer, de manera vanguardista, ideas muy semejantes a esta peculiar interpretación de San Agustín. ¿De dónde podrían haber extraído esa coincidencia, sino de la exposición oral de Gaos, misma que reproducía y ampliaba las lecciones de Ortega de 1933? Todo el trabajo de Leopoldo Zea parece girar así en torno a la idea literalmente «transterrada» de que la experiencia original del modo de vida cristiano es antagónica a la filosofía porque, a final de cuentas, ésta no es más que una forma de soberbia, o en las palabras del propio trabajo de Zea: «En las *Confesiones* de San Agustín nos encontramos con las experiencias de un cristiano sobre este instrumento de la soberbia llamado filosofía de acuerdo con la concepción cristiana de vida»¹⁹. Y más adelante Zea vuelve a la idea de cómo San Agustín parece estar siempre a punto de traicionar su propia intuición de humildad y de desconfianza en sí mismo —auténticas experiencias del original modo de vida cristiano— por la soberbia de la aspiración a la filosofía, pues «para el cristiano, el querer indagar todo lo existente por medio de la razón es soberbia, pues se trata de un conocimiento que sólo a Dios compete»²⁰.

Algo semejante podría indicarse en relación al trabajo de Gómez Robledo, cuando éste analiza las relaciones de San Agustín con el neoplatonismo, sólo que en este caso el autor nos cita explícitamente a la fuente de donde tomó la idea para considerar a la filosofía un modo de vida esencialmente antagónico al modo de vida, concreto y fáctico, de la experiencia original del cristianismo: «La vida filosófica va a empezar, esta vida que Gaos ha nombrado vida en abstracción, y ahora advertimos que esta operación tiene tanto que ver con el objeto de la filosofía como con el sujeto [...] Más la filosofía cris-

¹⁸ Véase Martin Heidegger, *Der Begriff der Zeit* (1924), Tübinga, Max Niemeyer, 1987, pp. 5-6.

¹⁹ Leopoldo Zea, «Superbus Philosophus», en José Gaos (comp.), *Trabajos de historia filosófica...*, op. cit., p. 23.

²⁰ *Ibidem*, p. 29.

tiana, haciéndonos no sólo conocer la verdad, sino vivir la verdad, nos hace salvar la inconmensurabilidad entre la condición de la filosofía y la condición humana»²¹.

*VI. Influencia de Ortega en el Seminario
del Pensamiento en Lengua Española de El Colegio de México*

La mayor influencia de Gaos, sin embargo, no consistiría en formar medievalistas o helenistas, sino en orientar a sus discípulos hacia el estudio del pensamiento en lengua española. Tan sólo un año después del curso dedicado al Cristianismo y la Filosofía, Gaos fundaría en El Colegio de México el «Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española». En él, Gaos induciría a sus alumnos a hacer a un lado aspiraciones universalistas y a concentrar sus esfuerzos en temas vinculados directamente con las ideas de la circunstancia mexicana. Así, Gaos convencería a Leopoldo Zea a que, en vez de elaborar una tesis sobre el pensamiento de los sofistas, como lo tenía originalmente planeado, mejor se avocara a estudiar la influencia y modalidades que había adquirido el positivismo en México. Luis Villoro se vería estimulado, a su vez, para investigar los grandes momentos del indigenismo en México, en tanto que Francisco López Cámara sería encauzado a trabajar en la génesis de la conciencia liberal en México. En todos estos casos, la influencia del pensamiento de Ortega y Gasset se manifestaría de una manera más bien indirecta, a pesar de estar omnipresente al adecuar las diversas investigaciones a la circunstancia mexicana, en un enfoque que hacía honor, sin lugar a dudas, a la perspectiva orteguiana de la razón histórica.

Hay, sin embargo, un caso donde Gaos sí dejó que la influencia de Ortega se expresara en una investigación mexicana de manera directa y prominente. Significativamente, se trata del último de los estudios que Gaos dirigió en ese seminario de El Colegio de México, es decir, la investigación de Fernando Salmerón intitulada *Las mocedades de Ortega y Gasset*, publicada en 1959²². En esta obra, dedicada a Gaos

²¹ Antonio Gómez Robledo, «Cristianismo y filosofía en la experiencia agustiniana», en José Gaos, *op. cit.*, pp. 259 y 265.

²² Fernando Salmerón, *Las mocedades de Ortega y Gasset*, México, El Colegio de México, 1959.

y a El Colegio de México, Salmerón clasificó y analizó con gran rigor los escritos de Ortega entre 1904 y 1914, demostrando cómo la génesis de ciertos temas de juventud del Meditador de El Escorial llegaron a desarrollarse y a expresarse de manera constante en su obra de madurez. El estudio de Salmerón tiene un valor especial, por ser el primero en aplicar un riguroso método de investigación filológica y filosófica al estudio de las obras de juventud de Ortega. Un año después de la aparición en México del libro de Salmerón, Julián Marías publicaría en Madrid *Ortega: Circunstancia y vocación*, estudio donde también aparece una investigación rigurosa y sistemática de la primera etapa del pensamiento de Ortega.

Gaos podía sentirse orgulloso de haber dirigido la primera investigación rigurosa sobre el tema, y, sin embargo, no dejan de surgir diversas interrogantes con respecto a por qué no fue sino hasta el final de la vida del Seminario de pensamiento en lengua española cuando permitió que uno de sus discípulos abordara directamente la obra de Ortega: ¿Sería porque Ortega ya había fallecido y, por lo mismo, había una mayor libertad para escribir sobre su obra sin temor a molestarlo, o a que nuevamente el maestro «torciera el gesto» y «no le hiciera gracia» el atrevimiento del discípulo? ¿Acaso el propio Gaos no empezó a publicar en México sus propias remembranzas y «confesiones profesionales» sobre Ortega, sólo hasta después de la desaparición del maestro?²³ ¿Y no habría tenido algún grado de influencia, consciente o inconsciente, en el ánimo de Gaos, el que el discípulo encargado de hacer la investigación sobre el Meditador de El Escorial llevara el mismo apellido que el predecesor de Ortega en la cátedra de metafísica de la Universidad de Madrid, mismo que respondía al nombre de Nicolás Salmerón? Al margen de todas las especulaciones, lo cierto es que el Seminario de pensamiento en lengua española de El Colegio de México cerró con broche de

²³ Véase José Gaos, *Confesiones profesionales*, México, FCE, 1958, pp. 69-78; «Salvación de Ortega» (1956), en José Gaos, *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América Española*, México, UNAM, 1957, reimpresso recientemente en José Gaos, *Filosofía de la Filosofía* (antología y pres. Alejandro Rossi), Barcelona, Editorial Crítica, 1989.

oro mediante esa investigación, pionera en su ramo, sobre el pensamiento de Ortega y Gasset.

En el libro de Patrick Romanell sobre la formación de la mentalidad mexicana, hay una sección dedicada a analizar «la obra de los neoorteguianos mexicanos». Ahí se presentan, en efecto, las aportaciones filosóficas de los cuatro «neoorteguianos» más importantes en México hasta principios de los años cincuenta: Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman y Justino Fernández. Debe hacerse notar que, salvo el primero, todos fueron alumnos de Gaos. Las reflexiones de Zea, a partir de 1944, sobre la circunstancialidad del pensamiento latinoamericano, llevan a Romanell a clasificarlo como un «neoorteguiano circunstancialista», en tanto que Edmundo O’Gorman es clasificado como «neoorteguiano historicista». El problema de que América no hubiera sido propiamente descubierta, sino más bien «inventada», es un tema eminentemente de análisis de la propia circunstancia, enfocada desde la perspectiva de una acentuada conciencia histórica de la propia identidad²⁴. Puesto que O’Gorman ha sido fundamentalmente un historiador —a juicio de Romanell se trata del más diestro de los neoorteguianos en el manejo de sus fuentes— y Zea se ha dedicado más bien en los últimos años a la filosofía de la cultura, la clasificación de Romanell sería todavía válida, salvo por el pequeño detalle de que, actualmente, es muy probable que tanto Zea como O’Gorman objetaran ser clasificados como «neoorteguianos». En todo caso, ninguno de los dos la objetó cuando Romanell publicó su libro en 1954 en El Colegio de México, con presentación de Gaos y en versión castellana del propio O’Gorman.

Justino Fernández es visto por Romanell como un orteguiano representativo de la conciencia de la crisis del historicismo, desde el momento en que el condicionamiento de la verdad por la historia no es más que el «pecado de soberbia» del historicismo. Podría argumentarse que, en este punto particular, Fernández refleja ser mucho más un discípulo de Gaos que un fiel

²⁴ Véase Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, FCE, 1958.

seguidor del perspectivismo de la razón histórica orteguiana, pero por la manera en que siempre intentó salvar la circunstancia mexicana mediante sus originales análisis de Orozco y el muralismo mexicano²⁵, no es posible negar o minimizar la influencia de Ortega en su pensamiento.

Por último, la descripción de la influencia de Ortega en la cultura mexicana, a través de la labor docente de Gaos, quedaría muy incompleta si no se mencionara que, incluso en los trabajos académicos que deliberadamente hacen el mayor esfuerzo por conceptualizar rigurosamente las categorías de la cultura mexicana, se hace patente, y de manera prominente, la presencia de Ortega. Tal es el caso de *Las categorías de la cultura mexicana*, de Elsa Cecilia Frost, tesis dirigida por Gaos en 1963 donde, entre otras cosas, se afirma, después de exponer las principales tesis culturalistas de Ortega, que «de hecho, es Ortega quien hace posible cosa tal como una *filosofía de la cultura mexicana*»²⁶.

No es de extrañar, en consecuencia, que, en la cúspide de la influencia docente de Gaos tanto en la Universidad Nacional como en El Colegio de México, Romanell concluyera su investigación sobre la formación de la mentalidad mexicana con el siguiente balance:

[...] es un hecho innegable que el perspectivismo de Ortega ha constituido la mayor potencia intelectual en el movimiento de nacionalización de la mentalidad mexicana. La prueba más reciente del efecto de esas ideas sobre el actual interés que existe por la mexicanidad es la aparición de un nuevo grupo filosófico, el Hiperión, cuya preocupación general consiste en lo que sus miembros llaman «la ontología del hombre mexicano»²⁷.

²⁵ Las obras más representativas de Justino Fernández al respecto son las siguientes: *José Clemente Orozco: Forma e Idea*, México, Porrúa, 1942; *Prometeo: Ensayo sobre la pintura contemporánea*, México, Porrúa, 1945; *Rufino Tamayo*, México, Imprenta Universitaria, 1948.

²⁶ Elsa Cecilia Frost, *Las categorías de la cultura mexicana*, México, UNAM, 1972, p. 29.

²⁷ Patrick Romanell, *op. cit.*, p. 211.

VII. El grupo de los Hiperiones

El grupo Hiperión, configurado a finales de la década de los cuarenta por una serie de alumnos de Gaos, buscaba crear una filosofía propia y abordar con categorías existencialistas, en ocasiones rociadas de marxismo hegelianizado al estilo de Kojeve y de Hyppolite, el problema de la identidad del mexicano. Se ha llegado a afirmar que este grupo representó la culminación de la labor docente de Gaos pues, a pesar de sufrir serios desengaños posteriores con sus diversos miembros, el maestro español, desbordado de entusiasmo en los inicios de la formación del grupo, «llegó a decir que el movimiento iniciado por ellos sólo era comparable, en la historia de las ideas mexicanas, al de la pléyade reunida por el *Ateneo de la Juventud*»²⁸. Si este último había reunido entre sus más destacados representantes a Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, los hiperiones supuestamente podrían competir ahora con Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Jorge Portilla y Joaquín Sánchez Macgregor²⁹. Según este último, la jefatura espiritual del grupo recaía indudablemente en Uranga, en tanto que la función de Zea consistía en «abrirnos las puertas para lanzarnos a la fama»³⁰.

Es pertinente mencionar aquí que, debido a la preocupación de esos autores por elaborar una ontología del mexicano, Octavio Paz se acercó a ellos cuando trabajaba en *El laberinto de la soledad*, y por ello algunos estudios recientes lo incluyen en la lista de miembros del grupo Hiperión³¹.

²⁸ Oswaldo Díaz Ruanova, *Los existencialistas mexicanos*, México, Giménez Siles, 1982, p. 201.

²⁹ Las siguientes referencias bibliográficas coinciden en incluir a los autores mencionados en la lista de los «hiperiones»: Francisco Larroyo, *El Existencialismo: sus fuentes y direcciones*, México, Stylo, 1951, pp. 216-217; Oswaldo Díaz Ruanova, *op. cit.*, pp. 201-217, y los trabajos sobre temas del existencialismo, firmados por Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Joaquín Sánchez Macgregor y Ricardo Guerra, que se encuentran reunidos en el número monográfico de la *Revista de Filosofía y Letras*, vol. XV, núm. 30 (abril-junio de 1948).

³⁰ Testimonio de Sánchez Macgregor citado en Díaz Ruanova, *op. cit.*, p. 203.

³¹ Véase José Luis Gómez Martínez, «La presencia de Ortega y Gasset en el pensamiento mexicano», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, El Colegio de México, vol. XXXV, núm. 1 (1987), p. 197, donde, en la primera nota a pie de página, se estipula que entre los más notables miembros del grupo Hiperión destacan «entre otros, Joaquín Macgregor, Octavio Paz, Jorge Portilla, Emilio Uranga, Luis Villoro y Leopoldo Zea».

VIII. *La influencia de Ortega y Gasset en Octavio Paz*

El célebre ensayo culturalista publicado por Octavio Paz en 1950 es susceptible, en efecto, de ser asociado a los temas del grupo Hiperión, pero también es posible ver en él una aproximación independiente a la temática orteguiana, no tan sólo por erigirse en el sucesor natural, aunque infinitamente más sutil y mucho mejor escrito, del estudio de Ramos de 1934, sino también por el manejo que Paz da ahí al tema de la soledad. En efecto, no es mera casualidad el que Ortega haya afirmado, por un lado, que «la Metafísica es radical soledad»³², y el que Paz concluya su «dialéctica de la soledad» (apéndice del ensayo de 1950) con una cita al *Tema de nuestro tiempo*³³.

De manera explícita, Paz menciona, por otro lado, dos veces *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Ramos, como «la primera tentativa seria por conocernos» y «el único punto de partida que tenemos para conocernos» los mexicanos³⁴. Las referencias a las obras de Zea y O’Gorman pueden encontrarse también en hartos lugares del ensayo³⁵. Con respecto a los intelectuales de la República española, Paz nos recuerda que:

A ellos se debe en parte el renacimiento de la cultura mexicana, sobre todo en el campo de la filosofía. Un español al que los mexicanos debemos gratitud es José Gaos, el maestro de la joven «inteligencia».³⁶

Pero la recurrencia constante y directa a las ideas de Ortega por parte de Paz es lo que demuestra inequívocamente un importante

³² José Ortega y Gasset, *Unas lecciones de metafísica*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 126.

³³ Véase Octavio Paz, *El laberinto de la soledad, Posdata y Vuelta al laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, edición especial (Tezontle), 1981, pp. 219-220 : «Soledad y pecado se resuelven en comunión y fertilidad. La sociedad que vivimos ahora también ha engendrado su mito. La esterilidad del mundo burgués desemboca en el suicidio o en una nueva forma de participación creadora. Tal es, para decirlo con la frase de Ortega y Gasset, el “tema de nuestro tiempo”: la sustancia de nuestros sueños y el sentido de nuestros actos».

³⁴ *Ibidem*, pp. 14 y 164.

³⁵ *Ibidem*, pp. 113, 134-135, 172 y 174-175.

³⁶ *Ibidem*, p. 167.

peso específico de ese autor sobre la autorreflexión de la cultura mexicana. Paz recuerda así la distinción de Ortega «entre los usos y los abusos para definir lo que llamaba el *espíritu revolucionario*»³⁷; recurre a la observación de Ortega sobre el realismo de las sociedades tradicionales que desconfían de los saltos bruscos y prefieren el cambio gradual dictado por la realidad, a fin de caracterizar con esos rasgos a la sociedad mexicana³⁸; retoma, con matices críticos, la tesis orteguiana de cómo toda revolución es una tentativa por someter a la realidad a un proyecto racional³⁹, y antes de citar, según vimos, en la última página del ensayo a *El tema de nuestro tiempo*, Paz se apoya en la idea orteguiana de la nación para explicar la Reforma de la época de Juárez:

Si, como quiere Ortega y Gasset, una nación se constituye no solamente por un pasado que pasivamente la determina, sino por la validez de un proyecto histórico capaz de mover las voluntades dispersas y dar unidad y trascendencia al esfuerzo solitario, México nace en la época de la Reforma.⁴⁰

Tres décadas después de la publicación de *El laberinto de la soledad*, Paz describiría su deuda con Ortega en términos considerablemente generosos, aunque también con una saludable dosis de crítica constructiva. Ortega sería identificado como un ensayista, con todas sus virtudes y limitaciones: el ensayista es un explorador, nunca un colonizador; expresa el movimiento y el placer del viaje más que el afincamiento en sitios de llegada; sus obras deben verse no como un conjunto de edificios, sino como una red de caminos y ríos navegables. Según Paz, la obra de Ortega tiene tres ausencias u omisiones: la introspección, el tema de la muerte y la contemplación, ya que su filosofía es básicamente un pensamiento como acción y no como un ver o contemplar. Ahora bien, de acuerdo a lo expuesto anteriormente con respecto al contenido del curso de

³⁷ *Ibidem*, p. 23.

³⁸ *Ibidem*, p. 109.

³⁹ *Ibidem*, p. 147.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 131.

Ortega en 1933 dedicado al análisis del papel del cristianismo en la constitución de la filosofía medieval, Paz parece no estar en lo correcto cuando afirma que:

A la filosofía de Ortega y Gasset, me temo, le faltó el peso, la gravedad, de la muerte. Hay dos grandes ausentes en su obra: Epicteto y San Agustín.⁴¹

No obstante, estas críticas carecen de importancia cuando se comparan con el enorme reconocimiento que Paz le confiere a Ortega al haberle enseñado que pensar es vivir y al haberle mostrado que las reflexiones orteguianas sobre la historia, la política, el conocimiento, las ideas, las creencias y el amor son un saber y no tanto una sabiduría. Paz describe su deuda con Ortega de una manera muy generosa cuando nos confía la siguiente evaluación:

Como tantos otros hispanoamericanos de mi edad, frecuenté sus libros con pasión durante mi adolescencia y mi primera juventud. Esas lecturas me marcaron y me formaron. Él guió mis primeros pasos y a él le debo algunas de mis primeras alegrías intelectuales. Leerlo en aquellos días era casi un placer físico, como nadar o caminar por un bosque. Después me alejé. Conocí otros países y exploré otros mundos [...] En 1951 fui invitado a participar en los Encuentros Internacionales de Ginebra. Acepté: uno de los seis conferenciantes era nadie menos que Ortega y Gasset. El día de su conferencia lo escuché con emoción. También con rabia: a mi lado algunos provincianos se burlaban de su acento al hablar francés [...] No hice mucho caso de aquellas mezquinas disputas: lo que quería era acercarme a Ortega y Gasset y hablar con él. Al fin lo logré [...] Me dijo que la única actividad posible en el mundo moderno era la del pensamiento («la literatura ha

⁴¹ Octavio Paz, «José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué» (1980), *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Barcelona, Seix Barral, 1984, p. 104.

muerto, es una tienda cerrada, aunque todavía no se enteren en París») y que, para pensar, había que saber griego o, al menos, alemán. Se detuvo un instante e interrumpió su monólogo, me tomó del brazo y, con una mirada intensa que todavía me conmueve, me dijo: «Aprenda el alemán y póngase a pensar. Olvide lo demás». Prometí obedecerlo y lo acompañé hasta la puerta de su hotel.⁴²

Paz confiesa, sin embargo, que ni aprendió alemán ni olvidó «lo demás», pero que al contradecir a Ortega de esta manera, en cierta forma le fue muy fiel, porque el poeta mexicano aceptó la propia circunstancia y siguió cultivando la poesía. El revelador artículo concluye con el siguiente reconocimiento:

¿Y su tercer consejo: «póngase a pensar»? Sus libros, cuando era muchacho, me hicieron pensar. Desde entonces he tratado de ser fiel a esa primera lección. No estoy muy seguro de pensar ahora lo que él pensó en su tiempo; en cambio, sé que sin su pensamiento yo no podría, hoy, pensar.⁴³

IX. Influencia contemporánea de Ortega en México

El veredicto de Octavio Paz resulta ser válido no tan sólo para él mismo, sino también para muchos otros aspectos de la influencia de Ortega en México. De este modo, aun cuando varias veces las declaraciones públicas de Ortega después de la Guerra Civil española provocaron airadas reacciones de los transterrados en México, al grado que Eduardo Nicol publicaría varios artículos periodísticos para demostrar por qué Ortega no era propiamente un filósofo, y Gaos se viera obligado, por su parte, a defender en 1942 a Alfonso Reyes de una declaración ofensiva proveniente de

⁴² *Ibidem*, pp. 107-109.

⁴³ *Ibidem*, p. 110.

Ortega⁴⁴, lo cierto es que los desplantes personales negativos del Meditador de El Escorial no afectaban a los efectos positivos que generaban sus escritos y su obra filosófica.

Un buen ejemplo de ello se encuentra en la gestión que desempeñó como rector de la Universidad Veracruzana, a principios de los años sesenta, el doctor Fernando Salmerón, discípulo de Gaos, según hemos visto ya. Autor de la investigación sobre las mocedades de Ortega y Gasset, Salmerón imprimió a la enseñanza de la filosofía en la Universidad Veracruzana rigor analítico y calidad humanista, al mismo tiempo que emprendió un valiosísimo proyecto editorial en el que se publicaron varios trabajos de inspiración directa o indirectamente orteguiana. Una de las publicaciones de la Universidad Veracruzana, en 1960, fue la tesis de maestría en historia de Rafael Segovia intitulada *Tres salvaciones del siglo XVIII español*⁴⁵, misma que fuera dirigida por Edmundo O’Gorman. El título de la tesis fue sugerido por el supervisor, y si pensamos en que originalmente, en 1910, Ortega pensó llamar *Salvaciones* a lo que en 1914 apareció como *Meditaciones del Quijote*, la influencia orteguiana en la tesis del maestro Segovia ya no es tan indirecta. Durante 1983, en los actos conmemorativos del centenario del natalicio de Ortega en diversas partes del mundo, la Universidad Veracruzana publicó, bajo la coordinación supervisada de Manuel Durán, un volumen de estudios sobre Ortega, en el que participaron algunas de las más prestigiadas autoridades internacionales en su obra, como Nelson Orringer, Ciriaco Morón y Oliver W. Holmes⁴⁶.

En la época en que Fernando Salmerón fue rector de la Universidad Veracruzana, Gaos fue varias veces a Xalapa a dar conferencias y a apoyar las empresas intelectuales de su discípulo. En 1961 Gaos

⁴⁴ Véase Tzvi Medin, «Las desventuras de Ortega y Gasset en Argentina», *La Jornada Semanal*, núm. 190 (31 de enero de 1993), p. 23. Ahí se describe cómo, en agosto de 1942, al regresar a Europa proveniente de la Argentina, Ortega se refirió en términos despectivos a América, pero, en lugar de criticar a algún argentino, el que pagó el pato fue don Alfonso. El asunto llegó a ventilarse públicamente en la revista *Cuadernos Americanos* de julio-agosto de 1942; al leer esas declaraciones, Gaos, furioso, envió una carta a Ortega diciéndole que «eso no se dice de una persona con la altura intelectual del mexicano».

⁴⁵ Rafael Segovia, *Tres salvaciones del siglo XVIII español*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960.

⁴⁶ Manuel Durán (comp.), *Ortega, hoy*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985.

publicó también un artículo sumamente crítico sobre Ortega en la revista cultural de esa universidad⁴⁷, pero eso no afectaba al tono general de la amplia influencia que Ortega seguía teniendo en la enseñanza de la filosofía ahí, entre otras cosas, porque el texto introductorio a la filosofía que se llevaba en las escuelas preparatorias de todo el Estado de Veracruz, afiliadas a la universidad estatal, era, por sugerencia del rector Salmerón, el de las *Lecciones preliminares de Filosofía*, de Manuel García Morente. El texto de Morente de 1937 concluye con una muy positiva evaluación de Ortega frente a Heidegger, ahí aparece también una de las primeras versiones del «reclamo de prioridad cronológica» del primero sobre el segundo, en lo referente a las cuestiones de ontología.

De la lectura del texto de Morente, en una escuela preparatoria del puerto de Veracruz, arrancó también originalmente la primera hipótesis de una investigación de 600 páginas impresas que, ya como investigador en El Colegio de México, he concluido con el título de *Ortega y Lukács como precursores de Heidegger en el zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*⁴⁸, publicada por el Fondo de Cultura Económica, casa editorial que en las décadas de los años cuarenta y cincuenta continuó parcialmente el proyecto de publicaciones de obras de filosofía y de historia del catálogo de la *Revista de Occidente*, previo al estallido de la Guerra Civil española. La influencia de Ortega en El Colegio de México sigue así manifestándose tanto en este tipo de investigaciones como en los cursos de historia de las ideas que algunos profesores impartimos en esa institución, aun cuando, también conviene aclararlo, tal recuperación no se ha hecho de manera acrítica.

⁴⁷ José Gaos, «Ortega y Heidegger», *La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*, Xalapa, núm. 19 (julio-septiembre de 1961).

⁴⁸ Francisco Gil Villegas M., *Los Profetas y el Mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1996.

X. Ortega y el pensamiento político en el México de hoy

La primera referencia escrita por parte de un mexicano a la obra de Ortega y Gasset se encuentra en un ensayo de Alfonso Reyes de 1916, la cual tiene un tono eminentemente político. Paradójicamente, sin embargo, la influencia de Ortega en México en el ámbito del pensamiento político sería, al menos en apariencia, casi inexistente hasta hace muy poco tiempo. Incluso estudiosos de la obra de Ortega en México han hecho notar que, de todos los libros del pensador español leídos y comentados en México, destaca *La rebelión de las masas* «por el casi absoluto silencio que de ella se hace en la crítica y los escritos mexicanos»⁴⁹. Tal silencio es explicado a su vez por su controvertible tono aristocratizante, percibido en México más en su sentido tradicional, que en el acuñado por Ortega en su célebre obra. El título del libro, por otro lado, no podía contar con la simpatía de un gobierno y una sociedad que para 1930 se identificaban orgullosamente con los cambios sociales y valores, en principio democráticos, que había detonado la experiencia de la Revolución Mexicana. «Ésta, además —nos dice José Luis Gómez Martínez—, había sido obra casi exclusiva del pueblo, de la masa que ahora condenaba Ortega; a ella debía México su Constitución y su conciencia nacional»⁵⁰.

De este modo, Ortega fue apreciado en México fundamentalmente por su conciencia historicista aplicada a las circunstancias, lo cual era compatible con la ideología nacionalista de la Revolución Mexicana, y no por sus ideas explícitamente políticas. En la década de los años ochenta, sin embargo, el más destacado ideólogo del PRI, Jesús Reyes Heróles, sería públicamente identificado por el presidente López Portillo como «el Ortega y Gasset mexicano», en parte como un reconocimiento a sus virtudes académicas e intelectuales, y en parte por sus naturales vínculos con España. Reyes Heróles había elaborado, en efecto, la más

⁴⁹ Véase José Luis Gómez Martínez, «Ortega y Gasset en el pensamiento mexicano» (1987), *op. cit.*, p. 217.

⁵⁰ *Ibidem.*

exhaustiva investigación sobre el liberalismo mexicano⁵¹, pero lo que no sabía López Portillo era que en esa investigación se había clasificado a los liberales mexicanos del siglo XIX no como puros, sino como «sociales», pues, a diferencia de otras partes de América Latina, el de México había sido un liberalismo triunfante, y sus representantes ideológicos plantearon la necesidad de complementar las políticas liberales con una misión social para proteger a los sectores mayoritarios de la población. La tesis más audaz de Reyes Heróles es la de ver en esos liberales a los precursores ideológicos de la Revolución Mexicana.

Varios críticos han señalado que la fórmula del «liberalismo social» es una absurda contradicción en los términos, inventada de manera forzada por Reyes Heróles. Lo cierto es que, como buen conocedor de las ideas políticas europeas, Reyes Heróles recurrió a una fórmula ya acuñada a fin de poder identificar, con ella, a los inclasificables liberales mexicanos del siglo XIX. La cuestión clave es de dónde la tomó Reyes Heróles.

En su reciente historia del liberalismo, José Merquior reserva un apartado denominado «The Claims of Social Liberalism» para analizar los antecedentes de esa variante liberal que se remonta por lo menos a los *Doctrinaires*, sobre todo Constant, Guizot y Barante, así como a Thomas Hill Green, filósofo político del Balliol College de Oxford en el siglo XIX⁵². Ortega, en cambio, es clasificado ahí meramente como un «semiliberal» porque, al igual que muchos otros críticos liberales, en Merquior todavía opera un prejuicio negativo hacia *La rebelión de las masas*. Sin embargo, mucho antes de escribir esa obra de madurez, el joven Ortega había participado en política defendiendo una variante del liberalismo social, es decir, precisamente la variante que llevó a Fernando Salmerón a hablar en 1983, en el seno de las investigaciones conmemorativas en el centenario del nacimiento de Ortega, de «el socialismo del joven Ortega»⁵³.

En efecto, desde sus primeros discursos y artículos, la participación

⁵¹ Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, 3 vols., México, FCE, 1958.

⁵² José Merquior, *Liberalism: Old and New*, Boston, Twayne Publishers, 1991, pp. 99-109.

⁵³ Fernando Salmerón, «El socialismo del joven Ortega» en Alejandro Rossi, *et. al.*, *José Ortega y Gasset*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 113-193.

política de Ortega se identificó con el movimiento de «la reforma del liberalismo». La batalla contra el viejo liberalismo se extiende a lo largo de toda la obra orteguiana, al considerarlo un liberalismo *individualista*, manchesteriano, negado a las reformas sociales y al reconocimiento de la necesidad del papel monitoreante del Estado. A la fórmula liberal ortodoxa de «libertad ante todo»⁵⁴, Ortega opone el nuevo lema «libertad y todo», es decir, se trata de alcanzar una libertad no vacía y sin sustancia, sino una libertad positiva de realización de potencialidades. Para Ortega resultaba imprescindible autentificar la libertad dándole un perfil adecuado a las necesidades sociales.

Por ello, el nuevo liberalismo apoyado por Ortega requiere una nueva idea de libertad, positiva, dinámica y progresiva, donde la libertad se cumpla y verifique en un cuerpo sano de instituciones y funciones sociales. Como el viejo liberalismo ya estaba desahuciado, el verdadero heredero del liberalismo muy bien podía ser una variante del socialismo, y justamente aquí es donde el filósofo español concebirá la posibilidad de un sui generis liberalismo social: «Luego no es posible hoy otro liberalismo que el liberalismo socialista»⁵⁵.

Aunque la fórmula fue invertida en otra ocasión por el propio Ortega, al hablar de un «socialismo liberal»⁵⁶, la dignidad del sustantivo la reservó casi siempre para el radical liberal, de tal modo que más que liberalizar al socialismo, la faena que propuso Ortega consistió en socializar o dar un sentido social al liberalismo. La primacía del sustantivo «liberal» sobre el adjetivo «social» se hacía sobre el entendido de que la libertad es para Ortega, antes que derecho o instrumento político, la forma misma de la virtud cívica. Por ello, aunque la libertad se había «socializado», tenía que seguir siendo, esencial y primigeniamente, libertad.

La tradición del liberalismo social se remonta, de este modo, a Constant, Guizot, Barante y Thomas Hill Green; todos ellos nos dieron la primera respuesta a la cuestión de cómo es posible el liberalismo social. Para México, sin embargo, el liberalismo del joven Ortega constituye todavía el mejor intento de respuesta a esta cuestión. Lo

⁵⁴ José Ortega y Gasset, *Obras completas, op. cit.*, vol. XI, pp. 445-447 y p. 97.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 37.

⁵⁶ José Ortega y Gasset, *Obras completas, op. cit.*, vol. X, p. 126.

más seguro es que Reyes Heróles conociera bien las ideas del joven Ortega sobre la necesidad de reformar el liberalismo; indudablemente dominó con erudición y sapiencia la obra de madurez del Meditador de El Escorial, y por ello todo parece indicar que el erudito ideólogo del sistema político mexicano logró remontar el origen de la noción del liberalismo social al pensamiento europeo, especialmente el más cercano, para proceder así a estudiar al liberalismo mexicano, el cual se inscribe así en la tradición más excelsa del liberalismo social.

A través de este inesperado canal, la influencia de Ortega en el pensamiento mexicano se ha manifestado una vez más, ahora en el ámbito político, el cual fue precisamente el que pareció más descuidado durante décadas, a pesar de ser el primero que llamó la atención de México, representado en la figura de Alfonso Reyes.

LOS CIENTÍFICOS ESPAÑOLES
EXILIADOS EN MÉXICO

JOSEP LLUÍS BARONA

Se atribuye al conocido historiador Marc Bloch la afirmación de que «los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres». Sea o no correcta tal atribución, lo cierto es que la frase sintetiza a la perfección la mentalidad del historicismo, la cual viene a significar que los hombres pertenecientes a una misma generación comparten no sólo unos contenidos culturales, sino también una determinada actitud, una mentalidad ante la vida. Existe, pues, una especie de mirada común entre los miembros de una misma generación. En el caso de la cultura científica, ello es tanto como decir que los miembros de una misma generación de científicos comparten no sólo unos determinados conceptos o saberes propios de la disciplina que cultivan, sino también unas actitudes, un sistema de valores y unas pautas de conducta en relación con el conocimiento y su método de construcción¹. En situaciones de crisis social, ese conjunto de rasgos que caracterizan a una generación adquiere inclusive un cariz más radical: una especie de *Weltanschauung* colectiva que se proyecta en todas las facetas de la vida.

Pero además, no hay que olvidar que la ciencia constituye un aspecto particular de la cultura de cada época y, como tal, históricamente ha ocupado una posición variable; incluso, en un mismo momento, la ciencia es valorada de forma muy distinta por los dis-

¹ A este respecto, véase Josep Lluís Barona, *Ciencia e Historia. Debates y tendencias en la historiografía de la ciencia*, Godella, SEC, 1994; Ludwik Fleck, *Entstehung und Entwicklung einer wissenschaftlichen Tatsache. Einführung in die Lehre vom Denkstil und Denkkollektiv*, Basel, Benno Schwabe, 1935; Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

tintos grupos sociales, políticos o ideológicos. Todo ello hace que el científico, como miembro de una determinada sociedad, participe también, igual que el resto de ciudadanos, del espíritu de su tiempo. Si se me permite exagerar ligeramente el tono de la frase que se atribuye a Bloch, podría transformarla en esta otra: «Los hombres no son tan hijos de sus padres como de su tiempo».

Estas reflexiones iniciales, aunque puedan parecer vagas y generales, tienen un especial sentido para comprender el significado histórico del exilio científico español en México tras el desenlace de la contienda civil. Y es así porque el período histórico que precedió a la guerra estuvo marcado no sólo por una gran renovación de los conceptos en muchas ramas de la ciencia (piénsese en la nueva física relativista, en el desarrollo de la neurobiología, en la bioquímica, la fisiología experimental o en el nacimiento de la genética, por no citar más que un elenco significativo), sino también por un estilo de pensamiento que llevaba implícitas unas actitudes de renovado fervor ante las posibilidades del conocimiento científico y su aplicación a la mejora de las condiciones de vida humana. La ciencia representó, para varias generaciones de españoles, el principal instrumento de transformación de la realidad y el único posible para superar la injusticia social y la miseria de los pueblos. Por eso es fundamental tomar en consideración la situación de la sociedad española que hizo posible esa generación de grandes científicos después abocados al exilio, así como los rasgos comunes de su personalidad y su cultura.

Cualquier valoración histórica del exilio científico español que se inició en 1939 tendría que incorporar al menos tres vertientes: *a)* las circunstancias que rodeaban al cultivo de la ciencia en la España de las primeras décadas del siglo XX; *b)* la perspectiva científica después de la contienda, y *c)* la dimensión que realmente alcanzó el trasvase de científicos españoles a otros países. Ése es el punto que ahora más nos interesa, porque, qué duda cabe de que México constituye el principal país de referencia, debido a que representó la tendencia mayoritaria del exilio de intelectuales españoles. Sin embargo, antes de analizar la dimensión alcanzada por el exilio científico republicano en México, conviene esbozar algunos de los principales rasgos de la situación que atravesaba la ciencia en España a principios del siglo XX.

I. La renovación científica en la sociedad española a principios del siglo XX

En casi todas las ramas de la actividad científica, puede afirmarse que, desde mediados del siglo XIX, había ido creciendo en la sociedad española una amplia toma de conciencia del atraso científico en que se encontraba sumido el país². Probablemente este sentimiento se vio reforzado por la sensación de fracaso que generó la pérdida de las últimas colonias americanas. Por supuesto que esa toma de conciencia —a menudo expresada públicamente— no tuvo una repercusión beneficiosa en la dinámica institucional. Ello se tradujo, sin embargo, en un cambio de actitud hacia la ciencia experimental y en una valoración más positiva del conocimiento científico y de sus aplicaciones, que caló especialmente en el sector de la población española partidario del progreso y la modernización social. Fueron, por eso, los sectores más progresistas de la sociedad los partidarios de la ciencia. La manifestación más clara de este fenómeno es la aparición de un floreciente periodismo científico, que expresa hasta qué punto los científicos españoles eran conscientes de la importancia que cada vez más iba adquiriendo la comunicación actualizada de las novedades. En aquellos momentos, la prensa especializada aportaba unas vías plenamente modernas de conexión con la ciencia europea y mantenía informados a nuestros científicos, aunque ellos difícilmente pudiesen ser los protagonistas principales de los logros alcanzados. Llegó así a la comunidad científica española una adecuada información sobre las investigaciones de los principales grupos europeos de investigación, y ello contribuyó a incrementar el prestigio social de la ciencia y a cambiar la actitud de los propios científicos frente a la investigación: la construcción del conocimiento requiere indagación.

Sin embargo, a finales del siglo XIX la situación de crisis social y la penuria económica no favorecían la renovación, y además, en muchos casos, las instituciones académicas y científicas seguían siendo el feudo de núcleos de poder académico a menudo aferrados a la mentalidad más conservadora, tradicional y libresca. Así se explica que el

² He estudiado este fenómeno en Josep Lluís Barona, *La doctrina y el laboratorio. Fisiología y experimentación en la sociedad española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1992.

marco institucional oficial entrara en colisión con las exigencias que planteaba la modernización científica. Las circunstancias eran tales que la escasez de recursos técnicos instrumentales y la falta de preparación y dedicación del personal científico impedían una auténtica profesionalización como la que se estaba produciendo en muchos países de Europa Central. Sin el necesario apoyo financiero estatal y sin el control de las instituciones, la única opción que quedaba abierta a los partidarios más fervientes de la modernización era la creación de instituciones libres, y eso es lo que sucedió al amparo de la libertad de cátedra promulgada durante el Sexenio Revolucionario (1868-1874).

He estudiado ese proceso en el campo de las ciencias biomédicas, y lo más característico del grupo renovador era el ideal del progreso científico, la libertad para la integración de nuevas ideas (darwinismo, la vivisección...) y la defensa de la investigación experimental. El Instituto Biológico, fundado en Madrid por Rafael Martínez Molina; la Escuela Práctica Libre de Medicina y Cirugía del Museo Antropológico, fundada por iniciativa de Pedro González de Velasco; la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Barcelona (1872), fundada por una piña de estudiantes de los últimos años de la carrera ansiosos por introducir la ciencia experimental, o la Escuela Libre de Medicina y Cirugía de Sevilla, creada por iniciativa del cirujano Federico Rubio, fueron los ejemplos más paradigmáticos³.

Las condiciones sociales para el cultivo de la actividad científica mejoraron ligeramente durante la Restauración, probablemente debido a una mayor estabilidad social y al impulso que la ciencia estaba experimentando en todo el mundo occidental. No hay que olvidar que los últimos años del pasado siglo aportaron importantes novedades en todos los campos de la ciencia. Pensemos en la paulatina configuración de las especialidades médicas, en el nacimiento de la psicología experimental, en las investigaciones neuro-histológicas o los estudios sobre el sistema nervioso y las glándulas de secreción interna, en la nueva física atómica, en la expansión del darwinismo, en el auge de la química analítica o en el nacimiento de la bioquímica⁴.

³ Josep Lluís Barona, *La doctrina y el laboratorio...*, op. cit.

⁴ José Manuel Sánchez Ron, *Ciencia y Sociedad en España*, Madrid, El Huguero/CSIC, 1988; José Manuel Sánchez Ron, *El poder de la ciencia. Historia socio-económica de la física*, Madrid, Alianza, 1992.

A pesar de que la mayoría de las instituciones libres y laboratorios particulares surgidos durante el Período Revolucionario fracasaron o se integraron pocos años después en el modelo académico oficial, sin embargo, su espíritu siguió vivo entre un amplio sector de los científicos españoles. De hecho, se había configurado ya una generación con mentalidad moderna que gozaba de una indudable influencia social y política. Como consecuencia de ello y debido al tradicional centralismo cultural y científico de nuestro país, se originaron dos núcleos de vanguardia científica en Madrid y Barcelona.

En el marco histórico de una Cataluña comprometida con mantener su identidad cultural, la institución que ocupó un puesto clave fue el Institut d'Estudis Catalans (1907)⁵. Su esfuerzo se desarrolló en la misma dirección que en Madrid impulsó la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para Ampliación de Estudios. Como es sabido, su ideario común tenía como objetivo principal la superación del aislamiento y la incorporación de España a la vanguardia científica y cultural europea a través de la educación. Como en las demás facetas de la cultura, la creación de élites dirigentes con gran preparación intelectual tenía que ser el polo de irradiación de los nuevos valores de la ciencia. Ambas instituciones desarrollaron un amplísimo programa de institucionalización científica que situó, desde las primeras décadas de nuestro siglo, la investigación en unas condiciones sociales sin precedentes. Por eso se ha denominado a esta etapa «Edad de Plata de la Ciencia Española». Esa comunidad de científicos que, entre 1868 y 1936, había alcanzado cotas más que satisfactorias de institucionalización profesional y que había logrado incorporarse a la comunidad científica internacional es la que se vio abocada mayoritariamente al exilio en 1939.

II. La mentalidad de los científicos españoles de principios del siglo XX

La primera corriente crítica con la situación de atraso científico estuvo vinculada al movimiento revolucionario de 1868. El ideario que guiaba al grupo renovador tenía en común: a) una defensa del cono-

⁵ Institut d'Estudis Catalans, 1907-1986, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1986.

cimiento científico y de la experimentación como vía de progreso social e intelectual; *b*) un rechazo de la actitud doctrinaria predominante en las instituciones oficiales, y *c*) el reconocimiento de la necesidad de establecer vías estables de comunicación con el exterior, mediante el contacto e intercambio con instituciones científicas extranjeras.

A estos rasgos, que coinciden en general con el espíritu del movimiento positivista que predominaba en la Europa del momento, hay que añadir otras dos características de especial significación histórica para España: la vinculación de los renovadores a los grupos sociales liberales y su predominante adscripción al republicanismo⁶. La lenta agonía del *Ancien Régime* en España había favorecido la polarización ideológica: de un lado, los partidarios de la monarquía, la autoridad y el orden social e intelectual más tradicional. Su predominio político fue implacable (a excepción del efímero trienio liberal) a lo largo de la primera mitad del siglo XIX y volvió a manifestarse con fuerza durante la Segunda República hasta provocar el desenlace de la Guerra Civil. De otro lado, el republicanismo liberal, en cuyo seno principalmente se fue incubando el movimiento defensor del ideal de progreso y, consiguientemente, de modernización científica.

Algunos aspectos concretos de la práctica científica sirvieron para desencadenar agrias polémicas entre esas dos posiciones, como las surgidas sobre el método experimental y la práctica de vivisecciones, o en la aceptación de nuevos conceptos científicos. El caso más conocido es el darwinismo, uno de los desencadenantes de la llamada cuestión universitaria, que significó el abandono de la universidad por parte de un importante grupo de profesores universitarios ante la intervención censora del ministro Orovio. Y ésas fueron también las circunstancias que llevaron, como es sabido, a la fundación, por Francisco Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío, de la Institución Libre de Enseñanza. En torno a ella se aglutinaron también los científicos partidarios de la libertad de pensamiento y de la modernización. El ideario krausista, el positivismo, el dominio de lenguas modernas y la convicción de que para salir del atraso científico era

⁶ Josep Lluís Barona, *La doctrina y el laboratorio...*, *op. cit.*

necesario propiciar los contactos de los jóvenes licenciados con grupos de investigación extranjeros fueron las premisas que incidieron en la fundación de la Junta para Ampliación de Estudios.

III. La Junta para Ampliación de Estudios y la institucionalización científica

El principal factor que propició ese resurgimiento de la actividad científica en la España de finales del siglo XIX y principios del XX fue la creación de un marco institucional adecuado para la promoción de la ciencia y los intercambios científicos con centros de investigación extranjeros. Fue la Junta para Ampliación de Estudios la que desarrolló las principales iniciativas, en dos sentidos: mediante la creación de institutos y laboratorios de investigación científica, y mediante un ambicioso programa de pensionados en el extranjero⁷, cuyo número total superó la cifra de 300 entre 1907 y 1935.

Desde los primeros años de funcionamiento, la Junta promovió la creación del Centro de Estudios Históricos, que tuvo en Ramón Menéndez Pidal a una de sus figuras más destacadas. Pero también se creó el Instituto Nacional de Ciencias, donde se completaba la docencia y se realizaban trabajos de investigación en casi todas las ramas de la ciencia: geología, botánica, zoología, paleontología y prehistoria, histología e histopatología del sistema nervioso, física, química, matemáticas y fisiología general. También en torno a la Residencia de Estudiantes se configuró un núcleo de laboratorios de investigación acorde con el proyecto concebido por Alberto Jiménez Fraud. Muchos de estos laboratorios estaban muy lejos de constituir verdaderos centros de investigación, puesto que nacían con la vocación de mejorar la enseñanza de tipo práctico que recibían los estudiantes universitarios de ciencias. El primero en fundarse fue un pequeño laboratorio de anatomía microscópica, dirigido por Luis Calandre, para mejorar la formación de los estudiantes de los primeros cursos de medicina. En 1912, se creó el laboratorio de química

⁷ José Manuel Sánchez Ron (coord.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, CSIC, 1988.

general, fundado por José Sureda Blanes y Julio Blanco y dirigido desde 1913 por José Ranedo. Finalmente se fundó un tercero: el laboratorio de serología y bacteriología, cuyo director era Paulino Suárez. En 1915, a los ya mencionados laboratorios se unió el de química fisiológica, bajo la dirección de Antonio Madinaveitia y José M. Sacristán, que funcionó hasta 1919. Todas estas instituciones contribuyeron a mejorar la preparación práctica de los estudiantes y a introducirlos en las técnicas de investigación. En definitiva, la mentalidad experimental había entrado finalmente a formar parte de una estrategia de política científica y a ser importante para el Estado. Sólo así la ciencia podía recibir el oportuno grado de institucionalización.

Desde su fundación y hasta la Guerra Civil, bajo la presidencia sucesiva del neurohistólogo Santiago Ramón y Cajal y del naturalista Ignacio Bolívar, la Junta para Ampliación de Estudios llevó a cabo un ambicioso proyecto de despliegue institucional. En 1916, se fundó en el seno de la Residencia el Laboratorio de Fisiología General. Juan Negrín, recién llegado de Alemania, fue designado por Cajal y los demás miembros directivos de la Junta para asumir su dirección⁸. Dos años más tarde el laboratorio se integró en el conjunto de laboratorios de la Junta. Ese mismo año se creó el Laboratorio de Fisiología y Anatomía de los Centros Nerviosos, dirigido por Gonzalo Rodríguez Lafora, y en 1919 se instaló en el Pabellón Transatlántico el Laboratorio de Histología Normal y Patológica, dirigido por el gran neurohistólogo Pío del Río-Hortega, discípulo de Cajal.

Unos años antes, en 1910, se había fundado el Laboratorio de Investigaciones Físicas, al frente del cual estuvo Blas Cabrera⁹. Dos décadas más tarde, en 1931, se transformó en un Instituto Nacional de Física y Química, con el apoyo de la Rockefeller Foundation. Allí se crearon dos secciones: la de química física, dirigida por Enrique Moles, que desarrolló su trabajo en torno a la precisión en los procedimientos de medida, siendo el instituto de referencia para la

⁸ Josep Lluís Barona, «Juan Negrín (1892-1956) y la investigación experimental en el Laboratorio de Fisiología de la JAE», *Dynamis* (Granada), núm. 10 (1990), pp. 255-273; Josep Lluís Barona, «Juan Negrín y la modernización científica de España», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), núm. 18 (1993), pp. 49-65.

⁹ José Manuel Sánchez Ron, «El mundo de Blas Cabrera», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), núm. 18 (1993), pp. 27-48.

publicación de las tablas internacionales de pesos atómicos¹⁰; y la sección de química orgánica, que dirigía Antonio Madinaveitia, quien era al mismo tiempo catedrático en la Facultad de Farmacia. Julio Rey Pastor estuvo al frente del Instituto de Matemáticas; Leonardo Torres Quevedo, del Instituto de Automática, y el propio Ignacio Bolívar desarrolló su proyecto de un Museo Nacional de Ciencias Naturales, que también tenía vinculación con la JAE¹¹.

Sin embargo, no hay que suponer ingenuamente que ese despliegue institucional aportaba unas condiciones materiales idóneas para la investigación. Existen numerosos testimonios personales de científicos de la época que abundan en la falta de recursos materiales y en la escasez de medios para la contratación de personal. Cada uno de estos laboratorios e institutos gozaba de plena independencia científica, pero la financiación y la contratación de personal dependía de la Junta y solía ser bastante deficitaria. No obstante, la creación de los laboratorios de la Junta y de la Residencia materializó el proyecto de institucionalización de una elite científica.

IV. La ciencia como proyecto en la Mancomunitat de Catalunya

También la labor de creación de instituciones científicas que realizó la Mancomunitat de Catalunya dio abundantes frutos gracias a una serie de figuras que con su preparación y la calidad de su trabajo contribuyeron a llenar de contenido un proyecto institucional de gran alcance. En el Institut d'Estudis Catalans se constituyó desde su creación una sección de ciencias «dedicada a la investigación de las ciencias matemáticas, físico-químicas y biológicas», que incorporaba también inicialmente la filosofía, la economía y las demás ciencias sociales. En un principio, contó con siete miembros: un médico (Miquel A. Fargas), dos biólogos (August Pi i Sunyer y Ramón Turró), un matemático (Esteve Terradas), un economista (Pere Corominas), un zoólogo (J. M. Bofill i Pichot) y un filósofo

¹⁰ Pilar Rius, «Los exiliados españoles y la creación del Instituto de Química de la UNAM», *El exilio español y la UNAM*, México, UNAM, 1987, pp. 35-42.

¹¹ Alberto Gomis, *Ignacio Bolívar y las ciencias naturales en España*, Madrid, CSIC, 1988.

(Eugenio d'Ors). Esta sección inició diversas publicaciones periódicas, como los *Arxius de l'Institut de Ciències* o las *Memories de la Secció de Ciències*, las *Notes d'Estudi des Servei Meteorològic de Catalunya*, los *Treballs de l'Estació Aerològica de Barcelona* y las del Servei Tècnic del Pal.ludisme. También puso en marcha una serie de colecciones como la Biblioteca Filosófica, o series de monografías, como las dedicadas a *La flora de Catalunya* (Joan Cadevall) y a *La fauna de Catalunya* (dirigida por Josep Maria Bofill i Pichot). El programa de premios a la investigación científica y de bolsas de estudio tenía como finalidad el fomento de la investigación en tierras de Cataluña¹².

En el ámbito de las ciencias biológicas y de la medicina, ya existía el precedente del Laboratori Municipal¹³ y la magnífica obra personal de Ramón Turró; pero a principios de siglo August Pi i Sunyer supo crear un núcleo dedicado a la experimentación biológica en torno al Laboratorio y el Instituto de Fisiología, que se interesó sobre todo por aspectos de la fisiología, la bioquímica y la farmacología¹⁴. Entre los que allí trabajaron se encontraban Jaume Pi i Sunyer, Jesús M. Bellido Golferichs, Rosendo Carrasco Formiguera y José Puche, entre otros muchos.

El grupo de científicos que en 1939 se vio abocado al exilio constituía el núcleo fundamental de esa elite que desarrolló el proyecto de modernización científica de la sociedad española en las décadas anteriores a la contienda. Estuvo, por tanto, fuertemente marcado por las características intelectuales de la sociedad española de su tiempo. Salvo excepciones, la ruptura histórica que representó la guerra desmontó los grupos organizados de investigadores, descapitalizó la actividad científica en España y creó una situación muy difícil para los que se quedaron. Si León Felipe afirmaba que la huida de poetas y escritores se había llevado la canción y había dejado atrás un país mudo, puede decirse que la huida de los científicos españoles hacia el exilio dejó atrás un país vacío de saber.

¹² *Institut...*, *op. cit.*

¹³ *El Laboratori Municipal de Barcelona Cent anys després*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1991.

¹⁴ Josep Lluís Barona, *La doctrina y el laboratorio...*, *op. cit.*

V. La dimensión científica del exilio mexicano

La generación de científicos españoles del exilio compartía no sólo el afán por el progreso científico, sino también unos referentes biográficos y culturales comunes. Su destino fue principalmente Francia, México, Venezuela y los Estados Unidos de América, aunque también un nutrido grupo se dirigió a Argentina, Cuba y la antigua Unión Soviética. No obstante, el mayor número de científicos refugiados se instaló tarde o temprano en México. Esa cultura científica que compartían otorgó unas características peculiares a su instalación y a su intervención en la vida académica y científica mexicana.

Estiman los historiadores que el drama del exilio alcanzó a cerca de medio millón de españoles de todas las áreas geográficas y condiciones sociales¹⁵. De ellos, en torno a cincuenta mil se instalaron en México. Sin embargo, es un hecho bien conocido que la importancia del exilio mexicano no radica tanto en su gran peso demográfico, como en la cualificación intelectual de los exiliados¹⁶. Ofrece una imagen clara de la preparación académica e intelectual del colectivo de refugiados en México el hecho de que más de trescientos eran catedráticos de universidad, quinientos eran médicos y más de un centenar eran científicos pertenecientes a otras áreas: químicos, farmacéuticos, físicos, biólogos, antropólogos o matemáticos. Hay que atribuir ese fenómeno de concentración de intelectuales, científicos y artistas en México a la labor de acogida promovida por Lázaro Cárdenas y a las facilidades que el gobierno mexicano ofreció para su integración en las elites del país¹⁷. México desarrolló una política exterior de acogida incondicional de refugiados españoles inteligente y generosa.

Nada más iniciarse el exilio, en 1939, se había creado en París la Unión de profesores universitarios españoles en el exilio (UPUEE). En un primer momento, la Unión contó con la presidencia del médico Gustavo Pittaluga, exiliado en Cuba¹⁸. Pittaluga había sido

¹⁵ Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989)*, Madrid, Anthropos/CIERE, 1994.

¹⁶ José Alameda, et. al. (colaboradores), *El exilio español en México*, México, FCE, 1982.

¹⁷ Patricia Fagen, *Transterrados y ciudadanos*, México, FCE, 1975.

¹⁸ Francisco Giral, *op. cit.*

una de las figuras más destacadas del movimiento sanitarista, director de la Escuela Nacional de Sanidad, recién fundada por la República, y promotor de campañas de lucha contra las grandes enfermedades infecciosas como el paludismo. Bajo su presidencia, en 1943 se celebró en La Habana una primera conferencia, y a partir de entonces, dada la mayor importancia del exilio mexicano, se trasladó la sede de la Unión de profesores a México, con una junta directiva presidida por el ya venerable anciano, Ignacio Bolívar. Unos años más tarde, el Comité Técnico de Ayuda a los Españoles en México publicó un folleto en inglés titulado «Spanish Professors and Artists in the Immigration», en el que se registra una lista nominal de profesores universitarios y de enseñanza media exiliados. En el área de las ciencias de la naturaleza no biomédicas encontramos a 21 profesores universitarios, entre los que se encuentran hombres de la talla de Ignacio Bolívar, Blas Cabrera, Odón de Buen, Francisco Giral o Enrique Moles. Son 43 los profesores de derecho y 44, los médicos. El repaso de los nombres es el testimonio más indiscutible de la descapitalización que, sin duda, sufrió la ciencia en España después de la guerra. Sólo en medicina, los nombres de J. M. Bellido, I. Costero, Joaquín D'Harcourt, José García Valdecasas, F. Grande Covián, Teófilo Hernando, Gonzalo Rodríguez Lafora, Manuel Márquez, Rafael Méndez, Emilio Mira, Juan Negrín, Severo Ochoa, Pi i Sunyer, José Puche o Pío del Río-Hortega expresan hasta qué punto el exilio se llevó a las cabezas visibles de la investigación científica biomédica española a otros lugares.

Como señala Francisco Giral en su excelente libro sobre la ciencia española en el exilio¹⁹, un elemento integrador del exilio científico fue la publicación desde 1940 de la revista *Ciencia*, subtitulada *Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas*²⁰. Como publicación periódica de frecuencia irregular, *Ciencia* se publicó ininterrumpidamente durante 35 años (1940-1975) y constituye en la actualidad una serie de 29 volúmenes de gran valor para el estudio de la producción científica y las líneas de investigación de un sector representativo del exilio científico español. Su objetivo era incorporar investigaciones de científicos españoles, no importa dónde traba-

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ciencia. Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas*, México, 29 vols., 1940-1975.

jasen en el mundo, y convertirse en el principal exponente de la ciencia española en el exilio. Su primer director fue el naturalista Ignacio Bolívar, a quien sustituyó poco antes de su muerte Blas Cabrera, después, su hijo Cándido Bolívar y finalmente, el médico fisiólogo José Puche.

La importancia histórica del exilio científico radica en una doble vertiente: el exilio masivo de científicos desde finales de la contienda bélica y durante los primeros años de la posguerra desmontó los principales grupos de investigación que con tanto esfuerzo se habían constituido en España durante las décadas anteriores y, salvo excepciones, dejó al país científicamente decapitado. Sin embargo, es el efecto que provocó esa amplia diáspora en los principales países de acogida —especialmente en México— lo que transplantó en buena medida los conocimientos y los ideales que llevaron al apogeo de la ciencia en la España de la preguerra.

El exilio científico tuvo un especial peso demográfico en el ámbito de la medicina²¹. Según el testimonio de Germán Somolinos, fueron alrededor de medio millar los médicos españoles los que se afincaron en México entre 1939 y 1940, lo cual significaba un porcentaje elevado con respecto al total de médicos registrados en el país centroamericano. Para legalizar el ejercicio profesional de este amplio colectivo, el gobierno mexicano —a diferencia de lo que sucedió en otros países iberoamericanos— dio todo tipo de facilidades y nombró un comité dedicado específicamente a estudiar las solicitudes de homologación. El comité estaba presidido por Manuel Márquez, el prestigioso discípulo de Cajal, y formaba parte de él un grupo selecto de médicos mexicanos de renombre. Recibió el nombre de Ateneo Ramón y Cajal, y tenía facultades para expedir los certificados de homologación con el título de médico mexicano²². El Ateneo Ramón y Cajal se convertiría con los años en el principal núcleo de actividad común de los médicos españoles en el exilio mexicano, cuyo trabajo no se desarrolló exclusivamente en el ámbito asistencial.

²¹ José Cueli, «Ciencias médicas y biológicas», *El exilio español en México*, op. cit., pp. 495-530; Josep Lluís Barona y María Fernanda Mancebo, *José Puche Álvarez, historia de un compromiso. Estudio biográfico y científico de un republicano español*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1989.

²² Francisco Giral, op. cit.

Así, estos médicos también aportaron su experiencia y su saber a la reforma de la enseñanza médica, y participaron en la construcción de nuevos laboratorios de histología y fisiología en la Facultad de Medicina, en la reforma del Hospital General, así como en la creación del Laboratorio de Investigaciones Médicas y el de Estudios Médicos y Biológicos. Este último se transformó pocos años después en Instituto de Estudios Biomédicos, cambió de sede y contó entre sus fundadores con Jaume Pi i Sunyer, Isaac Costero, Dionisio Nieto y Sixto Obrador. Al llegar los españoles, funcionaba ya un Instituto de Enfermedades Tropicales y se iniciaba el proyecto de lo que después sería el Instituto de Cardiología y el Hospital Infantil.

No quiero cansarles con la enumeración de largas listas de profesores e investigadores que desarrollaron su labor en el campo de las ciencias biológicas o de la medicina. Fácilmente pueden consultarse esos nombres en las numerosas obras que se han dedicado al tema. Recordemos escuetamente, además de los ya mencionados, a figuras tan conocidas como Gonzalo Rodríguez Lafora, José Puche, Pérez Cirera, De Miguel, Capella, Rafael Méndez, Augusto Fernández Guardiola o Manuel Márquez. Todos ellos trabajaron principalmente en la ciudad de México, pero también hubo otros médicos españoles en el Instituto Politécnico, en Monterrey, en Pachuca y en Tampico. El colectivo hispano, de cuyo activismo en todas las facetas de la cultura hay muestras sobradas, fundó una serie de revistas de medicina, como *Anales del Ateneo Ramón y Cajal*, *Monterrey médico*, *Archivos médicos mexicanos*, *Acta médica hidalguense*, y también participaron activamente en las publicaciones de la ya mencionada revista *Ciencia*.

Uno de los más importantes centros de investigación erigidos en México fue el Instituto de Cardiología, fundado por el prestigioso médico mexicano Manuel Chávez. El Instituto contó desde sus primeros pasos con dos grandes maestros españoles: Isaac Costero y Rafael Méndez²³. Ambos se convirtieron con el tiempo en la cabeza visible de dos escuelas que en la actualidad merecen el reconocimiento unánime de los médicos mexicanos. Costero, histólogo y catedrático

²³ Augusto Fernández Guardiola, «Semblanza de cuatro médicos españoles», *El exilio español y la UNAM*, op. cit., pp. 43-51.

en México durante tres décadas, fue el fundador de la reputada escuela mexicana de anatomía patológica, había sido discípulo en Madrid de Pío del Río-Hortega y pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios en Alemania y Francia. Méndez, pensionado por la JAE en Edimburgo, Berlín y Londres, fue nombrado jefe del departamento de farmacología del Instituto Nacional de Cardiología, y en los últimos años de su vida, responsable de la división de investigación.

También otros muchos médicos desempeñaron una destacada labor institucional. José Puche, discípulo de Juan Negrín y August Pi i Sunyer, rector de la Universidad de València durante la Guerra Civil y uno de los principales organizadores del exilio mexicano, fue también profesor de fisiología en el Instituto Politécnico y en la UNAM, así como promotor de laboratorios farmacéuticos que dieron trabajo a un cuantioso número de obreros en el exilio²⁴. Otra figura destacada fue Dionisio Nieto, neuropsiquiatra y también discípulo de Río-Hortega. Nieto fue el introductor en México de las nuevas corrientes de la psiquiatría moderna y es reconocido en México como uno de los grandes innovadores en este terreno, así mismo, fue miembro fundador del Instituto de Investigaciones Médicas y Biológicas de la UNAM.

Para realizar su generosa política de acogida, el gobierno mexicano había fundado ya en 1938 la Casa de España, que más tarde, en 1940, se convertiría en El Colegio de México²⁵. Pero además, la expansión institucional tuvo otros muchos ámbitos aparte de la medicina, porque, a pesar de las difíciles condiciones económicas, la sociedad mexicana estaba experimentando un proceso de desarrollo institucional en el ámbito de las instituciones académicas y científicas. El mismo año de 1938 se fundó la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), y en 1941, el Instituto de Química. En 1945 se creó el Instituto de Investigaciones Históricas y también se encargó al naturalista español Faustino Miranda, gran especialista en el estudio de la flora mesoamericana, el proyecto de construcción del Jardín Botánico, que hoy lleva su nombre.

²⁴ Josep Lluís Barona y María Fernanda Mancebo, *op. cit.*

²⁵ Ascensión H. de León Portilla, *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, UNAM, 1978.

A la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) se incorporaron Pedro Bosch Gimpera y Juan Comas, quienes, como investigadores, estaban también relacionados con la sección de antropología del Instituto de Investigaciones Históricas²⁶. Bosch Gimpera llegó a México en 1941, tras unas breves estancias académicas en Oxford, Panamá y Colombia. Comas fue catedrático fundador de la ENAH y de los *Anales de Antropología* (1964), y con anterioridad se había doctorado en Ginebra. Otros jóvenes españoles concluyeron sus estudios antropológicos en México, y allí adquirieron consagración profesional: Pedro Carrasco, Ángel Palerm (etnología), Santiago Genovés (antropología física), José Luis Lorenzo o Pedro Armillas (arqueología) fueron algunos de ellos. Bosch, Comas y Genovés fueron los creadores de los estudios de doctorado en antropología.

El grupo de químicos y farmacéuticos superó los sesenta miembros, entre ellos, Antonio Madinaveitia y José y Francisco Giral²⁷. Muchos de ellos participaron en la industria química y farmacéutica y, junto con otros médicos, pusieron en marcha diversos laboratorios farmacéuticos que alcanzaron grandes éxitos en la síntesis de productos como las hormonas esteroideas o los corticoides. También Madinaveitia fue cofundador del Instituto de Química de la UNAM en 1941 con Fernando Orozco.

Entre los físicos, es bien conocida la labor desempeñada por Blas Cabrera, quien enseñó física e historia de la física en la UNAM; pero también hay que recordar a Juan Oyarzábal o al astrónomo Pedro Carrasco Garrorena, quienes se integraron en el mundo universitario mexicano, como lo hicieron el naturalista Faustino Miranda o el biólogo Enrique Rioja.

En líneas generales, el colectivo de científicos refugiados en México tuvo un doble destino. Un amplio sector se integró en la vida científica mexicana y continuó su trayectoria profesional como una continuación de la iniciada anteriormente en España. Otros, en

²⁶ Mari Carmen Serra Puche, «Los antropólogos españoles exiliados y la UNAM», *El exilio español y la UNAM*, op. cit., pp. 83-98; *In Memoriam Pedro Bosch Gimpera, 1891-1974*, México, UNAM, 1976; *In Memoriam Juan Comas (1900-1979)*, México, UNAM, 1980; Juan A. Ortega y Medina, «Antropología», *El exilio español en México*, op. cit., pp. 309-362.

²⁷ P. Rius, op. cit.

cambio, iniciaron en México una nueva vida profesional, desvinculada del mundo académico o de la investigación. En cualquier caso, gracias a las excelentes condiciones de acogida que les brindó la sociedad mexicana, el exilio no llegó a truncar la brillante trayectoria profesional de ese colectivo de científicos españoles que se formó en la España de Cajal, principalmente en los laboratorios e institutos de la Junta para Ampliación de Estudios y en las instituciones catalanas. Muchos de ellos alcanzaron en México su madurez científica y transplantaron al país hermano los ideales de la cultura científica, que eran consustanciales de esa España que tras la Guerra Civil dejó de ser.

Después de varias décadas de inevitable silencio historiográfico, entre los historiadores de la ciencia españoles están apareciendo un buen número de publicaciones recientes que vuelven la mirada sobre un período histórico crucial para entender la reciente historia de la ciencia en nuestro país²⁸. Y ello está contribuyendo, afortunadamente, a restituir el significado histórico de ese amplio colectivo de científicos que fueron a México a vivir, a trabajar o, simplemente, como dijera Ignacio Bolívar, a morir con dignidad.

²⁸ Valgan como referencia los trabajos de José Manuel Sánchez Ron, Alberto Gomis y Josep Lluís Barona, citados en las notas anteriores, además del trabajo de Alfredo Baratas, *Introducción y desarrollo de la biología experimental en España entre 1868 y 1936*, Madrid, Departamento de Historia de la Ciencia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.

DEL LLANTO A LA QUIMERA:
JUAN LARREA EN LA FUNDACIÓN
DE *CUADERNOS AMERICANOS*

JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU

Desde el primer número de *Cuadernos Americanos*, muy a principios de 1942, hasta 1949, junto al nombre de Jesús Silva Herzog, director-gerente, apareció el de Juan Larrea, secretario de la revista. Uno se pregunta cómo es que una figura de ideas tan extravagantes, tan literalmente excéntricas, ocupó un puesto principal en revista tan eminente en la producción cultural del exilio español y del México de entonces, qué circunstancias lo hicieron posible y qué reacciones produjo en aquel sistema cultural. Estas reflexiones querían apuntar algunas respuestas posibles.

Larrea recuerda así los comienzos de la revista:

Tan pronto como llegué a México a fines de 1939 emprendí la publicación, primero de *España Peregrina* [...] y después, de *Cuadernos Americanos* (1942). Si la primera de dichas revistas intentaba mantener encendido el espíritu que había animado en su lucha a la victimada democracia española, la segunda se proponía la consideración actual de la Cultura nuestra desde sus cuatro ángulos cardinales con miras a fomentar la creación de una Cultura Nueva, digna tanto del sentido que desprendían los sucesos españoles, como del de este Continente Nuevo.¹

A su entender, *Cuadernos Americanos* nació como una derivación lógica de *España Peregrina*, que publicó la Junta de Cultura Española

¹ Juan Larrea, *Teleología de la Cultura*, Los sesenta, México, Antigua Librería Robredo, 1965, pp. 9-10.

entre febrero y octubre de 1940: en efecto, algunos miembros de ésta participaron en la creación de *Cuadernos* o fueron miembros de su Junta de Gobierno (León Felipe, Manuel Márquez, Agustín Millares Carlo y Eugenio Ímaz), pero no cabe duda de que el «tránsito» de una revista a otra, como ya indican sus nombres, suponía un cambio importante de acento y hasta de perspectiva. *España Peregrina* era aún, como bien dice Souto Alabarce, «una revista española, y una revista de la Guerra Española»², y esto explica, en muchos sentidos, su corta trayectoria.

Larrea achaca ésta a una gestión poco ortodoxa de los bienes de la Junta por José Bergamín y a las disensiones políticas y personales³. En su opinión, éstas amenazaban el futuro prometido, y contra ellas propugnó, anónima y tenazmente, la unidad en la cultura:

El problema, llamémosle político, exige, como consecuencia de su mismo esquema constitutivo, fundamentalmente múltiple, la partición del cuerpo de emigrados, el resquebrajamiento que los intereses políticos fomentan por los medios a su alcance, sobre todo atizando obsesivamente nuestras querellas, nuestros fermentos de discordia. En cambio, el problema cultural, de compleja estructura humana —espiritual y material en orden complementario— tiende a agruparnos unitariamente, dentro de la conciencia de nuestra realidad profunda, en función de un universo que precisa, para desarrollarse, aquellos principios superiores, aquellos gérmenes que palpitaban pacífica y virilmente en el corazón de España. [...] Uno es, sin duda, la proyección en forma residual de un pasado cuya materialidad se descompone con premura, otro, el instrumento de un futuro que se organiza paso a paso.⁴

² Arturo Souto Alabarce, «Letras», *El exilio español en México. 1939-1982*, México, Salvat-Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 368.

³ Juan Larrea, «A manera de epílogo», a la edición facsímil de *España Peregrina* (ed. Alejandro Finisterre), México, 1977, pp. 83-84.

⁴ Juan Larrea, «Por un orden consciente», *España Peregrina* (México), núm. 4 (15 de mayo de 1940), p. 147. Véase también «Una buhardilla y un manifiesto», *España Peregrina* (México), núm. 2 (15 de marzo de 1940), p. 78.

Pero las disputas y los partidismos a menudo frenéticos eran algo ya consustancial al exilio republicano⁵. Al fin y al cabo, *España Peregrina* sólo era una publicación entre otras en que participaron los desterrados en México: simultáneamente, también en febrero de 1940, apareció *Romance*, que quiso ser «una revista popular, pero de buena calidad literaria»⁶, y que, a diferencia de aquélla, consiguió una difusión notable durante un tiempo.

Esa diferencia da razón, en buena medida, de la desaparición de *España Peregrina*. Más que las rencillas o las divisiones políticas, lo que la condenó fue el público al que se dirigía, exiliados españoles empeñados entonces en ganarse el más desnudo de los sustentos; un público, en definitiva, incapaz de sostenerla. Cuando le faltó el dinero del gobierno de la República, la revista no pudo subsistir. Durante años, los intelectuales exiliados vivieron el mismo problema: científicos o enseñantes, como los acogidos en La Casa de España, pudieron insertarse sin demasiados trastornos en las estructuras mejicanas, pero los escritores, cuya actividad es mucho más irregular, debían encontrar medios de difusión y un destinatario que sustituyeran a los perdidos en la huida. Pocos hubo tan afortunados como los que se integraron en el consejo de redacción de la revista *Taller* desde octubre de 1939⁷. Epistolarios y memorias de los desterrados abundan en estrecheces y dificultades. Muchos subsistieron como traductores, tipógrafos o correctores de pruebas, al servicio de un sistema editorial que comenzaba a tener por entonces un desarrollo importante, al declinar el español.

De *España Peregrina* a *Cuadernos Americanos*, lo que cambia ante todo es el destinatario, y con él la posición de la revista en el pano-

⁵ Como señala Souto, «nunca ha habido una república de las letras tan democrática como ésta. Abundan los disidentes, las heterodoxias, los desengaños, y por lo tanto los libros de memorias, las apologías y las acusaciones. Se duplican los centros de cultura y las revistas, durante algún tiempo distanciadas en posiciones ideológicas contrarias: Ateneo Español-Unión de Intelectuales; Las Españas-Ultramar». («Letras», *op. cit.*, p. 370.)

⁶ Antonio Sánchez-Barbudo, «Introducción» a *Romance. Revista popular hispanoamericana*, edición facsímil, Madrid, Verlag Detlev Auvermann KG, 1974, sin paginar. Para ambas revistas, véase Francisco Caudet, *El exilio republicano en México. Las revistas literarias (1939-1971)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992, pp. 115-228.

⁷ Véase la nota inicial en *Taller*, vol.V, México, octubre de 1939. Edición facsímil de Fondo de Cultura Económica, México, 1982, vol.I, p. 365.

rama cultural mejicano. Por las mismas fechas en que desaparecía *España Peregrina*, otra institución muy ligada al exilio de los intelectuales vivió una metamorfosis similar: el 18 de septiembre de 1940, el Patronato de La Casa de España aceptó la propuesta de su presidente, Alfonso Reyes, de convertirse en institución privada, bajo el nombre de El Colegio de México⁸. El fin, tras las elecciones de julio de 1940, del mandato presidencial de Lázaro Cárdenas, que fundara La Casa, tuvo mucho que ver con esa decisión. No es irrelevante que el cambio de nombre entre ambas instituciones indique una evolución paralela a la de las dos revistas que nos ocupan, quizás porque fue Alfonso Reyes, miembro también de la dirección de *Cuadernos Americanos*, quien «bautizó la revista»⁹. El paso de una publicación a otra representa, en suma, la integración inevitable de los desterrados, obligados a dejar de oficiar de exiliados españoles para ocuparse de un modo u otro en las tareas, instituciones y empresas de la cultura mejicana.

La fundación de *Cuadernos Americanos* fue una apuesta decidida por esa integración, que iba a ser un proceso largo, titubeante y doloroso¹⁰. El encuentro de Larrea con Silva Herzog, del que nació esta revista, buscaba inicialmente apoyos para la continuidad de *España Peregrina*. Las versiones acerca del encuentro difieren en detalles. Silva Herzog recuerda que fue él quien propuso la alternativa: «Les dije: por qué en lugar de *España Peregrina* no hacemos una revista hispanoamericana que editaríamos aquí en México. Les advertí: no tengo dinero, pero lo consigo»¹¹. Y Larrea deja entender que él propuso lo que «se me antojaba inevitable: la creación de una gran revista, la más importante revista en lengua castellana que, en aquel momento en que ardía Europa por sus cuatro costados, fuese producto de la estre-

⁸ Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 171.

⁹ Según recuerda Silva Herzog en «Los Cuadernos: vínculo inmarcesible. Entrevista con Jesús Silva Herzog», *El exilio español en México. 1939-1982*, op. cit., p. 890.

¹⁰ Aunque, «al parecer, más de un setenta por ciento» de los refugiados se acogió a la nacionalidad mejicana que el gobierno de México concedió a quienes la solicitaron (Vicente Llorens, *El exilio español de 1939. I: La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus, 1976, p. 126), entre ellos, Larrea, que la solicitó en mayo de 1942, cuando México declaró la guerra a las potencias del Eje (David Bary, *Larrea: Poesía y transfiguración*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 125).

¹¹ «Los Cuadernos: vínculo inmarcesible», op. cit., p. 886.

cha colaboración creadora de hispanoamericanos y españoles, con miras a preparar el advenimiento de una cultura más universal, más humana»¹². En cualquier caso, *Cuadernos Americanos* nació como una confluencia de esfuerzos de gran entidad y deslastrada de los apuros económicos de las revistas de y para exiliados. Al reseñar su aparición, *Letras de México* la reconocía como «la revista más importante de Hispanoamérica»: se había impuesto una tarea «que sobrepasa en mucho a las de una revista literaria, científica o académica», y estaba «llamada a producir sensación en todo el continente»¹³.

Larrea supo tramitar posibilidades y exigencias de la nueva publicación inmejorablemente, porque sus convicciones de un futuro americano concordaban con el sentido editorial del proyecto. Ocupándose de «las incumbencias amplísimas de una Secretaría obligada a resolverlo absolutamente todo»¹⁴, se convirtió en poco tiempo en el factótum de la revista y decidió en buena medida la orientación por la que fue conocida. Ya la reseña citada de *Letras de México* nombraba en iguales términos a Silva Herzog y Larrea como «conductores» de aquel «órgano de expresión de un mito que se pone en marcha, el mito de América lanzada a la conquista de su Nuevo Mundo». En lo sucesivo, para el elogio o la crítica, rara vez se le discutió ese puesto a la cabeza de la publicación. En octubre de 1942, para su número 5, *Cuadernos Americanos* era ya la «excelente revista que anima Juan Larrea»¹⁵. Pero fue sobre todo la crítica, con una creciente reacción de rechazo en los medios literarios y en las publicaciones coetáneas, la que le hizo responsable de la línea que se había marcado la revista.

Ésta aparecía ya definida en la nota que abrió su primer número, que advertía:

¹² Juan Larrea, «A manera de epílogo», *op. cit.*, p. 84.

¹³ Carlos Zalcedo, «Aparición de una gran revista», *Letras de México* (México), año VI, vol. III, núm. 13 (15 de enero de 1942), p. 9. Edición facsímil de Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

¹⁴ Juan Larrea, «A manera de epílogo», *op. cit.*, p. 86.

¹⁵ «Revista de revistas», *Letras de México* (México), año V, vol. III, núm. 22 (15 de octubre de 1942), p. 10.

En los actuales días críticos un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura, se ha sentido obligado a publicar *Cuadernos Americanos*.

La revista se presentaba como respuesta a las incertidumbres de un período de crisis, con una misión que cumplir; las colaboraciones de Larrea procuraron insistentemente precisar su sentido. En un breve artículo proclama: «El verdadero propósito de *Cuadernos Americanos* no podría definirse mejor: favorecer el conocimiento de América»¹⁶. Pero más adelante especifica que «nunca se propusieron realizar una obra meramente literaria o académica, sino que se concibieron como un instrumento apto para responder a las exigencias creadoras de un humanismo continental»¹⁷. Es decir, que ese afán de conocer está puesto al servicio de un proyecto de futuro, que Larrea identificará siempre con el Nuevo Mundo de todas las utopías. Sus textos lo prometen sin tregua para América, mediante concatenaciones argumentales imaginativas y sorprendentes, de modo que si ese fin último tiene una fijeza maniática y excluyente, lo anuncia multitud de visiones trenzadas con una lógica poética asimiladora, engullente. Precisamente este carácter visionario del proyecto es lo que dio lugar a las opiniones más negativas sobre él y sobre *Cuadernos Americanos* entre sus contemporáneos.

Las reseñas de sus números en *Letras de México* muestran, tras el primer saludo entusiasta, un creciente tono crítico: una apunta que su sección «Dimensión Imaginaria» no tiene «mucho de imaginativo»¹⁸; otra, tras referirse a «la posición ya conocida de Larrea que ve en América un futuro y exclusivo Paraíso», se pregunta a quién aludirá una frase de Alfonso Reyes, «curiosa por el

¹⁶ Juan Larrea, «Conocimiento de América», *Cuadernos Americanos*, año I, vol. I, núm. 3 (mayo-junio de 1942), p. 117. El artículo invita a colaborar en la sección «Presencia del pasado», cuyo rótulo no puede sino recordar el título de un artículo anterior de Larrea, «Presencia del futuro» (*España Peregrina*, núm. 7, 15 de agosto de 1940, pp. 12-16), lo cual sugiere que la organización de la revista fue, en parte al menos, obra suya.

¹⁷ Juan Larrea, «Conocimiento de América», *op. cit.*, p. 120.

¹⁸ «Revista de revistas», *op. cit.*, p. 10.

lugar en que la escribe: “Tomarse en serio es ya un síntoma de fatiga nerviosa, de *surmenage*”¹⁹; una tercera lamenta que eluda «todo comentario a la literatura contemporánea americana y, especialmente, sobre los libros recientes de autores nacidos en México, “este país predestinado”»²⁰. Octavio G. Barreda, responsable de *Letras de México* y luego de *El Hijo Pródigo*, recuerda que *Cuadernos Americanos* parecía «cerrada a determinados valores mexicanos», por lo que provocó «cierto malestar o resentimiento». Fue por esa razón que Octavio Paz declaró necesaria «una revista de categoría», y así nació *El Hijo Pródigo* (1943-1946), en parte como respuesta a esa cerrazón de *Cuadernos Americanos* y a «la tesis propalada, tan ostensible como exageradamente por Larrea» de que el paraíso sería americano: «ideas personales suyas, pero el director de la revista, por lo menos en los primeros números, no las rectificaba o rechazaba». La nueva revista se definió por contraste, por dejar a un lado «la sociología, la economía, la etnografía o cosas por el estilo, que eran precisamente el fuerte de *Cuadernos Americanos*»²¹.

Pese a su pregonada vocación ecuménica, por tanto, muchos escritores consideraron *Cuadernos* una tribuna de expresión excluyente en manos de Larrea, y es probable que alguna razón les asistiera, pues su doctrina atribuía tan alta misión a la poesía, la anunciación del Nuevo Mundo, que descalificaba la tarea de los simples literatos. Quizás mantenía ahora la misma actitud desdeñosa que presidió la publicación dos décadas antes de su *Favorables París Poema*, concebido contra, más que desde la poesía española de su tiempo²². No sólo los poetas mejicanos se sintieron exclu-

¹⁹ «Revista de revistas», *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 23, 15 de noviembre de 1941, p. 10.

²⁰ «Revista de revistas», *Letras de México*, año VII, vol. I, núm. 2, 15 de febrero de 1943, p. 11. Otros textos de la revista incurren también en aguijonazos: Efraín Huerta, miembro de la redacción de *Taller*, se congratula de encontrar una «poesía sin mitos», en la que los conceptos filosóficos no abundan tanto como «las frases subrayadas en un escrito de Juan Larrea». (Efraín Huerta, «Una poesía sin mitos», *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 23, 15 de noviembre de 1942, p. 8.)

²¹ Octavio G. Barreda, «Presentación», *El Hijo Pródigo*, edición facsímil, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 8-10.

²² Véase al respecto Juan Manuel Díaz de Guereñu, *La poesía de Juan Larrea. Creación y sentido*, San Sebastián, Cuadernos Universitarios Mundaiz, Universidad de Deusto, 1988, pp. 40-45 y 142-151.

dos de la revista: Salinas refiere en carta a Guillén un encuentro con Larrea, que ya había partido de México:

Me quejé yo de que *Cuadernos Americanos* no se hubiese ocupado en forma alguna de ninguno de mis cuatro últimos libros. Dio excusas un tanto azorado, nada convincentes: que había pedido la reseña a varias personas, y que no podían hacerla, etc. Yo me quejé, además, no personalmente, mirándolo como nueva muestra de lo que se nos va reduciendo el círculo de posibilidades de publicación a los españoles, si las revistas americanas nos dan de lado. Todo esto en tono, por mi parte, suavísimo, y sonriente. Pero lo bueno vino luego: cuando se fue Larrea y me contó Laura que la reseña del *Manrique*, hecha por Paco, no se había podido publicar en *Cuadernos*, porque se estimaba que ese libro *no tenía interés dentro de lo americano*. Entonces entendí lo que me dijera Larrea: que había propuesto la reseña combinada del *Manrique* y el *Darío*: es decir, hacer pasar esa pobre mercancía española, *Manrique*, al amparo del pabellón de *Darío*.²³

En suma: los escritores coetáneos de Larrea percibieron repetidamente que sus tesis derivaban en intransigencias con las producciones literarias que no encajaban en ellas.

Sin embargo, la crítica más feroz a su tarea en *Cuadernos Americanos* no ataca estas exclusiones, sino su método de pensamiento mismo, y la firma un exiliado español. En carta al director de *Letras de México*, Antonio Sánchez-Barbudo, que fue miembro de la redacción de *Taller y Romance* y que había de integrarse pronto en la de *El Hijo Pródigo*, comenta con ironía el último número de *Cuadernos Americanos*. Si bien se refiere a éstos como a «castillo interior, castillo del alma, castillo místico, a la par que pétrea y real fortaleza», con lo que parece suscribir la queja por su inaccesibilidad, se ocupa sobre todo de lo que la revista ofrece. Supone a su lector ávido de profecía o cosa rara: «adivinación», «rayo» o «trompetas del juicio final finamente tra-

²³ Carta a Jorge Guillén, Baltimore, 27 de mayo de 1950, en Pedro Salinas/Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, Barcelona, Tusquets editores, 1992, p. 528.

zadas sobre el cuerno de la abundancia —que es América—. Y se burla con saña inequívoca de Larrea y de sus arriesgadas ilaciones conceptuales:

¿Queremos decir que son tonterías las adivinanzas que, alternando con cosas de más substancia, se ven como refrescante maná de los dioses en cada número de *Cuadernos Americanos*? ¡Dios nos libre! No puede ser tal cuando están sostenidas por el vibrante puño de un profeta ya acreditado, León Felipe, y por la modestia discreta de un hombre nada exaltado, Moreno Villa. Constituyen, con el señor Larrea, la trilogía de la nueva fe, pero, de ellos, el Espíritu Santo es indudablemente Larrea, a quien imaginamos en su casa, de diez a once, después de la cena, entretenido en superponer swásticas a ombligos, continentes a barbas, cuernos a nubes; rayos místicos, que anuncian la gracia, al reflejo de los tubos fluorescentes «Made in USA».²⁴

La «nueva fe» al servicio de la que Larrea puso *Cuadernos Americanos* no era, por tanto, compartida universalmente y, como toda fe, dio motivo para divergencias y animosidades. Pero también propició convergencias y fue enlace eficaz de empeños. Que la revista fuera obra en buena medida suya, como le reconocen hasta sus más feroces detractores, indica que su obsesión con la inminencia de la nueva humanidad en el continente americano fue fértil en realizaciones. Y es que la orientación que le dio, por más que su método y sus conclusiones encontraran numerosos y razonables detractores, calzaba bien con el humor afirmativo de un sistema cultural que se sentía pujante y no era ajeno a una tendencia bastante generalizada entre los exiliados en México. En aquellos años primeros del destierro, éstos se afanaron por encontrar un sentido a la experiencia traumática de la Guerra Civil y de la derrota. Mientras el desterrado en Francia, de extracción popular en general, se preocupó siempre por

²⁴ Antonio Sánchez-Barbudo, «Sobre *Cuadernos Americanos*», en la sección «De nuestros lectores», *Letras de México*, año V, vol. III, núm. 23 (15 de noviembre de 1942), p. 9. Tras la carta, una nota de la revista advierte que «no en todo coincidimos con sus puntos de vista»; algo apenas creíble, dadas las críticas y alusiones particularmente abundantes en ese número.

la política peninsular más concreta, «la emigración americana hallará en su mayor distanciamiento una mejor perspectiva para la creación literaria o artística, la especulación o el trabajo intelectuales; lo cual no quiere decir que se desinteresara de los problemas políticos, sino que su reflexión sobre estos temas es, a menudo, menos contingencial, aparece más decantada hacia la explicación»²⁵.

Los exiliados en México se empeñaron durante esos años en discernir «la esencia» de lo español, queriendo explicarse la realidad patria y el aparente y descorazonador sinsentido de los hechos históricos. De ahí derivará lo que Abellán llama «interpretación delirante de España», las teorías acerca de «lo diferencial español» de Fernando de los Ríos, Castro, Gaos, Ayala y otros²⁶.

Incluso posturas tan opuestas a las de Larrea como las de Sánchez-Barbudo conocieron esa propensión. Lo recuerda él mismo:

Esta angustia que buscaba esperanza, ese querer afirmar a pesar de todo, es algo típico de la época entre muchos intelectuales. [...] La derrota de España, los triunfos de Hitler, el pacto con la URSS, todo nos inclinaba ahora a la desesperación, a la negación; pero había un ansia grande de creer que diríase sostenía la esperanza en vilo. No teníamos fe religiosa, y quizás por eso necesitábamos creer en algo; y en lo que creíamos muchos, o queríamos creer, con más o menos firmeza, era en «el pueblo» y en la «revolución». En un libro que empecé yo a escribir por entonces, o muy poco después, y que publiqué más tarde en México mismo, *Una pregunta sobre España* (en el que quise hacer un análisis —en parte bastante confuso— del sentir de los españoles y de los modos de sentirse español), hablaba de una fe mística y oscura en el genio del pueblo, en el «alma» escondida de España.²⁷

²⁵ Manuel Andújar y Antonio Risco, «Crónica de la emigración en las revistas», *El exilio español de 1939*, vol. 3: *Revistas, pensamiento, educación*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 17-18.

²⁶ José Luis Abellán, «Filosofía y pensamiento: su función en el exilio de 1939», *El exilio español de 1939*, vol. 3: *Revistas, pensamiento, educación*, op. cit., pp. 162 y 172.

²⁷ «Introducción» a *Romance*, op. cit., sin número de página.

Sánchez-Barbudo recurrió llamativamente a términos que la obra de Larrea frecuente (el «alma» de España y esa «fe mística») para sustentar su esperanza de un futuro mejor. Coincidencias aún mayores aparecen en escritores que compartieron con él la tarea de publicar *España Peregrina* y *Cuadernos Americanos*; entre ellos esa fe y esa esperanza fueron por un tiempo pasión compartida. Eugenio Ímaz, por ejemplo, escribía en 1945:

El mito del Nuevo Mundo, de la encarnación del hombre universal, de la personada ciudad del hombre, hunde sus raíces en el légamo de la primera humanidad y, cerrando el circuito del sueño, está ahora en inminencia de realización [...]. Yo no poseo, ni con mucho, la magnética lucidez de mi amigo Larrea para poder seguir la predestinación de América por los senos de la poesía cósmica. Pero por algo llevan las cosas su nombre y América no es la vieja Atlántida ni la nueva, sino el utópico Nuevo Mundo. Por algo es el americano, con el español, el hombre más naturalmente universal de la tierra [...]. Por algo la guerra española, la primera guerra quijotesca por el hombre universal, es patrimonio común y símbolo de todos los pueblos de América.²⁸

Tales conjunciones son aún más significativas cuando se dan en poetas y no pensadores o filósofos. Como por excepción, las ediciones de *Cuadernos Americanos*, más propicias a los ensayos americanistas, publicaron dos libros de poesía singulares mientras Larrea marcó el rumbo de la revista: *Ganarás la luz* (1943), de León Felipe, y *Jardín cerrado* (1946), de Emilio Prados. Las diferencias entre ambos, en lo que nos interesa aquí, son evidentes. *Ganarás la luz* reconoce en su dedicatoria una deuda que sus ver-

²⁸ Eugenio Ímaz, «Discurso en el Club Suizo» (publicado originalmente en *Cuadernos Americanos*, año IV, vol. XX, núm. 2, marzo-abril de 1945), *Tópica y utopía*, San Sebastián, Cuadernos Universitarios Mundaiz, Universidad de Deusto, 1988, p. 165. Véase al respecto mi trabajo «Eugenio Ímaz: una pasión compartida», en José Ángel Ascunze (ed.), *Eugenio Ímaz: Hombre, obra y pensamiento*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 151-166.

sos no esconden: «A Juan Larrea, maestro de poetas, / de los que acaban de nacer, / de los que van a venir»²⁹. El poemario se aleja de la poesía imprecatoria anterior de León Felipe, pues traduce el drama de la Guerra Civil en metáforas de significación más universal. La lectura de la historia de Larrea le había procurado imágenes de amplia tradición, que interpretaban el hecho abrumador desde perspectivas más esperanzadas, como esa «Luz» que ha de ganarse, como el pan, con el sudor y la sangre. Como señala José Paulino, Larrea «le ayudó a dar el paso [...] de la obra aún crispada a la utópica»³⁰. En el libro de Prados no hay, en cambio, reconocimiento expreso de deuda con Larrea; el proceso es el inverso, pues parecería que éste se apropia del libro escrito, encabezándolo con un prólogo, «Ingreso a una transfiguración». Sabemos, por cartas de Prados, que Larrea intervino también en su publicación, pues se lo arrancó al poeta, siempre indeciso: «Si mi libro se publicó fue porque Larrea se apoderó del *manuscrito*; si espera a la copia a máquina, le pasaría como a Losada o a mis libros malagueños [no publicados]»³¹.

Cabe preguntarse qué interés a Larrea, tan poco complaciente con tantos poetas, en estas obras: su valor poético indudable no parece ser el dato decisivo. Tal vez las similitudes de los dos poemarios, tan diversos por otro lado, ayuden a entenderlo: ambos descuellan entre los de sus autores por su amplitud, pues se trata de obras extensas, y porque recuperan e integran abundante material ya publicado, que reelaboran y reinterpretan. Son, por tanto, libros compilación de la escritura y la experiencia del poeta, y pretenden releerlas, dotarlas de sentido. Por eso es tan visible en ellos una labor de construcción, de ordenación de los materiales. Es arriesgado suponer que Larrea influyó en este nuevo esfuerzo estructurador, aunque ello es más probable en León Felipe; lo que sí es cierto es que, más que la coincidencia

²⁹ León Felipe, *Obras Completas*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1963, p. 179.

³⁰ José Paulino, «Introducción» a su edición de *Ganarás la luz*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 69. Paulino señala además que la intervención de Larrea en la edición se extendió a la elección de la mayor parte de las ilustraciones.

³¹ Carta a Miguel Prados, México, 25 de marzo [1947].

en imágenes o contenidos concretos, le interesó precisamente lo que ambas obras tienen de estructuración de una experiencia como progresión en orden a un sentido; Larrea denomina al de Prados «libro diario», y declara:

Sólo al calmarse el temporal y contemplar en su conjunto la obra escrita de esta forma, pudo el poeta comprender que el todo constituía un proceso de síntesis, coherente y orgánico, con un principio y un fin y una vida interna propia y acabada en relación con éstos.³²

Para Larrea esa experiencia ordenada según un sentido es la vida, la individual y también la colectiva, pues si el poeta descifra el sentido de su vivir, descubre a un tiempo el de la historia de su nación: su «transfiguración» es la de su pueblo. El poeta profeta de León Felipe y el atormentado e indeciso en el jardín cerrado de su cuerpo valen lo mismo, porque sus obras «cuentan, no en los anaqueles de una literatura, sino en el horizonte de la experiencia humana creadora»³³. La obra que le interesa es, en fin, la que profesa una fe en el sentido de la vida que pueda equipararse a la que él tiene.

Y es que Larrea reconoce a los poetas en tanto se reconoce en ellos: angustiado largo tiempo por el sinsentido de su existencia de señorito con vocación poética, descubrió, años antes de la Guerra Civil, que podía ser interpretada como expresión de un sentido inteligible y, sobre todo, trasladable a la de su raza. Así lo declaró públicamente en 1937, al donar a la República española su colección de antigüedades prehispánicas:

A mi juicio existe absoluta identidad entre el plano de intención poética en que mi actividad se desenvolvía y el movimiento popular que se está realizando en España. El nuevo mundo de carácter poético y el materialmente histórico del que aquél es complemento necesario se hacen una sola cosa en mi conciencia. En la marcha hacia un ideal de perfección

³² Juan Larrea, «Ingreso a una transfiguración», en Emilio Prados, *Jardín cerrado*, México, *Cuadernos Americanos*, 1946, pp. 9 y 17-18.

³³ *Ibidem*, p. 24.

humana, asequible únicamente por la transformación colectiva del régimen social, creo que toca un rol de decisiva importancia histórica al bloque cultural de habla española, llamado a adquirir conciencia de su razón de ser esencialmente revolucionaria en función de ese mundo nuevo y a echarse con todo su peso en el platillo de la balanza que a él ha de conducirle. Porque sometida América a circunstancias económicas diferentes a las que actúan en la superpoblada Europa y más favorables generalmente, su posición ante la revolución universal nunca fuera quizá lo bastante decidida si elementos de orden sentimental o consideraciones de interés espiritual como son éstas de la guerra de España no vinieran a mover sus impulsos. Personalmente creo que España es el vehículo natural del espíritu transformativo, revolucionario, que debe poner en unidad de marcha a los pueblos de América.³⁴

Así pues, Larrea dio con un sentido que desenredó sus angustias y desequilibrios años antes de que la tragedia de la Guerra Civil obligara a los intelectuales españoles a afrontar cada cual la cuestión del sentido o sinsentido de su vida y de la historia. Y su convicción era tan sólida que el suceso histórico más penoso, la derrota republicana, que desmentía por completo sus predicciones, quedó asimilado mediante un simple reajuste conceptual, sin modificar su sistema ni el fin teleológico que atribuye a la historia y según el cual la descifra: la nueva humanidad que habrá de nacer en la América hispana³⁵. Su teoría y su modo de interpretar lo real se fundamentan en tal certeza, que permite su despliegue incesante. Larrea la justifica en un artículo publicado en *Letras de México* en 1943:

³⁴ Juan Larrea, discurso escrito en París y leído en Valencia en septiembre de 1937 «ante un grupo de oficiales distinguidos cuando fui allí a formalizar mi donación ante notario público», transcrito como anexo en carta a David Bary, Córdoba, 23 de febrero de 1971, pp. 4-5.

³⁵ Me ocupé de ese reajuste de su pensamiento en la ponencia «Juan Larrea: Poesía para el Nuevo Mundo», leída en el Coloquio Internacional *Los poetas del exilio español en México*, organizado por el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, México DF, del 24 al 28 de mayo de 1993.

¿En qué consiste, pues, la libertad, esencia de América? Para Hegel, el pensador que mejor ha vislumbrado el más allá de la historia y quien precisamente tenía a América por el mundo futuro «la verdadera libertad es necesidad comprendida». De otro modo: es la conciencia de ese necesario automatismo creador que todo lo abarca, una de cuyas piezas esenciales es la percepción de su propia necesidad, gracias al entendimiento, por medio del lenguaje de las cosas, de aquello que en cada instante es concretamente necesario para el esplendor del todo. Es decir, la realización del Verbo y de su mundo que redondea la esfera, la plenitud de la creación, la Poesía.³⁶

Larrea, en definitiva, concibe la historia como un proceso necesario, ineluctable, en un sentido prefijado y orientado a un fin del que sólo cabe adquirir conciencia, para acelerar su perfecta realización.

Tal certidumbre teórica ya antigua fue lo que le permitió ejercer alguna influencia sobre sus compatriotas en el destierro. Cada exiliado fatigaba sus instrumentos conceptuales o imaginarios para definir la razón de ser de la historia vivida, recurriendo a menudo a imágenes compartidas, a un fondo simbólico del que participaban también muchos conceptos de Larrea: así, la elevación del pueblo español a emblema del anhelo de libertad de toda la humanidad, contra el patrioterismo rastrero y rapaz del bando «nacional» y de los demás fascismos; la identificación del exilio republicano con la diáspora del pueblo judío y de la patria con la tierra prometida, que la memoria transfiguraba, corrigiendo la realidad del franquismo triunfante; el utopismo americano en fin, floreciente con cada descubrimiento maravillado del continente, de norte a sur, y plasmado en una tradición ideológica y literaria ya secular. El paren-

³⁶ Juan Larrea, «Hacia una definición de América (Última Tule)», *Letras de México*, año VII, vol. I, núm. 1 (15 de enero de 1943), p. 10. El artículo, cuyo pretexto es *Última Tule*, de Alfonso Reyes, sigue a otros dos de igual título: el primero, «Hacia una definición de América (Dos cartas)» (*Cuadernos Americanos*, año I, vol. VI, núm. 6, noviembre-diciembre de 1942, pp. 10-33), recoge una carta de José E. Iturriaga y la respuesta de Larrea; el segundo, «Hacia una definición de América (Tercera carta)» (*Letras de México*, año V, vol. III, núm. 23, 15 de noviembre de 1942, p. 6), una segunda carta de Iturriaga sobre el mismo tema.

tesco entre las mejores esperanzas de los intelectuales desterrados y la fe de Larrea le prestó durante un tiempo cierta vigencia.

Por otro lado, su finalismo irreductible y el desciframiento «poético» de la realidad se alimentaban recíprocamente en sus textos, de modo que podía reinterpretar cualquier hecho o producción humana desde aquél. Esto da cuenta de su optimismo implacable, pero también de su talante simultáneamente excluyente y voraz: desdeñó todo lo que le parecía demasiado accidental, demasiado literario para traducir aquella visión última, pero integró en su sistema todo lo que podía soportar el peso de esa significación simbólica añadida. Su fecundidad y su energía infatigable son las del convencido de la inexorabilidad de su razón. Los frutos de su tarea en *Cuadernos Americanos* resultan, así, de la confluencia de una situación colectiva singularmente propicia a la esperanza más insólita y de una personalidad volcada en ella por completo.

Sólo las circunstancias más arduas explican que Larrea se desprendiera de *Cuadernos Americanos*: abandonado en octubre de 1947 por su mujer, directora de la Librería Francesa, atravesaba una situación familiar y económica difícil. Tampoco en la revista se sentía cómodo, a juzgar por la disminución notable de sus colaboraciones: la última, que también es la única del período 1947-1949, fue el texto de una conferencia leída en Nueva York en 1948³⁷. En realidad, durante esos últimos años de su estancia en México, Larrea parece dedicado a labrarse una salida norteamericana para sus dificultades; así lo indican las conferencias y textos publicados al otro lado de la frontera, las sucesivas solicitudes de beca a la Fundación Guggenheim, obtenida al fin en 1949, y la colaboración con Luis Buñuel en proyectos cinematográficos para la industria del cine yanqui³⁸. Cuando Larrea salió de México el 12 de octubre de 1949,

³⁷ Juan Larrea, «Toma del Guernica y liberación del arte de la pintura», *Cuadernos Americanos*, año VII, vol. XXXVIII, núm. 2 (abril-mayo de 1948), pp. 235-257.

³⁸ Véase David Bary, *Larrea: poesía y transfiguración*, op. cit., pp. 129-133. José Rubia Barcia describe «una copia del texto en inglés, inédito hasta ahora, de “Ilegible, hijo de Flauta” que Luis Buñuel me envió a mí y que yo recibí en sobre certificado el 4 de agosto de 1948, rogándome que hiciera algunas gestiones en Hollywood explorando posibilidades para su eventual producción». (*Con Luis Buñuel en Hollywood y después*, A Coruña, Edición do Castro, 1992, p. 165.)

dejó atrás una revista consolidada que, en adelante, seguiría su propio rumbo. Él, por su parte, había encontrado en el tema de Santiago y en las investigaciones sobre la historia de la Iglesia un nuevo filón para desenvolver su sistema. Luego vendría Vallejo y la Córdoba argentina. Y siempre, en una u otra latitud, la fertilidad arrasadora de su pensamiento le puso en trance de nuevas empresas.

CUATRO HISTORIADORES

ANDRÉS LIRA

La aportación de autores españoles a la historiografía del México independiente está siendo apreciada en estudios recientes¹. Ni la expulsión de 1827 y 1829 ni las trifulcas nacionalistas lograron impedir que circularan libros de tema mexicano debidos a españoles que se ocuparon del pasado mediato e inmediato; sus escritos fueron tomados como fuente y como base de argumentación en pro y en contra por historiadores mexicanos, algunos de éstos claramente antihispanistas. Si apuramos el recorrido, vemos que en las primeras historias monumentales —por su tamaño y ambición— tuvieron que ver españoles. Pedro Pruneda, residente en Madrid, publicó aquí su *Historia de la guerra de México desde 1861 a 1867*, ese mismo año, dando batalla en pro de la república²; el vizcaíno arraigado en México Niceto de Zamacois fue autor —quién sabe con cuántos ayudantes— de los veinte volúmenes de la *Historia de Méjico desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, escrita en España durante los años de su destierro, impresa en Barcelona y distribuida con buen éxito en México entre 1876 y 1882. Tuvo buena acogida gracias al tono conciliador y conservador que animaba a los mexicanos después de las guerras civiles, incluida en éstas la de interven-

¹ *Historiografía española y norteamericana sobre México (coloquios de análisis historiográfico)* (introd., ed. e ind. Álvaro Matute), México, UNAM., 1992; primera parte, *Historiografía española*, pp. 15-97.

En el proyecto *Historia de la Historiografía Mexicana*, encabezado por Juan Antonio Ortega y Medina y realizado por el Instituto de Investigaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, hay importantes estudios sobre los autores que aquí mencionaremos y sobre otros.

² Vicente González Loscertales, «Pedro Pruneda y la historiografía liberal española sobre México», *Historiografía española y norteamericana sobre México*, op. cit., pp. 37-49.

ción³. Enrique Olavarría y Ferrari, otro español arraigado en México, escribió casi todo el tomo IV de *México a través de los siglos*, relativo al período independiente (1821-1855), penúltimo volumen de esa ambiciosa versión del liberalismo triunfante, que apareció entre 1884 y 1889, y que sigue siendo la fuente principal de la historiografía oficial mexicana; escribió luego su *Reseña histórica del teatro en México* y otras obras de historia literaria, que son un venero para la historia social.

Un estudio cuidadoso nos llevaría a apreciar trabajos de distinta dimensión y diverso carácter sobre la historia de México, debidos a españoles más o menos mexicanizados; también, a advertir la influencia de historiadores españoles sobre los mexicanos, como la que ejerció, por ejemplo, Rafael Altamira, a través de sus obras, en Justo Sierra y en la formación de un historiador contemporáneo como Silvio Zavala. Podríamos valorar la experiencia de estudios mexicanos en España y, en fin, dar lugar al estudio de una serie ininterrumpida de relaciones como la que se dio a través de la prensa periódica mexicana, que reproducía textos de asunto histórico debidos a autores españoles.

Esas relaciones no son fácilmente apreciables, pues se diluyen en la vida cotidiana, haciendo desaparecer características extremas. Después de todo, los españoles no eran extraños o extranjeros del todo; formaban parte de la sociedad mexicana como inmigrantes permanentes que emparentaban y se incluían en las familias mexicanas. Resulta explicable que algunos, metidos a las letras y a la prensa, relacionados con el comercio y con la política, acabaran dando cuenta del pasado de la sociedad en que vivían. Esas realidades cotidianas no han sido captadas por la historiografía política.

Lo que no puede ocultarse, pues el peso de la evidencia es grande y tiene que ver con la historia política, es la irrupción de los republicanos españoles en la vida académica de México y, consecuentemente, en la historiografía mexicana. Abrieron en ésta, como en otras disciplinas, nuevos campos y, sobre todo, definieron

³ Antonia Pi-Suñer Llorens, «Niceto de Zamacois y su anhelo de reconciliación de la sociedad mexicana», *Historiografía española y norteamericana sobre México*, op. cit., pp. 51-64. Judith de la Torre Rendón, «El rescate del Anáhuac por un hispano-mexicano: Niceto de Zamacois», *Historiografía española y norteamericana sobre México*, op. cit., pp. 65-73.

la profesión, catalizando el proceso en el que se venían estructurando planes de estudio de algunas escuelas de la Universidad Nacional.

Ese impacto lo han tratado parcialmente algunos autores. Yo lo haré con más limitación, refiriéndome a cuatro republicanos españoles cuya obra historiográfica he venido apreciando hace tiempo. Se trata de José Gaos, el profesor de filosofía y, necesariamente, historiador de las ideas; de Ramón Iglesia, el crítico que ponderaba el valor de la experiencia y del gusto de la lectura; de José Miranda, quien dio más temas a la historiografía mexicana, y de Juan Antonio Ortega y Medina, historiador de la historiografía.

I

José Gaos (Gijón, 1900 - México, 1969) llegó a México en 1938 como fundador de la Casa de España. De inmediato se dio a conocer como conferenciante. Las más de sus charlas trataron de filosofía, comenzando por la griega, tema de un curso abierto de introducción histórica a la filosofía, que prolongaría en otros en perfecta congruencia con su concepción historicista, según la cual la filosofía había de dar cuenta de sí misma (filosofía de la filosofía) como parte, al fin y al cabo, de la historia del pensamiento. En esa amplia visión halló Gaos que tenía que explicar el pensamiento de lengua española, que como realidad inmediata ofrecía su experiencia de profesor de filosofía, formado en traducciones y como traductor. La traducción era una condición indispensable del quehacer filosófico profesional, lo había vivido en España y continuaba haciéndolo en México (hay que recordar que su primer libro publicado fue *Antología filosófica, la filosofía griega*, que apareció en 1940). La conciencia de esta experiencia, estimulada por la evidencia de obras de autores mexicanos y de autores extranjeros anotadas por mexicanos, que vio en bibliotecas de la ciudad de México y en Morelia, lo llevó a intentar una caracterización formal y material del pensamiento hispanoamericano, que al cabo de conferencias y publicaciones culminó en la «Introducción» de *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, publicado en la colección Laberinto por la Editorial Séneca, en 1945. En ese estudio preliminar, modesta-

mente llamado «introducción», Gaos señalaba la entidad del problema al que había que enfrentarse: el pensamiento expresado en una lengua ya estructurada desde la Baja Edad Media, de la cual daban razón los autores al señalar que escribían en castellano; la conciencia de una falta de «originalidad», que en manera alguna estorbaba el sentido de un pensamiento no por ello menos propio. Había que llegar a la Baja Edad Media —época en la que se escribió con plena conciencia del idioma— para venir luego a nuestros días; pero, por razones prácticas y atendiendo a problemas vigentes en la actualidad, Gaos agrupó en la antología textos del siglo XVIII, partiendo de los de Feijoo, para llegar a los recientísimos de Alfonso Reyes.

La idea rectora de ese trabajo es la comprensión de las ideas como hechos históricos, como experiencia que debe asumirse y no negarse, pues sólo así podremos librarnos del sentimiento de fracaso al que conduce el apreciarnos en función de experiencias ajenas. Los españoles, acosados por el sentimiento de decadencia —iniciado ante el predominio político y económico de otras naciones europeas y precipitado por la pérdida de los dominios ultramarinos en el siglo XIX—, habían sido incapaces de superar la idea del imperio, es decir, de independizarse de su pasado imperial. Los pensadores hispano-americanos, en el proceso de oposición e identificación frente a España, habían dado el paso para romper esa limitación. Si ahora, en situación bien posterior, se asumía la historia de la cultura, sin someterse a los estrechos límites de la historia política y nacionalista, se lograría romper, asimilándolo, con el pasado imperial que sujetaba al presente por la obstinación de una memoria fija en la historia política.

Era necesario, pues, asumir situaciones propias y no sentirse menos por el hecho de aceptar y utilizar lo que elaboraban y enseñaban pensadores de otros países. La traducción de obras de filosofía, de historia y de otras ciencias humanas, para no hablar de las ciencias exactas y de las técnicas, se había impuesto en los países de habla española; la evidencia estaba ahí a la vista de todos y había que asumirla. El no ser creadores de «categorías» o de «filosofemas» no restaba autenticidad a lo pensado aquí, trayéndolo de la filosofía francesa o alemana; el pensamiento utilizado

por vía de la traducción y de la adaptación era propio; la experiencia que podía percibirse en los testimonios de nuestras circunstancias era la historia que debíamos hacer evidente y aceptar como propia. Así, las «épocas deslucidas», según la terminología de Ortega y Gasset, cobraban relieves interesantes, significado propio; el eclecticismo presentaba su autenticidad y señalaba perfiles tan interesantes como los del pensamiento supuestamente innovador; había que ver qué y cómo articulaban los pensadores eclécticos al utilizar las ideas de otros, explicar por qué lo hacían. Así, la obra de españoles e hispanoamericanos cobró sentido y, según Gaos, en la problemática de la filosofía, ganó la delantera proponiendo respuestas a problemas que apenas se planteaban en la filosofía europea.

No podemos entrar a señalar ejemplos, de los que el lector hallará evidencia en escritos de Gaos⁴, pues urge andar para señalar cómo esa apertura intelectual se realizó en las obras de otros, en los trabajos realizados por sus discípulos en su *Seminario de historia de las ideas*, al que llevó a sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, haciendo posible que se dedicaran plenamente al estudio de la historia del pensamiento. De ese seminario salieron obras de primera importancia, comenzando por la de Leopoldo Zea, cuyo libro *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, aparecido en dos volúmenes en 1943 y 1944 y reeditado por el Fondo de Cultura Económica en 1968, sigue siendo capital para el conocimiento de la llamada «historia moderna de México». Vinieron luego los trabajos de Monelisa Pérez Marchad, Bernabé Navarro, Victoria Junco y Carmen Robira, cuyas aportaciones al conocimiento del siglo XVIII tienen actualidad; salió también el

⁴ *Pensamiento de lengua española*, México, Editorial Stylo, 1945. Esta obra, en la que Gaos reunió importantes trabajos escritos desde su llegada a México hasta ese año de 1945, junto con la breve antología *Pensamiento español*, publicada entonces por la Secretaría de Educación Pública, forma el tomo VI de las *Obras completas*, que editó la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1992, con prólogo de José Luis Abellán.

Véanse: José Gaos, *Filosofía mexicana de nuestros días*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954 (Cultura Mexicana, 10), que contiene trabajos escritos entre 1945 y 1953, y Emeterio Valverde Téllez, «Bibliografía de José Gaos (1900-1969)», *Bibliografía filosófica mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Instituto de Investigaciones Filosóficas, año II, núm. 2 (1971), pp. 49-94.

libro de Luis Villoro *Los grandes momentos del indigenismo en México*, que recorrió el pensamiento de los siglos XVI al XX. Después de interrupciones impuestas por situaciones absurdas, el seminario de Gaos se continuó hasta el mismo día de su muerte, ocurrida durante un examen de grado el 10 de junio de 1969, y podemos decir que un tiempo más, ya que luego se recogerían trabajos dirigidos por él⁵.

La gran aportación de Gaos al conocimiento histórico se manifiesta en tres perspectivas. Una es la que venimos señalando al hablar del pensamiento hispanoamericano y mexicano; otra, la exposición sistemática sobre el conocimiento, desarrollada en las introducciones y en diversas lecciones de los cursos mayores recogidos en libros y en sus «notas sobre la historiografía», resultado de un curso también, y la «universal», digámoslo así, en la que trató de la idea del mundo en que vivió desde una perspectiva histórica —cronológica y temática— amplia.

Esta última perspectiva fue objeto del seminario que abrió a poco de su llegada a México dentro del curso «Filosofía y Cristianismo», y que continuó en otros cursos y seminarios hasta llevarlo a su expresión más acabada o precisa en el último curso que impartió, *Historia de nuestra idea del mundo*, del cual dio dos versiones, una en 1966 y otra en 1967. Se publicó como libro en 1973 y, después de varias reimpressiones, apareció este año de 1994, nuevamente cotejada con el original, una segunda edición, como tomo XIV de las *Obras completas de José Gaos*. Hay en esta obra una concepción de la historia de la cultura y de las posibilidades de la investigación; se advierte, además, el testimonio de su profesión, como son las fechas que marcan sus intensas jornadas de trabajo en la preparación del curso, en el que recogió, actualizándolo, el fruto de muchos años, lecciones de cursos anteriores nuevamente escritas para éste y primicias de temas abordados hasta este momento; también, sin perjuicio de la objetividad —Gaos diría de la intersubjetividad— posible, se descubre la expresión de una filosofía propia como concepción del

⁵ Véase «Bibliografía de José Gaos (1900-1969)», *op. cit.*, pp. 83-94.

acontecer histórico y del destino personal que veía y preveía en ese proceso: la extinción del mundo eidético y el predominio del *homo faber* sobre el *homo sapiens*, lo que, lejos de hacerlo renunciar, reforzaba su vocación filosófica, del hombre que se concebía como hombre de ideas en un ambiente cada vez más eficientista y antifilosófico.

II

Ramón Iglesia (Santiago de Compostela, 1905 - Madison (Wisconsin), 1948) llegó en 1939 y se incorporó a la Casa de España en México, invitado por Alfonso Reyes, a quien reconoció el amigo que fue a buscarlo para darle generoso apoyo. El tono de los recuerdos de aquella acogida da cuenta de situaciones angustiosas.

Los estudios de Iglesia y los trabajos realizados en España lo acreditaban como bibliotecario excelente, conocedor de la historiografía medieval, filólogo y traductor, como el que se había acercado más a la historia de América y de México. Había preparado una edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que quedó guardada hasta mucho después, pues apareció en 1982; además, se había interesado por la actualidad de México al comentar, en 1936, el libro de Samuel Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), sobre el que se preguntaba, «¿hablamos de México o de España?».

Comparada con la de otros ilustres republicanos españoles, la estancia de Ramón Iglesia en México fue breve, pero generosa en frutos debido a la intensidad de las jornadas que rindió como historiador, como traductor, como crítico y enriquecedor de las labores editoriales (dígalo, si no, el catálogo del Fondo de Cultura Económica) y como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad y del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, donde formalmente fue sólo profesor de la primera generación, por más que quedó en la memoria de las siguientes, debido al recuerdo de su personalidad y al

vigor de sus escritos (véanse los trabajos de Luis González y de Álvaro Matute)⁶.

Salió por primera vez hacia los Estados Unidos en 1943, con la beca Guggenheim, que no alcanzó a disfrutar, pues en Berkeley, California, entregado a los esfuerzos de la investigación y de la enseñanza, sufrió un *breakdown* —como le dijeron los «especialistas, médicos de ricos», que le exigían aminorar la intensidad y la continuidad del trabajo—, del que salió maltrecho para regresar a México y hallar, en 1944, un país en tiempo de vacas flacas, en el que se disminuían salarios y se hacían ajustes de personal. En 1946 fue a la Universidad de Illinois como profesor invitado y de ahí, como asociado, a la de Wisconsin. Su prestigio era grande y su personalidad muy atractiva, por lo que, pese a temores y reparos por su estado de salud, le solicitaban como profesor. Halló, en propia mano, la muerte el 5 de mayo de 1948. Dejó magistrales páginas, buen número dispersas en publicaciones periódicas e inéditas que habrá que reunir para ser justos con su memoria y para provecho de quienes valoren, como se debe, la autenticidad hecha conocimiento.

Si apretamos para sacar conclusiones, tendremos que decir que la principal aportación de Ramón Iglesia fue la visión de la historiografía como experiencia de quien la escribe y de quien la revive al apreciarla; una confluencia de experiencias que supone la libertad personal, que dispone naturalmente al gozo y que no rehuye el esfuerzo que exige toda labor realizada a conciencia. Ramón Iglesia encarna la vocación del historiador como gusto, pero un gusto que supone el trabajo de la crítica para mostrar la verdad. Por ello, la reseña fue uno de los géneros en que mejor se expresó. «Leer reseñas de Iglesia —dice Álvaro Matute— es aprender los fundamentos del oficio. En todos sus textos críticos

⁶ Luis González y González, «La pasión del nido» (microhistoria del Centro de Estudios Históricos), *Historia Mexicana*, vol. XXV, núm. 4, pp. 530-598.

Álvaro Matute, «Ramón Iglesia: el factor humano en la crítica», *Historiografía española y norteamericana sobre México, op. cit.*, pp. 99-104.

Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 7-15 (introducción).

aparecen la pasión y su compromiso. La crítica como un ejercicio de la mayor profesionalidad, sin hipocresías, sin silencios.»

Eso dice Matute en la introducción a la segunda edición de uno de los dos libros que Iglesia alcanzó a publicar en México, *El hombre Colón y otros ensayos* (lo publicó El Colegio de México, en 1944; la segunda edición, preparada por Álvaro Matute, es del Fondo de Cultura Económica, 1986, reimpresa en 1994).

El otro libro, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, encara la obra del conquistador, la de Pedro Mártir, la de Fernández de Oviedo y la de Bernal Díaz del Castillo. Apareció antes, en 1942 —aunque en *El hombre Colón* hay trabajos muy anteriores, que datan desde 1930—, y la idea rectora es la misma: poner en claro la estrecha relación entre la experiencia personal y el conocimiento histórico que se expresa por escrito y se aprecia como lectura. De este libro sacó evidencia para presentar sus «Dos estudios sobre el mismo tema», incluidos en *El hombre Colón*, afirmando sus argumentos contra el fetiche de la erudición, contra quienes, pretendiendo una objetividad basada en la documentación, descontaban la subjetividad que necesariamente —aun cuando no se la perciba— se impone en la actividad cognoscitiva, desde la elección de las fuentes o testimonios que se alegan para mostrar la objetividad. Lo que señala Iglesia en las páginas de estos dos estudios sobre la obra de Bernal Díaz del Castillo es la evidencia que lo conmovió. Antes de la Guerra Civil llegó a una conclusión favorable a los argumentos de Bernal, el soldado que ponderaba los méritos de la hueste, de los soldados, sobre los del jefe. Luego, con la experiencia de la guerra, valoró Iglesia la importancia del jefe responsable de la empresa y superó el popularismo para dar nuevo sitio al quejoso Bernal, sin desconocer sus méritos, pero apreciando los de quien mandaba bien.

Aquella ponderación de la experiencia se extremó frente al éxito de la historia documentalista, mal llamada «positivismo histórico», que privilegiaba la muestra del testimonio sobre la elaboración. La crítica al positivismo era compartida por varios historiadores, entre otros, el mexicano Edmundo O’Gorman, poco más de un año menor que Iglesia, quien llamó a justas a Silvio

Zavala, cuya obra erudita era reconocida en el medio académico. La mesa redonda —que resultó diálogo de sordos, pues Zavala no se presentó— tuvo lugar en 1945; por parte de los positivistas se presentaron dos republicanos españoles, Rafael Altamira, el maestro de Zavala, y José Medina Echavarría, sociólogo y filósofo del derecho, nada afecto a la investigación histórica propiamente dicha. Al lado de O’Gorman, partidario de la filosofía fincada en la experiencia como punto de partida y de llegada en el trabajo histórico (vitalismo, historicismo y existencialismo habían sido asimilados desde lecturas anteriores a la llegada de los españoles, ahora beneficiadas en los seminarios de José Gaos, en los que participaba O’Gorman), figuraron Gaos e Iglesia. Los textos de esa mesa redonda han sido recogidos por Álvaro Matute en un librito agotado hace tiempo y que debe publicarse de nueva cuenta⁷.

Hay que volver sobre lo dicho para advertir la influencia de los historiadores españoles en la historiografía académica mexicana, que entonces se construía. Por una parte, la historia institucional que realizaba Silvio Zavala, adentrándose en la historia social (hay que ver sus aportaciones a la historia del trabajo, tanto en artículos señeros como en la publicación de fuentes), y, por otra, la historia de las ideas y la reflexión teórica, como la que realizó O’Gorman, apoyado en la filosofía, y cuya muestra más extremada es *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, y la más lograda, *La invención de América*⁸.

Volviendo a Ramón Iglesia, hay que decir que los dos estudios sobre Bernal Díaz del Castillo, precedidos de una introducción en la que se hace cargo del significado de la experiencia como definitiva del trabajo del historiador, se recogieron en *El hombre Colón y otros ensayos*, cuya edición, preparada por Álvaro Matute,

⁷ Álvaro Matute, *Teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (Sepsetentas, 126).

⁸ *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1947. O’Gorman dedicó el libro a José Gaos, quien correspondió con un interesante comentario (véase *Filosofía mexicana de nuestros días*, op. cit., pp. 217-224). Su autor se ha negado a reeditar esa obra. Lo contrario ha ocurrido con *La invención de América*, que apareció en la colección Tierra Firme, del Fondo de Cultura Económica, en 1958 y posteriormente se hizo una edición inglesa en 1961 y 1972, que ha servido para la segunda edición castellana, reimpresa varias veces.

incluye otros trabajos de gran interés; entre éstos, «El reaccionarismo de la Generación del 98», texto fechado el 24 de julio de 1947 y publicado en *Cuadernos Americanos* de septiembre-octubre de ese año.

Es un elocuente testimonio generacional, la reflexión llama al desencanto, aquellos maestros de su juventud, críticos de la España en crisis, eran pesimistas; con excepción de Antonio Machado, no esperaron nada ni pudieron transmitir esperanza a la juventud, a la generación de Iglesia.

¿A cuántos españoles más de esa generación invadía el desaliento? Pienso en un hombre tan cercano a Iglesia como fue Eugenio Ímaz, quien destacó también —siguiendo a Dilthey al hacer su propio camino— el valor de la experiencia —la llamaría vivencia— en la construcción del conocimiento del hombre.

En las aportaciones de Iglesia deben contarse, además de traducciones y notas críticas, testimonios de su trabajo que permanecen inéditos, cartas en las que se revela una actividad constante, intensa, aun en los momentos más difíciles y angustiosos, y estimulada por los padecimientos. Publicarlos sería poner en evidencia sufrimientos, pero, estamos seguros, hallaríamos el aliento de una personalidad que no acabó de expresarse.

III

José Miranda (1903-1967) nació en Gijón⁹. Sus padres eran profesores de segunda enseñanza, exigentes con los alumnos y más con los hijos; tanto que a José, apenas terminado el bachillerato, como diera

⁹ Además de los recuerdos personales y la lectura de las obras de José Miranda, para trazar estos apuntes me he valido de los «Datos biográficos de José Miranda», escritos por su hermana Julia Miranda de Valenzuela, y de la «Bibliografía de José Miranda», que publicamos en Bernardo García Martínez, et. al. (editores), *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda*, México, El Colegio de México, 1970 (Centro de Estudios Históricos. Nueva Serie. 11), pp. 9-15 y 5-8, respectivamente. Así mismo, he utilizado lo apuntado en la presentación de la antología de José Miranda *Vida colonial y albores de la independencia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (Sepsetentas, 56) y lo dicho en el prólogo a la segunda edición de *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas*. Primera parte, 1521-1820, que publicó el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1978.

muestras de poca aptitud para escribir, decidieron enviarle a Veracruz con unos parientes, para que se dedicara al comercio. En México lo pasó mal; le tocó ver tropas revolucionarias y sufrir amenazas de secuestro, por lo que decidió regresar a España, donde hizo los estudios de derecho, bajo la guía de Adolfo Posada, quien luego le facilitó el empleo como encargado de la biblioteca que donó a la Universidad Central de Madrid. Durante la Guerra Civil, Miranda se hizo cargo de la Secretaría de la Universidad y permaneció en Madrid hasta que cayó en manos de las tropas franquistas. Salió hacia Valencia, abandonada ya por el gobierno de la República, y por pura buena suerte logró embarcar para Francia y de allí pasó a Chile, pues, mal impresionado por su experiencia, se había propuesto no volver a México. En Chile trabajó para Pablo Neruda, administrándole una propiedad, tuvo que vender casimires y buscar el sustento en tareas ajenas a la vida académica, en la que sólo pudo entrar para dictar una serie de conferencias sobre *El método de la ciencia política* (que luego se recogieron en una «Jornada» de El Colegio de México), esto ya al final de su estancia en Chile, en 1943, año en que decidió ir a México. Salió a bordo de un barco salitrero. En México lo recibió su hermano Faustino, biólogo, que había encontrado merecido sitio en la Universidad Nacional y quien lo presentó a las autoridades universitarias. Así, superados los sobresaltos del viaje (lamento que no haya tiempo para narrar impresiones que nos comunicó, como aquella de su llegada a la ciudad y el extravío de equipaje y papeles, la imagen del rector de la Universidad, armado con una 45, pues había movimientos de huelga, lo que avivó su recuerdo del México de 1919-1920, al que no quería volver, sobre todo después de lo sufrido en la Guerra Civil, etc.), halló José Miranda acogida amable y ambiente propicio para el trabajo intelectual, tanto en la Universidad como en El Colegio de México, donde emprendió una investigación de gran alcance (de alcance menor hizo, a poco de su llegada, varias que luego rindieron fruto) y enseñó a las dos primeras generaciones de estudiantes de historia.

Formado en el derecho político, disciplina enciclopédica y sistemática, José Miranda halló en la realidad mexicana un campo en el cual las cuestiones de la teoría y de las ciencias sociales, así como las

de la historia de las instituciones, alumbraban temas interesantísimos. Su primer trabajo de tema mexicano, *Notas sobre la introducción de la mesta en Nueva España* (1944), muestra la sensibilidad del historiador por las instituciones; abre el diálogo con Julius Klein, en cuyo libro sobre *La mesta* hacía un juicio categórico afirmando el fracaso de la institución en el Nuevo Mundo, pues, según él, otras actividades como la minería atrajeron a los pobladores españoles, y lo único que sobrevivió de la hermandad de ganaderos fueron los concejos semestrales para disponer de los animales descarriados. Miranda muestra que no fue así, que hubo una actividad de dueños de ganados trashumantes, como se advertía en numerosos testimonios, y que, siguiendo su propio curso, esa hermandad se transformó en la unión de estancieros, es decir, que de una hermandad de ganaderos, tal como se conformó al principio, pasó a ser una organización de la ganadería en las grandes propiedades que se formaban en Nueva España, como se revela ya en las ordenanzas que dictó el virrey Martín Enríquez de Almanza en 1574.

Pasó luego Miranda a trabajos de historia de las ideas —*Vitoria y los intereses de la conquista de América* (1947)—, al tiempo que preparaba los dos libros más voluminosos de su obra, *El tributo indígena en Nueva España, siglo XVI* (publicado por El Colegio de México) y *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1820* (UNAM), que aparecieron en 1952. Es decir, a escasos nueve años de su llegada a México, Miranda entregaba el fruto de sus indagaciones en dos libros de volumen respetable y en muchas páginas de artículos de mayor o menor extensión, verdaderas aportaciones en cuanto descubrimiento y elucidación bien documentada de grandes temas.

No me extiendo más en el detalle de esos y de otros libros de Miranda. Debo señalar, sin embargo, que la rica documentación que nutre todas esas páginas se ciñe dentro de una organización construida con conceptos rigurosos, en orden esquemático y con una economía del lenguaje que llevan directamente al problema tratado, a lo que aporta como conocimiento y sin hacer alarde de erudición. Esto se aprecia en los libros mencionados y en otros que escribió después —en los cuales, por fortuna, se permitió algunos desarrollos literarios—, así como en los artículos de pocas páginas, de 7 a 12 muchos de ellos, en que plantea un problema y va al grano en el

desarrollo, sin entretener al lector haciéndole leer documentos; en todo caso, cuando cita textos, da sólo la parte que ilustra el discurso bien elaborado.

Así era Miranda, parco en la expresión de un conocimiento logrado sin escatimar esfuerzo en la acumulación de información, la asimilación y la elaboración conceptual. Supo disolver su sólida formación teórica, para aprovecharla en cuestionamientos que le imponían las evidencias que hallaba en documentos, en el paisaje, en el trato con la gente y hasta en su aislamiento. Para muchos de nosotros fue José Miranda el historiador que más temas aportó a la historiografía mexicana; en la de las ideas e instituciones políticas, recorrió en varias direcciones el período novohispano e incursionó bien en el siglo XIX y en el XX (esto sube de mérito al considerar sus trabajos sobre derecho comparado). Fue esclarecedora su exposición sobre el liberalismo español y el liberalismo mexicano; en páginas contadas dio perspectivas cronológicas y problemáticas que estudios voluminosos no habían abierto, pues ánimos nacionalistas y festinantes los habían cerrado. Advirtió las posibilidades de la historia social y cultural de los pueblos indígenas mexicanos, mal vista o francamente rechazada en las versiones de la historiografía política de diverso y hasta opuesto signo ideológico; caló en la historia demográfica y halló tiempo para escribir sendas introducciones a las obras de Francisco Hernández y de Alejandro de Humboldt, que cobraron su entidad de libros en *España y Nueva España en la época de Felipe II* y *Humboldt y México*, en los que hallamos la exposición mejor lograda de los tiempos de los que trata.

Los aprendices del oficio de historiar nos preguntamos cómo hizo esas aportaciones. Según testimonio de quienes lo vieron trabajar, Miranda llegaba a los archivos, al General de la Nación y a los de provincia (esto en campañas de rescate emprendidas por Antonio Pompa y Pompa y por Wigberto Jiménez Moreno, de las que algo nos tocó al final, trabajando en el Archivo Judicial de Puebla), con algunos temas en la cabeza, pues siempre traía un proyecto entre manos, y dispuesto a que la casualidad le sugiriera otros, que dejaba ahí para volver sobre ellos en el momento oportuno, para desarrollarlos al menor pretexto. Una ponencia, un homenaje, lo que fuera daba el marco y el número de páginas, pocas, pero suficientes para lo

que su experiencia de investigador iba decantando como conocimiento.

Como expositor en clase, era preciso, procuraba hacer trabajar al alumno, incitaba al diálogo que, a veces, no tenía un final muy feliz, pues no perdonaba insuficiencias ni posiciones fáciles. Su calidad como formador de investigadores fue grande. Trabajando sobre un tema con el que uno se comprometía no había manera de terminar la conversación. Éste era el terreno de José Miranda. Andaba en plena labor cuando murió en Sevilla el mes de noviembre de 1967.

Recogimos sus papeles y, por disposición de su heredera, Julia Miranda de Valenzuela, su hermana, pasaron al patrimonio de El Colegio de México. Confío en que los años hayan obrado en beneficio de quienes los hemos de ver para sacar de ellos más fruto de aquella inteligencia que alumbró la historia de México.

IV

Juan Antonio Ortega y Medina (Malaga, 1913 - México, 1992) es el de generación más reciente entre los cuatro historiadores de los que aquí estoy tratando. Hizo en México los estudios de historia, primero los de profesor en la Escuela Normal Superior y luego los de maestría y doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, donde fue discípulo de Edmundo O'Gorman.

Para hacer sus estudios de historia, tuvo que batallar como profesor de primaria (trabajo nada hecho a su interés, como lo recuerdan quienes entonces fueron sus alumnos y como lo reconocía él mismo al hacer recuerdos con quienes tuvieron, decía, la mala suerte de tenerlo entonces como profesor). En cambio, ya como profesor universitario, el recuerdo de los alumnos corresponde a la satisfacción que Ortega y Medina logró como investigador y como formador de investigadores. Hay quienes lo describen llegando a dar clase con un maletín en el que cargaba muestras médicas, pues completaba las exiguas pagas de horas de clase con lo que sacaba de la venta de medicinas, y con un portafolios en el que llevaba libros y trabajos de los alumnos revisados y corregidos. Era implacable en la crítica; el

fondo, la forma y los procedimientos lógicos de los alumnos pasaban por la cuidadosa apreciación de aquel lector incansable que fue Ortega y Medina. De esa preocupación hay un testimonio, *Ensayos, tareas y estudios históricos*, un librito de 285 páginas, publicado por la Universidad Veracruzana en 1962 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 12), que reúne trabajos de diversa índole y extensión con el objeto de ilustrar a los alumnos sobre los géneros del escrito histórico, desde el artículo monográfico, pasando por el ensayo hasta llegar a la nota bibliográfica, al comentario, a la noticia. Podemos apreciar en esta obra campos y géneros cultivados por don Juan Ortega y Medina y, sobre todo, la conciencia de la profesión que asumió como realización propia al hacerla objeto de enseñanza. Esta dimensión magisterial debe tenerse presente al valorar sus aportaciones como investigador, entre las que podemos destacar cinco campos principales: I. Apertura al mundo anglosajón para captar la diferencia sociocultural, partiendo de la evangelización protestante —dónde y cómo se dio— y comparándola con la católica (su libro *Destino manifesto: sus razones históricas y su raíz teológica*, publicado por la Secretaría de Educación Pública en 1972 y reeditado en 1989, y *La evangelización puritana en Norteamérica. Delendi Sunt Indi*, editado por el Fondo de Cultura Económica en 1976, son los trabajos más extensos sobre esos temas). II. Aportes sustantivos en el campo de la historiografía mexicana, de los que hay evidencia en artículos y notas críticas y en la antología *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, que publicó la Universidad Nacional en 1970 y que ha vuelto a editar en 1992. III. Sobre la historiografía europea, principalmente la alemana (*Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana: Guillermo de Humboldt y Leopoldo Ranke*, editado por la Universidad en 1980). IV. Traducción y crítica de testimonios de viajeros y residentes extranjeros en el México de la primera mitad del siglo XIX, y V. Edición crítica de obras capitales para el conocimiento de la historia de México, como *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, que publicó la Editorial Porrúa en 1966 y que ha reimpresso varias veces, y obras propiamente historiográficas, como la *Historia de la conquista de México*, de William H. Prescott, por la misma casa en 1970, y la de Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, publicada en la Colección Sepsetentas, así como un sin-

número de trabajos sobre reediciones en los que se advierte el cuidado en la elección del texto, cuando hay varias ediciones, en el seguimiento de autores, obras, editores..., lo que muestra esa auténtica preocupación del historiador por todos los aspectos de la profesión¹⁰.

V

Creo que esto último es lo que habría que señalar como más característico y notable en la aportación de los historiadores españoles republicanos en la historia mexicana, pues llegaron a definir el mundo de la profesión del historiador universitario que entonces se estaba iniciando en la vida académica de México. Ellos fueron portadores de elementos propios y precipitadores del proceso de institucionalización que venía dándose en diversos países. México tuvo la suerte de contar con la concurrencia de esos intelectuales, al abrir, generosa e inteligentemente, sus puertas a la república española en el exilio.

Pero bien visto, ése es un momento más en el que concurren los españoles a la formación de las imágenes del pasado mexicano. Valdría la pena realizar un estudio, no tanto o solamente desde el punto de vista de las ideas, para ver la concurrencia de los españoles en la hechura de la historiografía del México independiente; partiendo de quienes en la polémica interesada y sin mayores escrúpulos se encargan de dar y quitar razones y buena y mala fe —Cancelada es el ejemplo más claro— a lo ocurrido con la revolución de independencia, hasta llegar a lo que se hace con el mayor esmero de objetividad y de interés propiamente intelectual, cuyo prototipo serían los intelectuales españoles de los que he hablado. Podríamos dar cuenta de un mundo amplísimo y propio, en el que lo ocurrido de uno y otro lado del Atlántico nos forma y nos va exigiendo explicaciones de nuestros pasados.

¹⁰ Amaya Garritz, «Juan Antonio Ortega y Medina. Bibliografía», *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 61-75.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abellán, José Luis, 11, 44, 126, 141
Acebal, Justo, 59, 60
Acevedo, Jesús, 59
Adler, Alfred, 72
Agustín, san, 77, 78, 79, 87
Alameda, José, 107
Alberti, Rafael, 17
Alessio Robles, Miguel, 66
Alonso, Dámaso, 48
Altamira, Rafael, 24, 61, 62, 138, 146
Andújar, Manuel, 126
Aponte Bockus, Barbara, 60, 62, 63
Armillas, Pedro, 112
Ascunce, José Ángel, 127
Atl, Doctor [Gerardo Murillo], 57
Aub, Max, 26, 27
Ávila Camacho, Manuel, 38
Ayala, Francisco, 126
Azaña, Manuel, 38, 62
Azorín [José Martínez Ruiz], 46, 58,
62, 63, 70

B

Barante, Prosper de, 92, 93
Baratas Díaz, Luis Alfredo, 113
Barona, Josep Lluís, 95, 97, 99, 100,
102, 104, 106, 109, 111, 113
Barreda, Octavio G., 123

Bartra, Agustí, 23
Bary, David, 120, 130, 132
Bellido, José María, 108
Bellido Golferrichs, Jesús M., 106
Bergamín, José, 118
Bergson, Henri, 72
Blanco, Julio, 104
Bloch, Marc, 97, 98
Bofill i Pichot, Josep Maria, 105, 106
Bolívar, Cándido, 45, 109
Bolívar, Ignacio, 104, 105, 108, 109, 113
Bolton, Herbert, 26
Bosch Gimpera, Pedro, 112
Buen, Odón de, 108
Buñuel, Luis, 132

C

Cabrera, Blas, 104, 108, 109, 112
Cadevall i Diars, Joan, 106
Calandre, Luis, 103
Calderón de la Barca, marquesa de, 52
Calero, Manuel, 62
Calleja, Rafael, 59, 60
Calles, Plutarco Elías, 38, 66
Cancelada, 153
Capella Bustos, Antonio, 110
Cardenal, Ernesto, 24, 25
Cárdenas, Lázaro, 15, 32, 33, 35, 38,
75, 107, 120

Carner, Josep, 43, 47
 Carranza, Venustiano, 57, 65, 66
 Carrasco, Pedro, 112
 Carrasco Formiguera, Rosendo, 106
 Carrasco Garronera, Pedro, 112
 Casas, Bartolomé de las, 26
 Caso, Antonio, 69, 72, 73, 74, 84
 Castro, Américo, 26, 62, 126
 Castro Leal, Antonio, 61
 Caudet, Francisco, 119
 Chávez, Manuel, 110
 Chénier, André de, 49
 Claudel, Paul, 49
 Climent, Enrique, 43, 46
 Cohen, Hermann, 71
 Comas, Juan, 112
 Constant, Benjamin, 92, 93
 Corominas, Pere, 105
 Cosío Villegas, Daniel, 35, 38, 47, 48,
 75
 Cossío, Manuel, B. 102
 Costero, Isaac, 108, 110
 Croce, Benedetto, 49
 Cruz, San Juan de la, 24
 Cueli, José, 109
 Curiel, Fernando, 58, 59, 63

D

Díaz de Guereñu, Juan Manuel, 115,
 123
 Díaz del Castillo, Bernal, 143, 145,
 146
 Díaz Lombardo, Miguel, 57
 Díaz Ruanova, Oswaldo, 84
 Díez-Canedo, Enrique, 43, 44, 45, 46,
 47, 48, 49, 50, 51, 52, 59
 Dilthey, Wilhelm, 147
 Domenchina, Juan José, 43, 47, 50
 Dumas, Alejandro, 49
 Durán, Manuel, 24, 89

E

Encina, Juan de la, 49
 Enríquez de Almanza, Martín, 149
 Epicteto, 87
 Estrada, Genaro, 65

F

Fagen, Patricia, 107
 Fargas, Miguel A., 105
 Feijoo, Benito Jerónimo, 140
 Felipe, León, 43, 44, 45, 46, 48, 50,
 106, 118, 125, 127, 128, 129
 Felipe II, 150
 Fernández, Justino, 25, 82, 83
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, 145
 Fernández Guardiola, Augusto, 110
 Finisterre, Alejandro, 118
 Fleck, Ludwik, 97
 Foulché-Delbosc, Raymond, 56, 60
 France, Anatole, 59
 Frost, Elsa Cecilia, 83

G

Galileo [Galileo Galilei], 76, 78
 Gaos, José, 17, 18, 19, 25, 26, 39, 44,
 47, 69, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83,
 84, 85, 88, 89, 90, 126, 139, 140,
 141, 142, 146.
 García Calderón, Francisco, 56
 García Calderón, Ventura, 56
 García Lorca, Federico, 17
 García Martínez, Bernardo, 147
 García Máynez, Eduardo, 74
 García Morente, Manuel, 90
 García Téllez, Luis, 34, 36
 García Valdecasas, José María, 108
 Garcadiago, Javier, 53
 Garfías, Pedro, 19, 20
 Garritz, Amaya, 153
 Genovés, Santiago, 112

Gil Villegas, Francisco, 67, 90
 Giner de los Ríos, Francisco, 61, 102
 Giral, Francisco, 107, 108, 109, 112
 Giral, José, 112
 Gómez Martínez, José Luis, 84, 91
 Gómez Ocerín, Justo, 59
 Gómez Robledo, Antonio, 77, 79, 80
 Gomis, Alberto, 105, 113
 Góngora, Luis de, 56, 60
 González de Velasco, Pedro, 100
 González Loscertales, Vicente, 137
 González Martínez, Enrique, 47, 50
 González Navarro, Moisés, 70
 González y González, Luis, 144
 Gracián, Baltasar, 61
 Grande Covián, Francisco, 108
 Guerra, Ricardo, 84
 Guillén, Jorge, 124
 Guizot, François, 92, 93
 Gurza, Tomás, 77
 Guzmán, Martín Luis, 58, 59, 61

H

Hanoteraux, Gabriel, 59
 Harcourt, Joaquín d', 108
 Hartmann, Nicolai, 74
 Hegel, Friedrich, 131
 Heidegger, Martin, 77, 78, 79, 90
 Henríquez Ureña, Pedro, 52, 56, 57, 58, 63, 84
 Hernández, Francisco, 150
 Hernando, Teófilo, 108
 Hill Green, Thomas, 92, 93
 Hitler, Adolf, 126
 Holmes, Oliver W., 89
 Huerta, Efraín, 123
 Huerta, Victoriano, 55, 57, 66
 Humboldt, Alejandro, 150
 Humboldt, Guillermo de, 152
 Husserl, Edmund, 69
 Hyppolite, Jean, 84

I

Icaza, Francisco de, 58, 64, 65
 Iglesia, Ramón, 139, 143, 144, 145, 146, 147, 152
 Ímaz, Eugenio, 118, 127, 147
 Iturriaga, José E., 131

J

Jarnés, Benjamín, 44, 47
 Jellinek, Georg, 76
 Jiménez, Juan Ramón, 17, 45, 59, 62, 63, 72
 Jiménez Fraud, Alberto, 103
 Jiménez Moreno, Wigberto, 150
 Juárez, Benito, 86
 Juárez Frausto, Pina, 77
 Junco, Victoria, 141
 Jung, Carl, 72

K

Kelsen, Hans, 76
 Klein, Julius, 149
 Kojeve, Alexandre, 84
 Krauze de Kolteniuk, Rosa, 72
 Kuhn, Thomas, 97

L

Larrea, Juan, 115, 117, 118, 120-132
 Larroyo, Francisco, 74, 84
 Laval, Pierre, 36
 León Portilla, Ascensión de, 111
 Lida, Clara E., 43, 76, 120
 Lira, Andrés, 135
 Llorens, Vicente, 120
 Lope de Vega, Félix, 60, 62
 López Cámara, Francisco, 80
 López Portillo, José, 91, 92
 Lorenzo, José Luis, 112
 Lukács, György, 90

M

Machado, Antonio, 147
 Madinaveitia, Antonio, 104, 105, 112
 Mainer, José Carlos, 62
 Mallarmé, Stéphane, 25, 56
 Mancebo, María Fernanda, 109, 111
 Mantecón, José Ignacio, 45
 Marco Aurelio, 48
 Marías, Julián, 81
 Marichal, Juan, 21
 Márquez, Manuel, 108, 109, 110, 118
 Martinenche, Ernest, 56
 Martínez, José Luis, 77
 Martínez Molina, Rafael, 100
 Mártir, Pedro, 145
 Matesanz, José Antonio, 43
 Matute, Álvaro, 137, 144, 145, 146
 Medin, Tzvi, 89
 Medina Echavarría, José, 75, 146
 Mejía Sánchez, Ernesto, 25
 Méndez, Rafael, 108, 110, 111
 Menéndez Pidal, Ramón, 60, 61, 62, 64, 103
 Merquior, José, 92
 Miguel, Jesús de, 110
 Millares Carlo, Agustín, 45, 118
 Mira, Emilio, 108
 Miranda, Faustino, 111, 112, 148
 Miranda, José, 139, 147, 148, 149, 150, 151
 Miranda de Valenzuela, Julia, 147, 151
 Mitterrand, François, 31
 Moles, Enrique, 104, 108
 Moreno Villa, José, 43, 44, 45, 46, 49, 50, 59, 125
 Morón, Ciriaco, 89

N

Natorp, Paul, 74
 Navarro, Bernabé, 141
 Negrín, Juan, 16, 38, 104, 108, 111

Neruda, Pablo, 14, 148
 Nicol, Eduardo, 24, 88
 Nieto, Dionisio, 110, 111

O

Obrador, Sixto, 110
 Obregón, Álvaro, 66
 Ochoa, Severo, 108
 Olavarría y Ferrari, Enrique, 138
 Onís, Federico de, 60
 Orovio, Manuel, 102
 Orozco, Fernando, 112
 Orozco, José Clemente, 83
 Orringer, Nelson, 89
 Ors, Eugenio d', 106
 Ortega y Gasset, José, 23, 25, 59, 60, 62, 67-94, 141
 Ortega y Medina, Juan Antonio, 24, 112, 137, 139, 151, 152, 153
 Oyarzábal, Juan, 112
 O'Gorman, Edmundo, 24, 25, 26, 69, 77, 82, 85, 89, 145, 146, 151

P

Palerm, Ángel, 112
 Pasionaria, La [Dolores Ibárruri], 38
 Paso y Troncoso, Francisco del, 64
 Patout, Paulette, 55, 56
 Paulino, José, 128
 Paz, Octavio, 45, 84, 85, 86, 87, 88, 123
 Perea, Héctor, 60
 Pérez Cirera, Ramón, 110
 Pérez Marchad, Monelisa, 141
 Pérez Villanueva, Joaquín, 60
 Pétain, Philippe, 36
 Phelan, John, 23, 24
 Pi i Sunyer, August, 105, 106, 108, 111
 Pi i Sunyer, Jaume, 106, 110

Pi-Suñer, Antonia, 138
 Pittaluga, Gustavo, 107
 Pizarro, Gustavo, 77
 Platón, 78
 Pompa y Pompa, Antonio, 150
 Portilla, Jorge, 84
 Posada, Adolfo, 148
 Prados, Emilio, 127, 128, 129
 Prados, Miguel, 128
 Prescott, William H., 152
 Prieto, Indalecio, 38
 Pruneda, Pedro, 137
 Puche Álvarez, José, 106, 108, 109,
 110, 111

Q

Quevedo, Francisco de, 61

R

Ramón y Cajal, Santiago, 104, 109,
 113
 Ramos, Samuel, 69, 72, 73, 74, 82, 85,
 143
 Ranedo, José, 104
 Ranke, Leopoldo, 152
 Recaséns Siches, Luis, 25, 76
 Redo, Diego, 58
 Rey, María Ramona, 77
 Rey Pastor, Julio, 105
 Reyes, Alfonso, 35, 47, 49, 52, 53-66,
 69, 70, 71, 84, 88, 91, 94, 120, 122,
 131, 140, 143
 Reyes, Rodolfo, 55, 57, 62, 65
 Reyes Heróles, Jesús, 91, 92, 94
 Reyes Nevares, Salvador, 44
 Río-Hortega, Pío del, 104, 108, 111
 Rioja, Enrique, 112
 Ríos, Fernando de los, 126
 Risco, Antonio, 126
 Rius, Pilar, 105, 112

Rivera, Diego, 56
 Robira, Carmen, 141
 Roces, Wenceslao, 35
 Rodríguez, Guillermo Héctor, 74
 Rodríguez, Luis I., 32, 33, 34, 36
 Rodríguez Lafora, Gonzalo, 104, 108,
 110
 Rodríguez Luna, Antonio, 43, 44, 45,
 46
 Rodríguez Orgaz, Mariano, 44, 47
 Romanell, Patrick, 69, 82, 83
 Romano Muñoz, José, 69, 71
 Rossi, Alejandro, 81, 92
 Rubia Barcia, José, 132
 Rubio, Federico, 100
 Ruiz Contreras, Luis, 59
 Ruiz de Alarcón, Juan, 50, 59, 60, 62

S

Sacristán, José María, 104
 Sáenz, Arón, 38
 Salazar, Adolfo, 49
 Salinas, Pedro, 124
 Salmerón, Fernando, 80, 81, 89, 92
 Salmerón, Nicolás, 81
 San Pedro, Diego de, 56
 Sánchez Azcona, Juan, 57
 Sánchez de Ocaña, Rafael, 44
 Sánchez MacGregor, Joaquín, 26, 84
 Sánchez Ron, José Manuel, 100, 103,
 104, 113
 Sánchez-Barbudo, Antonio, 119, 124,
 125, 126, 127
 Scheler, Max, 69
 Segovia, Rafael, 29, 89
 Serra Puche, Mari Carmen, 112
 Sierra, Justo, 138
 Silva Herzog, Jesús, 38, 117, 120, 121
 Solalinde, Antonio, 60
 Somolinos, Germán, 109
 Souto Alabarce, Arturo, 41, 118, 119

Suárez, Eduardo, 38
 Suárez, Paulino, 104
 Sureda Blanes, José, 104

T

Talavera, arcipreste de, 77
 Tamayo, Rufino, 83
 Taracena, Alfonso, 48
 Terradas, Esteve, 105
 Torre Rendón, Judith de la, 138
 Torres Quevedo, Leonardo, 105
 Torri, Julio, 57, 63, 66
 Turró, Ramón, 105, 106

U

Unamuno, Miguel de, 47
 Uranga, Emilio, 84
 Urbina G. [García], Luis, 64, 65

V

Valverde Téllez, Emeterio, 141
 Valle Arizpe, Artemio, 64
 Valle-Inclán, Ramón María del, 47, 70
 Vallejo, César, 133

Vasconcelos, José, 66, 73, 84
 Velasco, José María, 52
 Verdross, Alfred, 74
 Villoro, Luis, 80, 84, 142

W

Weber, Max, 70, 75
 Windelband, Wilhelm, 74

X

Xirau, Joaquín, 24, 44, 47
 Xirau, Ramón, 24

Z

Zalcedo, Carlos, 121
 Zamacois, Niceto de, 137, 138
 Zambrano, María, 44, 47
 Zárraga, Ángel, 56, 59
 Zavala, Silvio, 26, 138, 146
 Zea, Leopoldo, 77, 79, 80, 82, 84, 85,
 141
 Zorrilla, Luis, 24



3 9 0 5 0 6 9 8 0 7 0 J

C	BIBLIOTECA
M	INVENTARIO 2015
DANIEL COSÍO VILLEGAS	

Con la ayuda de:



AECI

AGENCIA ESPAÑOLA
DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes



EL COLEGIO DE MÉXICO